
CIRCULO DEL CRIMEN
LA SONRISA DE MARFIL
ROSS MACDONALD
EDICIONES FORUM
175 Ptas.
Nº61

Cuando Lew Archer recibe el encargo de localizar a una sirvienta acusada de robar las joyas de su adinerada matrona, nada le hace sospechar que el asunto pueda ir más allá del simple hurto por despecho. Pero el cadáver de la joven ladrona, brutalmente asesinada en un sucio motel de carretera, da inicio a una nueva concepción del caso, en que la brutalidad y el juego sucio se suceden en una vasta conspiración.



Ross Macdonald

La sonrisa de marfil

Lew Archer - 04

ePub r1.1

Rob_Cole 05.07.2017

Título original: *The Ivory Grin*
Ross Macdonald, 1952
Traducción: Pablo Manzano

Editor digital: Rob_Cole
Primer editor: eKionh (r1.0)
ePub base r1.2



A TODOS LOS QUE ME ECHARON UNA MANO

1

La encontré esperando en la puerta de mi oficina. Era una mujer robusta, de una estatura inferior a la media. Llevaba un traje azul encima de un jersey azul de cuello alto, y una estola de visón azul que no favorecía su figura. Su rostro casi cuadrado y muy bronceado, y el pelo negro, muy corto sobre la nuca, confirmaban su carácter varonil. No era de la clase de mujer que acostumbra estar despierta a las ocho y media de la mañana, a menos que haya pasado toda la noche sin dormir.

Mientras abría la puerta, ella retrocedió y me miró con la expresión de un pajarito madrugador que contempla una lombriz gigantesca.

—Buenos días —dije.

—¿Señor Archer?

Sin esperar respuesta, me tendió una mano rechoncha y morena. Su apretón, reforzado por los anillos, era tan firme como el de un hombre. Luego apoyó la mano en mi brazo, me condujo al interior de la oficina y cerró la puerta.

—Me alegro de verle, señor Archer.

Comenzaba a irritarme.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué se alegra de verme?

—Porque… Tomemos asiento, así podemos hablar tranquilos.

Su buena disposición carente de encanto resultaba molesta.

—¿Quiere hablar de algún asunto en particular?

Se sentó en el sillón que estaba junto a la puerta y recorrió la antesala con la mirada. No era amplia, los muebles no valían gran cosa, y ella pareció reparar en esos detalles. Chasqueó los dedos. Llevaba tres anillos en cada mano, con diamantes de gran tamaño que parecían auténticos.

—Tengo un trabajo para usted —dijo mirando el sofá de imitación de cuero verde que tenía delante. Su actitud de niña curiosa dejó paso a una seriedad masculina—. No es lo que usted consideraría un gran trabajo, pero estoy dispuesta a ser generosa. ¿Qué le parece cincuenta al día?

—Más gastos. ¿Quién le ha dicho que viniera a verme?

—Nadie. Siéntese. Sé de usted desde hace tiempo, de toda la vida.

—Yo no recuerdo su nombre.

Volvió a posar su mirada sobre mí; parecía más vieja y cansada después de recorrer la antesala. Unas ojeras amarillentas, como huellas dactilares, destacaban debajo de sus ojos. Después de todo, era probable que hubiera pasado la noche sin dormir. En cualquier caso, aparentaba cincuenta, ya fuera una niña o un hombre. Los americanos no envejecen, simplemente mueren; y los ojos de esta mujer lo mostraban con cierto aire de culpa.

—Llámeme Una —dijo.

—¿Vive en Los Ángeles?

—No exactamente. No importa dónde vivo. Le diré lo que importa, si me permite ser sincera.

—No soportaría que no lo fuera.

Su mirada dura y fría me inspeccionó de arriba abajo y se acabó posando en mi boca.

—Usted parece un tipo de fiar. Pero tiene ese aire típico de Hollywood…

No estaba de humor para cumplidos. Su voz rota y su combinación de buenos y malos modales me molestaban. Era como

hablar con varias personas a la vez, pero todas ellas incompletas.

—Es una máscara. —Atraje su mirada y la aguanté—. Trato con toda clase de gente.

No se sonrojó. Sin embargo, su cara pareció congestionarse durante un instante. Se repuso, y el muchacho incompleto que llevaba dentro fue directo al grano.

—Lo que quiero saber es si usted tiene la costumbre de degollar a sus clientes. He sufrido experiencias desalentadoras.

—¿Con detectives?

—Con personas. Los detectives son personas.

—Hoy todo son cumplidos, señora…

—Le he dicho que me llame Una. No quiero parecer arrogante. ¿Puedo confiar en que hará lo que quiero que haga y nada más? ¿Cogerá su dinero y se pondrá a trabajar?

—¿Dinero?

—Aquí lo tiene.

Sacó un billete arrugado de un pequeño bolso de cuero azul y me lo arrojó como si fuera un Kleenex y yo una papelera. Lo cogí. Era un billete de cien dólares, pero no lo cogí.

—Un anticipo siempre ayuda a establecer un vínculo de lealtad —dije—. Aun así, le cortaré el cuello, desde luego, pero le prometo que antes le anestesiaré.

Ella dirigió su sombría mirada hacia el techo.

—¿Por qué todo el mundo en esta ciudad se esfuerza tanto por ser gracioso? No ha respondido a mi pregunta.

—Haré lo que quiera que haga siempre y cuando sea legal y tenga sentido.

—No voy a proponerle nada ilegal —dijo con aspereza—. Y le aseguro que tiene sentido.

—Mejor así. —Metí el billete en mi cartera, donde parecía sentirse bastante solo, y abrí la puerta del despacho.

Dentro había tres sillas, y no quedaba espacio para una cuarta. Abrí las persianas venecianas y cogí la silla giratoria que estaba detrás del escritorio. Señalé la silla de brazos para que ella se

sentara delante de mí, al otro lado de la mesa. Pero prefirió sentarse en una silla que estaba apoyada contra el tabique, lejos de la ventana y de la luz.

Cruzó las piernas, incrustó un cigarrillo en una boquilla de oro y lo encendió con un mechero del mismo metal.

—Respecto al trabajo que le he mencionado, quiero que encuentre a una persona, a una chica de color que trabajaba para mí. Se marchó hace dos semanas, exactamente el 1 de septiembre. Para mí fue un alivio deshacerme de esa escoria, pero el problema es que se llevó algunas baratijas mías. Un par de pendientes de rubíes y un collar de oro.

—¿Las joyas estaban aseguradas?

—No. En realidad no valen gran cosa. Tienen un valor sentimental, ¿comprende? Sentimentalmente significan mucho para mí. —Intentó parecer sentimental pero no lo consiguió.

—A mí me parece un asunto del que debe ocuparse la policía.

—A mí no. —Su rostro se endureció como una madera oscura—. Usted se gana la vida siguiendo a la gente, ¿no es así? ¿Intenta autoconvencerse de renunciar a su sustento?

Saqué el billete de cien dólares de mi cartera y lo dejé sobre el escritorio, delante de ella.

—Eso parece.

—No sea tan quisquilloso. —Se esforzó por convertir su gesto lúgubre en una sonrisa—. La verdad, señor Archer, es que soy una estúpida por fiarme de la gente. Cuando las personas trabajan para mí, incluso aunque se aprovechen de mí, en fin… me siento responsable. Sentía un cariño sincero por Lucy, y creo que todavía lo siento. No quiero causarle problemas, ni nada parecido. No deseo que la coja la policía. Solo quiero tener la posibilidad de hablar con ella y recuperar mis cosas. Y tenía tantas esperanzas de que usted me ayudara…

Dejó caer las pestañas sobre sus ojos negros. Puede que ella oyera la música de unos violines lejanos. Pero lo que oía yo eran los bocinazos del tráfico en el bulevar, un piso más abajo.

—Creo que ha dicho que era negra.
—No tengo prejuicios raciales…
—No he querido decir eso. Las chicas negras son imposibles de localizar en esta ciudad. Ya lo he intentado.
—Lucy no está en Los Ángeles. Yo sé dónde está.
—¿Y por qué no va y habla directamente con ella?
—Es lo que pienso hacer. Pero primero quiero hacerme una idea de sus movimientos. Quiero saber con quién se ve antes y después de hablar conmigo.
—Es una manera demasiado rebuscada de recuperar unas joyas. ¿Qué se propone?
—No es asunto suyo. —Intentó decirlo de un modo alegre y gentil, pero la hostilidad saltó a la vista.
—Creo que tiene razón. —Le devolví el billete y me puse de pie —. De hecho, tiene toda la pinta de ser una cacería salvaje. ¿Por qué no pone un anuncio en el Times? Hay un montón de detectives que viven de la caza.
—¡Por Dios, yo creo en la honestidad! —Lo dijo mirando hacia un lado, como si no fuera ella, sino su álter ego, el que estaba allí de pie —. Está bien, señor Archer, supongo que me tiene en sus manos.
La imagen no era demasiado sugerente, así que hice una mueca.
—Lo que quiero decir es que tengo prisa. No he tenido tiempo para ir de compras. Además, admito que estoy metida en un lío.
—Que no tiene nada que ver con un insignificante robo ni con joyas. Podría haberme contado una historia mejor. Por favor, no lo intente.
—No lo haré. Es la verdad. Cuando Lucy trabajaba en mi casa llegó a enterarse de mis asuntos familiares. Bien, cuando se marchó hubo cierto resentimiento, no por mi parte, sino por la suya. Hay ciertas cosas que podrían avergonzarme si ella decide divulgarlas. Por eso necesito saber con quién se está viendo. Para sacar mis propias conclusiones.
—Si supiera algo más de esos hechos tan vergonzosos…

—No voy a contárselos, eso está claro. Si he venido a verle es justamente para que no salgan a la luz. ¿Se podría ser más sincera de lo que he sido?

La historia seguía sin convencerme, pero la segunda versión había mejorado respecto de la primera. Volví a sentarme.

—¿Qué clase de trabajo hacía para usted?

Dudó un instante.

—Tareas del hogar. Era la criada. Su nombre completo es Lucy Champion.

—¿Y dónde trabajaba para usted?

—En mi casa, por supuesto. Y no veo motivos para decirle dónde vivo.

Me tragué la irritación.

—¿Dónde está ella ahora? ¿O eso también es un secreto?

—Sé que parezco insensata y sospechosa —dijo—. Créame, me han estafado. ¿Aceptará hacer este trabajo para mí?

—Tal vez.

—Está en Bella City, subiendo el valle. Tendrá que darse prisa para llegar antes del mediodía. Está a dos horas de aquí.

—Sé dónde está.

—Bien. Un amigo mío la vio ayer por allí, en un bar cerca de la esquina de Main Street e Hidalgo. Mi amigo habló con el camarero y averiguó que Lucy almuerza allí cada día entre las doce y la una. El sitio es una mezcla de cafetería y licorería que se llama Tom's Café. Lo encontrará.

—Una foto de Lucy podría ayudar.

—Lo siento. —Extendió las manos en un gesto automático que situó a sus ancestros en la costa norte del Mediterráneo—. Todo lo que puedo ofrecerle es una descripción. Es una chica guapa, y tan alegre que podría pasar por sudamericana o por una hispana de California. Tiene unos ojazos marrones muy bonitos y una boca más bien pequeña, como algunas de ellas. Su figura también es bonita, aunque está muy delgada.

—¿Edad?

—Joven. Más joven que yo. —La comparación era sin duda un halago a sí misma—. Yo diría que veintitantos.

—¿Cabello?

—Liso y corto. Se lo alisa con aceite.

—¿Estatura?

—Un poquito más alta que yo. Yo mido uno sesenta.

—¿Algún rasgo particular?

—Lo mejor que tiene son sus piernas, como ella bien sabe. —No se podía dedicar un cumplido a otra mujer sin añadir algo más—. Tiene una nariz más bien ancha… bonita, aunque parece mirarte fijamente con sus orificios nasales.

—¿Cómo iba vestida cuando la vio su amigo?

—Llevaba un traje blanco y negro a cuadros. Por eso estoy segura de que es ella. Yo le regalé ese traje hace unos meses. Ella lo arregló a su gusto.

—No querrá recuperar el traje…

Al parecer se sintió herida. Quitó la colilla que sobresalía de la boquilla y la aplastó violentamente en el cenicero que había junto a la silla.

—Ya le he robado demasiado tiempo, señor.

—Hasta ahora está claro —dije—. He llevado la cuenta. No quiero que piense que con cien dólares puede comprar mucho. Tengo que salir por ahí a vigilar. Usted es sospechosa y yo un quisquilloso.

—Habla como si le hubiera mordido un oso. ¿No estará insatisfecho con su vida familiar?

—Justamente iba a preguntarle por la suya.

—No empiece a preocuparse por mi vida familiar. Eso es algo… de lo que no quiero que hable con Lucy. —De repente cambió de humor, o al menos lo fingió—. Oh, qué diablos, es mi vida y la vivo como quiero. Estamos perdiendo el tiempo. ¿Está dispuesto a hacer lo que le digo, ni más ni menos?

—En ningún caso haré más. Puede que hoy ella no esté en el bar. Si está, la seguiré. Tomaré nota de adonde va y con quién se ve. ¿Quiere que le informe?

—Sí. Esta tarde, si es posible. Estaré en el hotel Mission de Bella City. Pregunte por la señora Larkin. —Echó una ojeada al reloj de oro que llevaba en la muñeca derecha—. Será mejor que se ponga en marcha. Si ella sale de la ciudad quiero saberlo de inmediato, y sígala adonde vaya.

Se dirigió rápidamente hacia la puerta. No se andaba con rodeos. Una nuca maciza sobresalía bajo su pelo corto, hinchada de musculatura, como si estuviera acostumbrada a dar cornadas y cabezazos. Al llegar a la puerta se volvió para levantar la mano en un fugaz gesto de despedida, y luego se tapó con el visón. Me pregunté si usaba aquella estola para no mostrar el grosor de la nuca.

Regresé a mi escritorio y llamé al servicio de contestador. De pie, junto a la ventana, veía la acera de abajo entre las tablillas de la persiana veneciana. Una radiante multitud de hombres y mujeres zumbaban y revoloteaban en busca de la felicidad y el dinero.

Una apareció en medio de la gente, más oscura y diminuta mientras la observaba desde lo alto. Enfiló cuesta arriba, embistiendo con la cabeza sobre su nuca robusta, como una fuerza irrefrenable que se dirige hacia un objeto estático. Sonó la centralita y descolgué al quinto tono. Oí una voz femenina. Le dije que estaría fuera todo el fin de semana.

2

Desde lo alto de la cuesta podía ver las montañas al otro lado del valle, asomando como losas de granito recortadas contra el cielo azul. Abajo, la carretera serpenteaba entre las oscuras colinas salpicadas por los borrones de sombra de los robles. El tramo del valle entre las colinas y las montañas estaba cubierto por las felpillas verdes de los huertos, la pana marrón de los campos arados y los retazos de colores de las granjas. Bella City estaba en mitad de todo eso. Era una extensión polvorienta en miniatura organizada en las áreas despejadas. Me dirigí hacia allí.

Las plantas de embalaje de las asociaciones de agricultores se elevaban como hangares aeronáuticos al lado de los verdes campos. En viveros y ranchos cercanos se ofrecían tomateras, huevos y judías a precios rebajados. Junto a la carretera había gasolineras, autocines con restaurante y moteles deprimentes cayéndose a trozos bajo sus carteles con nombres optimistas. Los camiones circulaban en ambas direcciones, dejando estelas de humo y ruido.

La carretera era un difuso ecuador social que dividía la comunidad en dos hemisferios, uno más claro y el otro más oscuro. Arriba, en el hemisferio norte, vivían los blancos que poseían y administraban los bancos y las iglesias, las tiendas de ropa y comestibles y las licorerías. En la pequeña parcela de abajo, hacinados y separados por lavanderías y almacenes, vivían los más oscuros, los mexicanos y los negros, que hacían gran parte del

trabajo manual en Bella City y su zona rural. Recordé que Hidalgo Street corría paralela a la carretera y que estaba dos manzanas más abajo.

El clima era seco y caluroso. Aquella sequedad me provocaba congestión nasal. Main Street estaba saturada de brillo y ruido, con el tráfico estancado del mediodía. Doblé a la izquierda en Hidalgo y encontré un lugar para aparcar en la primera manzana. Amas de casa negras, pardas y amarillentas cargaban bolsas y arrastraban carros de la compra. Una casa destartalada, con un par de ventanas como unos ojos desorbitados por el recuerdo de un terremoto, anunciaba habitaciones temporales, además de un servicio de lectura de manos. Una pareja de mexicanitos, niño y niña, paseaban cogidos de la mano en un eterno mediodía rumbo a un matrimonio prematuro.

Dos soldados rasos aparecieron de la nada, pálidos en sus uniformes, como fantasmas atrapados en la realidad. Me apeé y los seguí por Main Street hasta un quiosco de revistas que estaba cerca de la esquina. El cartel de neón apagado del Tom's Café estaba justo al otro lado de la calle. Cerveza de barril. Cerveza doble malta. Pruebe nuestro plato especial de espaguetis.

Los soldados estaban inspeccionando un estante de cómics con aire de entendidos. Cada uno escogió media docena, pagaron y salieron.

—Niños de pecho —dijo el dependiente. Era un hombre canoso con unas gafas sucias—. En estos tiempos los reclutan en pañales. De la cuna a la tumba. Cuando yo estaba en el ejército…

Gruñí mientras miraba por la ventana. La clientela del Tom's Café era heterogénea. Entraba y salía gente con trajes y monos de trabajo, camisetas y camisas. Las mujeres llevaban vestidos de algodón a cuadros, anudados al cuello, pantalones y camisetas, abrigos ligeros sobre camisas de seda floreadas. Entre ellas había algunas blancas, pero la mayoría eras negras y mexicanas. No veía a ninguna con un traje blanco y negro a cuadros.

—Cuando yo estaba en el ejército… —continuó el dependiente con aire nostálgico desde detrás del mostrador.

Cogí una revista y fingí que me ponía a leer, vigilando el movimiento al otro lado de la calle. La luz formaba olas danzantes sobre los techos de los coches.

El dependiente probó con otro tono:

—Se supone que no puede leerla hasta que no la haya pagado.

Le arrojé una moneda y se ablandó.

—Ya sabe cómo es esto. Los negocios son los negocios.

—Claro —contesté bruscamente para evitar oír la historia del ejército.

A través de la sucia ventana, los peatones parecían extras de una película antigua. Las fachadas de los edificios eran tan feas e insignificantes que no podía imaginarme los interiores. A un lado del Tom's Café había una casa de empeños que exhibía violines y pistolas en el escaparate y, al otro lado, se veía una sala de cine emplastada con coloridos anuncios de *La liga de los muchachos*. La multitud desfilaba cada vez más rápido ante mis ojos, y entonces la escena de la película se centró en la puerta giratoria del Tom's Café. Una chica de color, delgada, de pelo corto y traje ajedrezado blanco y negro salió a la calle, se detuvo al borde de la acera y se dirigió hacia el sur.

—Se olvida la revista —me gritó el dependiente.

Estaba cruzando la calle cuando ella llegó a la esquina de Hidalgo y Main Street. Giró a la izquierda, caminando rápidamente con pasos cortos. El sol brillaba sobre su pelo aceitado. Pasó a tres metros de mi descapotable. Me subí y lo arranqué.

Lucy caminaba con determinación. Sus caderas oscilaban como una pera desde el estrecho tallo de su cintura, y sus piernas morenas sin medias se movían plácidamente bajo la falda a cuadros. La dejé andar hasta el final de la manzana, y después empecé a seguirla a intervalos, aparcando una y otra vez para esperarla. En la segunda manzana estacioné delante de un templo budista. En la tercera, ante un salón de billar donde jóvenes negros, mexicanos y asiáticos se inclinaban sobre las mesas tacos en mano. En la cuarta, delante de

una escuela de ladrillo rojo en un desértico campo de deporte. Lucy seguía dirigiéndose hacia el este.

La calle de asfalto resquebrajado se convirtió en un camino de terrazo sin aceras. Ella se abrió paso con cuidado entre los niños que correteaban y rodaban en el polvo, pasando por delante de casas con ventanas rotas cubiertas con cartones y puertas desconchadas, o sin puertas. Bajo la luz fotográfica, la miseria de las casas tenía un aire de claridad o belleza, como si fueran rostros de ancianos bajo el sol. Los tejados se hundían y las paredes se encorvaban con humana resignación, y las casas incluso tenían voz: discutían, cotilleaban, cantaban, mientras los niños en la calle de tierra jugaban a pegarse.

Lucy se desvió en la doceava intersección y se dirigió hacia el norte bordeando la valla de un campo de béisbol. Una manzana antes de llegar a la carretera retomó su rumbo hacia el este, enfilando por otra calle con pavimento, aceras y pequeños jardines delante de unas casas blancas bien conservadas. Aparqué en la esquina, ocultándome tras un seto que rodeaba una parcela. El nombre de la calle estaba escrito en el bordillo: Masón Street.

A mitad de la manzana había un cupé Ford aparcado bajo un pimentero, delante de una casa blanca. Un muchacho negro en bañador amarillo estaba lavando el coche con una manguera. Era alto y fornido. Desde una distancia de cincuenta metros podía ver los músculos que relucían en sus húmedos brazos de color. La chica cruzó la calle dirigiéndose a él, caminando ahora con más garbo.

El hombre sonrió al verla, y de un golpe de muñeca le arrojó agua de la manguera. Ella la esquivó y corrió hacia él olvidando su dignidad. Él se echó a reír y dirigió el chorro hacia arriba, directamente al árbol, como un surtidor de risa visible que me llegó en forma de sonido medio segundo después. Ella se quitó los zapatos y empezó a corretear alrededor del coche, un paso por delante de su lluvia en miniatura. Él soltó la manguera y fue tras ella.

La chica reapareció al otro lado del coche y cogió la manguera. Cuando él se acercó, ella se volvió y le lanzó el chorro en la cara.

Chorreando y riendo él le arrebató la manguera. Los dos se reían sin parar.

Estaban frente a frente sobre la hierba, sujetándose mutuamente. De repente dejaron de reír. El pimentero los protegía con su sombra silenciosa. El agua de la manguera borbollaba en el jardín.

Se abrió una puerta. El sonido llegó a mis oídos como el golpe de un hacha. Los amantes se separaron. Una mujer negra y corpulenta se había asomado al porche. Estaba de pie, con las manos en la cintura del delantal y los miraba sin hablar. Al menos sus labios no se movían de forma perceptible.

El muchacho recogió la gamuza y se puso a sacar brillo al coche, como alguien que lava los pecados del mundo. La chica se calzó los zapatos con concentración, como si llevara un rato buscándolos por cielo y tierra. Pasó junto al hombre sin volverse y desapareció por uno de los lados de la casa. La negra corpulenta regresó dentro, cerrando la puerta enmallada sin hacer ruido.

3

Rodeé tres cuartos de la manzana, dejé el coche cerca de la esquina y llegué andando a Masón Street por el otro lado. El muchacho seguía lavando el coche bajo el pimentero. Me miró mientras cruzaba la calle, pero sin prestarme demasiada atención.

Su casa era la quinta al lado norte de la calle. Abrí la puerta de la valla de la tercera vivienda, una casita de estuco adornada con una antena de televisión a modo de pluma metálica gigante sobre un gorro. Llamé a la puerta interior y saqué una libreta y un lápiz del bolsillo de mi pechera.

La puerta interior estaba ligeramente abierta, y la cara delgada y ambarina de un negro de mediana edad se asomó por la rendija.

—¿Qué quiere? —Al cerrar la boca, los labios se plegaron sobre sus dientes.

Abrí la libreta y me dispuse a anotar.

—Mi empresa está haciendo una encuesta nacional.

—No necesitamos nada. —Volvió a cerrar la boca y la puerta.

La puerta de la casa de al lado estaba abierta. Podía ver la sala abarrotada de muebles. Llamé y la puerta chocó contra la pared. El chico negro, que estaba sacándole brillo al guardabarros, levantó la vista.

—Entre. Se alegrará de verle. Aunty se alegra de ver a cualquiera. —Añadió un «señor», como si fuera una ocurrencia tardía, y luego me dio la espalda.

Al fondo de la casa se oyó una voz. Era una voz débil y apagada, pero con una entonación característica, similar a un canto.

—¿Eres tú, Holly? No, no puede ser Holly a estas horas. Es igual, pase, quienquiera que sea. Debe de ser uno de mis amigos que viene a visitarme, ahora que no puedo salir de casa. Adelante.

La voz seguía sin respiro, encadenando palabras con un agradable acento sureño. Seguí el hilo de su rastro a través de la sala, un pasillo corto y la cocina, y llegué a una habitación que tenía la puerta abierta.

—Antes acostumbraba recibir a las visitas en la sala, pero eso fue hace tiempo. Últimamente el doctor me ha dicho: «Tú te quedas en la cama, cariño, y olvídate de cocinar, deja que Holly se ocupe». Así que aquí estoy, acostada.

Era una habitación pequeña y vacía, iluminada y ventilada por una sola ventana que estaba abierta. La voz provenía de una cama situada junto a la ventana. Una mujer negra, apoyada en la cabecera sobre almohadas, me sonrió desde un rostro hundido y gris con grandes ojos como farolas oscuras. El hilo de voz seguía desenrollándose entre sus sonrientes labios azules.

—Me dijo que para mí es una bendición que mis articulaciones se hayan vuelto rígidas con la artritis, porque si intentara seguir el ritmo de antes me fallaría el corazón, eso seguro. Le dije que no intentara consolarme. ¿De qué sirve que el corazón me siga funcionando como un reloj si no puedo levantarme y cocinar? Me dijo que yo era de la generación de los tercos y yo me reí en su cara, no pude evitarlo. Este joven doctor es un buen amigo mío, me da igual lo que diga. ¿Tú eres médico, hijo?

Los grandes ojos me alumbraron, y los labios azules sonrieron. Odiaba mentir cuando el factor humano afectaba a mi trabajo. Mentí.

—Estamos haciendo una encuesta sobre oyentes de radio en el sur de California. Veo que usted tiene una radio.

Entre la cama y la pared había un mueble radio cuyo material imitaba el marfil.

—Claro que tengo una radio. —Parecía decepcionada. Su labio superior lleno de pelusilla estaba surcado por una infinidad de arrugas verticales.

—¿Y funciona?

—Claro que funciona. —La pregunta la reanimó, dándole un nuevo tema de conversación—. ¿Para qué querría una radio que no funciona? La escucho mañana, tarde y noche. La apagué cuando llamaste a la puerta. En cuanto te marches, volveré a encenderla. Pero no tienes que irte ahora. Pasa, siéntate. Me gusta hacer nuevos amigos.

Tomé asiento en la única silla de la habitación, una mecedora que estaba al pie de la cama. Desde allí podía ver la pared lateral de la casa de al lado, cuya ventana de la cocina daba a la parte trasera.

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Lew Archer.

—Lew Archer —repitió lentamente, como recitando un elocuente poema—. Un nombre precioso, muy bonito. Yo me llamo Jones, por mi último marido. Todo el mundo me llama Aunty. Tengo tres hijas casadas y cuatro hijos en Filadelfia y Chicago. Doce nietos, seis bisnietos, y vienen más en camino. ¿Ves esas fotos? —Encima del mueble radio había un montón de fotos clavadas en la pared—. Debe de ser un alivio para ti darle un descanso a tus pies. Este trabajo de las encuestas, hijo, ¿se paga bien?

—No muy bien.

—Pero tú vas bien vestido, eso debe de ser un consuelo.

—Es un trabajo temporal. Quería preguntarle si sus vecinos tienen radio. El hombre de al lado no quiso contestarme.

—¿Toby? Bah, es un antipático. Tienen radio y televisión. —Suspiró con envidia y resignación—. Es dueño de la mitad de las propiedades de Hidalgo Street.

Hice una anotación sin sentido en mi libreta.

—¿Y los vecinos del otro lado?

—Annie Norris no. Yo era tan beata como Annie Norris cuando podía moverme libremente, pero nunca fui tan terca como ella. No

veo nada malo en escuchar un poco de música en la radio. Annie dice que es un aparato del demonio, y yo le digo que ella no vive acorde con los tiempos. Ni siquiera le permite a ese hijo suyo que vaya al cine, y yo le digo que a un muchacho podrían pasarle cosas peores que tener un poco de distracción inocente. Porque cosas peores podrían ocurrir y ocurren. —Se quedó en silencio. Una de sus nudosas manos se levantó con esfuerzo de la sábana que le cubría las rodillas—. Hablando del demonio, ¿oyes eso?

Con un movimiento de todo su cuerpo se inclinó hacia la ventana. Detrás de la pared de la casa vecina se oía discutir a dos mujeres.

—Ya están otra vez ella y su inquilina. Escucha.

Una voz era de tipo contralto, sin duda se trataba de la mujer negra corpulenta. Se oían algunos fragmentos de lo que decía: «Escuche… Fuera de mi casa… Hacerle ojitos a mi hijo… Fuera… Mi hijo».

La otra voz era de soprano, y chillaba con miedo y rabia: «Yo no he sido. Es mentira. Usted me alquiló la habitación por un mes…».

La voz grave arrasó como una ola: «Fuera. Coja sus cosas y lárguese. Le devolveré el dinero que le corresponde. Lo necesitará para emborracharse, señorita Champion».

La puerta enmallada volvió a abrirse, y la voz del muchacho resonó en la casa: «¿Qué pasa aquí? Mamá, deja en paz a Lucy».

«Tú no te metas. No es asunto tuyo. La señorita Champion se va».

«No puedes echarla a la calle. —La voz del muchacho sonaba aguda y dolida—. Te ha pagado todo el mes».

«Me da igual, se va. Y tú, Alex, a tu cuarto. ¿Qué diría tu padre si te oyera hablándole a tu madre de ese modo?».

«Hazle caso a tu madre —dijo la chica—. En cualquier caso, no puedo quedarme aquí después de estas insinuaciones».

«¡Insinuaciones! —La mujer mayor repitió la palabra con un sarcasmo brutal—. Estoy hablando de hechos, señorita Champion, y no son los únicos hechos. No me ensuciaré la boca hablando de lo otro delante de Alex…».

«¿Lo otro?».

«Ya sabe a lo que me refiero. No le he alquilado la habitación para el uso que usted le dio anoche. Anoche atendió a un hombre en su habitación, y no intente salirse con mentiras».

Si Lucy contestó, lo hizo en voz tan baja que no se la oyó. La señora Norris apareció de repente en la ventana de la cocina. No me dio tiempo a ocultarme, pero ella tampoco levantó la vista. Tenía el semblante petrificado. Cerró la ventana con ímpetu y bajó las persianas.

Suspirando y sonriendo, la anciana volvió a reclinarse sobre las almohadas.

—En fin. Parece que Annie se queda sin inquilina. Yo podría haberle advertido que se estaba buscando problemas alquilándole una habitación a esa joven Lucy con el otro muchachote viviendo en la casa. —Con la inocencia de una anciana a la que no le queda mucho que perder, sino solo la vida, añadió—: Mecachis, si ella se va, ya no habrá más discusiones que escuchar.

Me levanté y toqué su hombro de franela fina.

—Ha sido un placer conocerla, Aunty.

—Lo mismo digo, hijo. Ojalá consigas un trabajo mejor que eso de caminar. Sé muy bien el daño que le hace a tus pies. Yo he cocinado toda la vida en casas grandes. Cuídate los pies… —La voz me perseguía como el hilo de una telaraña infinita en el espacio.

Regresé al coche y me alejé unos metros hasta una posición desde la que podía ver la casa de Norris. Mi trabajo consistía en caminar y conducir, pero sobre todo en estar sentado y esperar. Bajo la capota del coche hacía calor, pero la necesitaba para camuflarme. Me quité el abrigo y esperé. Los segundos se acumulaban lentamente como un montón de peniques relucientes.

Cuando el reloj del salpicadero, que aún funcionaba, marcó las dos, un taxi amarillo llegó a Masón Street por el otro lado. Delante de la casa de Norris aminoró la marcha e hizo sonar el claxon, y luego aparcó en la entrada detrás del Ford. Lucy Champion salió de la casa con una caja bajo el brazo y un sombrero puesto. La seguía

Alex Norris, ahora completamente vestido, cargando dos maletas grises a juego. El taxista las colocó en el maletero y Lucy se montó en el asiento trasero. Alex Norris se quedó mirando el taxi que se alejaba, mientras su madre lo observaba desde el porche.

Pasé conduciendo por delante de ellos sin mirarlos, y seguí al taxi por Hidalgo hasta Main Street, y luego hacia el sur. En esa dirección estaba la estación de trenes, y yo esperaba que Lucy cogiera un tren. El taxi dio la vuelta en círculo y la dejó en la puerta junto con el equipaje. Lucy entró en la estación. Yo aparqué detrás del edificio y entré por la puerta trasera de la sala de espera. En ese mismo instante me crucé con Lucy mientras ella salía. Tenía la cara muy empolvada y el cabello metido bajo el sombrero. Sin mirarme, anduvo hasta la parada de taxis al otro lado del edificio y se subió en uno blanco y negro. Mientras el conductor guardaba las maletas, fui a por mi coche.

El taxi siguió por Main en dirección norte hasta la carretera, y de ahí tomó rumbo oeste. Después de dos manzanas redujo la velocidad y dio un giro brusco hacia la izquierda para pasar por debajo de un letrero sostenido sobre dos postes: MOUNTVIEW. MOTEL Y CAMPING DE CARAVANAS. Pasé por delante, di la vuelta en la siguiente intersección y regresé a tiempo para ver que el taxi blanco y negro se marchaba sin pasajeros.

Aparqué cerca del cartel y me deslicé hacia el otro extremo del asiento. El Mountview estaba en una zona estéril entre la carretera y las vías del tren. Tenía vistas a las montañas, como cualquier edificio de Bella City. A través de un alambrado con una enredadera a punto de soltarse podía ver en el fondo del recinto unas veinte o treinta caravanas varadas como ballenas en la playa. Había niños y perros que jugaban alrededor y debajo de los remolques. En el área más cercana había un edificio de hormigón en forma de L con doce ventanas y doce puertas. La primera puerta tenía encima el rótulo de recepción. Las maletas de Lucy descansaban en el pórtico.

Lucy salió seguida por un hombre gordo en camiseta que recogió sus maletas y la acompañó hasta la séptima puerta, en la esquina de

la L. Desde la distancia se podía apreciar su tensión. El hombre abrió la puerta con una llave y entraron los dos.

Me metí en el camping con el coche y estacioné delante de la recepción. Era un cubículo lúgubre dividido por un descolorido mostrador de madera. Junto a la puerta había un sofá de lona deshilachado. Al otro lado del mostrador había un buró lleno de papeles, una pequeña cama deshecha y una cafetera eléctrica con posos y olor a café rancio. Un cartón sucio pegado con cinta adhesiva sobre el mostrador anunciaba: LA CASA SE RESERVA EL DERECHO DE ADMISIÓN.

4

El hombre gordo regresó a la recepción con la barriga dando saltos dentro de su camiseta. Tenía los brazos marcados con tatuajes azules, como sellos de carne vacuna. En el brazo derecho ponía: «Te amo, Ethel». Pero sus pequeños ojos decían: «No amo a nadie».

—¿Tiene habitación?

—¿Usted qué cree? Habitaciones es de lo que nos sobra. —Echó un vistazo alrededor, como si sospechara de algo pero no pudiera decir de qué—. ¿Quiere una habitación?

—La seis, si está libre.

—Pues no lo está.

—¿Y la ocho?

—La ocho sí. —Se puso a buscar el libro de registros, que arrojó al otro lado del mostrador—. ¿De viaje?

—Pues sí. —Hice una firma ilegible, omitiendo el número del permiso de conducir y mi dirección—. Hace calor.

—Esto no es nada. —Su tono defensivo estaba acentuado por una respiración asmática—. Hoy solo tenemos treinta y siete grados. Debería haber pasado por aquí a principios de mes. Superamos los cuarenta. Eso es lo que mantiene alejados a los turistas. La habitación son dos dólares con cincuenta.

Le di el dinero y le pregunté si podía usar el teléfono.

—¿Conferencia? —resolló suspicaz.

—Una llamada local. Privada, si no le importa.

Sacó un teléfono de debajo del mostrador y salió sin prisas, dando un portazo. Marqué el número del hotel Mission. Cuando le pasaron la llamada, Una respondió enseguida.

—¿Diga?

—Habla Archer, estoy en el motel Mountview. Lucy Champion se ha registrado aquí hace unos minutos. Su casera la echó a la calle. Una mujer negra de Masón Street llamada Morris.

—¿Dónde está ese motel?

—Junto a la carretera, dos manzanas al oeste de Main Street. Está alojada en la habitación número siete.

—Muy bien, estupendo —dijo animada—. Vigüela. Voy a hacerle una visita. Quiero saber adonde va después de hablar conmigo.

Colgó. Me instalé en la habitación número ocho. Coloqué mi saco de dormir en el centro de la alfombra gastada y colgué la chaqueta en una pecha de alambre del armario. La cama estaba cubierta con una colcha verde de mala calidad que no conseguía disimular el hoyo que se percibía justo en el centro de la cama. No me fiaba de ese camastro. Me senté en una silla de respaldo recto que coloqué junto a la ventana y encendí un cigarrillo.

Desde ahí podía ver la puerta y la ventana de la habitación de Lucy ubicada en el ángulo de la L. La puerta estaba cerrada, la persiana bajada cubría la ventana. El humo de mi cigarrillo ascendía por el aire cargado hasta el techo de yeso amarillo. Una mujer gemía al otro lado del tabique, en la habitación número nueve.

Una voz masculina dijo:

«¿Pasa algo?».

«No hables».

«Creí que pasaba algo».

«Cállate. No pasa nada».

«Creí que te había hecho daño».

«Cállate. Cállate. Cállate».

Mi cigarrillo sabía a hierba quemada. Lo apagué en la tapa de una lata de café que habían dejado en la habitación para usarla como cenicero. Pensé en la gente que se había acostado sola o en pareja

en aquella cama de hierro. Levanté la vista al techo amarillo. Vestigios de mugre en las esquinas, las paredes impregnadas de olores. Gente que había llegado desde todos los rincones del país para contemplar ese techo amarillo, removerse en esa cama de hierro, acariciar las paredes y dejar sus indelebles huellas.

Me acerqué al tabique que separaba mi habitación de la de Lucy. La oí sollozar. Al cabo de un rato dijo algo para sí misma: «No lo haré». Y al cabo de otro rato: «No sé qué hacer».

Era normal que la gente llorase a solas y se dijera cosas como «No sé qué hacer». Aun así, escucharlo era duro. Regresé a la silla que estaba junto a la ventana y me quedé observando la puerta, tratando de imaginar lo que ocurría detrás de ella.

De repente Una apareció delante de la puerta como en un sueño. Un sueño de marihuana. Llevaba pantalones de leopardo y una camisa de seda amarilla. Avanzó como un luchador ansioso y dio dos golpes con el dorso de la mano derecha.

Lucy abrió la puerta. Se llevó las manos cerradas a la boca y las dejó apoyadas en el labio inferior. Una se abalanzó como un pequeño ariete multicolor, y Lucy retrocedió, desapareciendo de mi campo de visión. Oí su taconeo tambaleante en el suelo. Me acerqué otra vez al tabique.

«Siéntate —ordenó Una—. Ahí no, en la cama. Yo cogeré la silla. Bueno, Lucy. ¿Qué has estado haciendo?».

«No quiero hablar con usted». —La voz de Lucy podría haber sonado suave y amable de no haber sido por el miedo.

«No te pongas nerviosa».

«No estoy nerviosa. Lo que he estado haciendo es asunto mío. No es asunto suyo».

«No estoy muy segura. Eso depende de lo que hayas estado haciendo».

«He estado buscando trabajo. Un trabajo decente. Cuando ahorre algo de dinero regresaré a casa. No es asunto suyo, pero se lo cuento».

«Me parece bien, Lucy. Porque no dejaré que regreses a Detroit. Ni ahora ni nunca».

«¡Usted no puede impedírmelo!».

Hubo un silencio.

«No, no puedo impedírtelo. Pero te diré algo. Cuando bajes de ese tren, te estará esperando un comité de bienvenida. Llamo a Detroit por teléfono todas las tardes».

Otra pausa larga.

«Así que ya ves, Lucy. Detroit se acabó para ti. ¿Sabes lo que deberías hacer? Cometiste un error al dejarnos. Creo que deberías volver con nosotros».

Lucy suspiró profundamente.

«No, no puedo».

«Sí. Lo harás. Será más seguro para ti, para nosotros y para todo el mundo. —El tono estridente de Una adquirió una falsa suavidad—. Te explicaré cómo son las cosas, cariño. No podemos dejar que andes sola por ahí como hasta ahora. Te meterás en problemas, o beberás más de la cuenta y te irás de la lengua. Conozco a tu gente, ¿sabes? Sois todos unos bocazas».

«Yo no —protestó la chica—. Nunca le contaré nada a nadie, le doy mi palabra. Por favor, deje que me vaya y viva mi vida. Por favor…».

«Estoy al servicio de mi hermano. Me gustaría dejarte ir, Lucy. Si cooperaras…».

«Ya he cooperado antes. Antes de lo que pasó».

«Claro que sí. Dime dónde está ella, Lucy. Entonces te dejaré ir, o podrás regresar con nosotros ganando el doble que antes. Nos fiamos de ti. De ella no, ya lo sabes. ¿Está en la ciudad?».

«No lo sé», dijo Lucy.

«Sabes que está en la ciudad. Dime dónde está. Te daré mil dólares en efectivo si me lo dices. Venga, Lucy. Dímelo».

«No lo sé».

«Mil dólares en efectivo, Lucy —repitió Una—. Los tengo aquí».

«No quiero su dinero —dijo Lucy—. No sé dónde está».

«¿Está en Bella City?».

«No lo sé, señora. Me trajo hasta aquí y luego se fue. ¿Cómo voy a saber adónde? Ella nunca me cuenta nada».

«Eso tiene gracia. Creía que eras su confidente —dijo Una con aspereza, cambiando nuevamente de tono—. ¿Él estaba herido?».

«Sí. Bueno, no lo sé».

«¿Dónde está ahora? ¿En Bella City?».

«No lo sé, señora». La voz de Lucy se había hundido en la monotonía.

«¿Está muerto?».

«No sé a quién se refiere, señora».

«¡Cerda mentirosa!», dijo Una.

Oí un golpe. El chirrido de una silla. Una de las dos soltó un hipo sonoro.

«Déjeme en paz, señorita Una. —La tensión había hecho que Lucy se retrajera, y apenas se entendían sus palabras—. No quiero nada de usted. Llamaré a la policía».

«Lo siento, cariño. No quise golpearte. Ya conoces mi temperamento, Lucy. —La voz de Una sonaba ruda y falsamente amable—. ¿Te he hecho daño?».

«No. Usted no podría hacerme daño. Apártese de mí. Váyase y déjeme en paz».

«¿Y por qué iba a irme?».

«Porque no me sacará nada».

«Dime, cariño, ¿tú con cuánto te quedas?».

«Y no me llame *cariño*. Usted no me tiene cariño».

«¿Cinco mil dólares?».

«No me quedaré con su dinero».

«Te has vuelto muy arrogante para ser una negrita que no podía encontrar trabajo hasta que yo te lo di».

«No me llame así. Y ya sabe lo que puede hacer con su trabajo. No regresaría a su casa aunque estuviera muriéndome de hambre».

«Tal vez eso es lo que te espera —dijo Una alegre—. Ojalá te mueras de hambre».

Sus pasos se dirigieron hacia la puerta, que se cerró bruscamente. En el silencio hueco de la habitación se oyeron una serie de movimientos lentos que concluyeron con el chirrido de los muelles de la cama, y después se oyó un bostezo suspirante. Regresé a la ventana. El cielo azul me cegó. En la entrada, Una estaba subiendo a un taxi. Se largó.

Después de dos cigarrillos, vi salir a Lucy y cerrar la puerta con llave. Titubeó en el escalón durante un instante, como un clavadista inexperto a punto de zambullirse en el vacío. La gruesa capa de polvo se adhería a su rostro como azúcar glasé, sin poder disimular una expresión sombría y desesperada. Aunque vestía como antes, su cuerpo parecía más frágil y femenino.

Salió del camping y enfiló hacia la derecha por el borde de la carretera. La seguí a pie. Ella caminaba con pasos rápidos y vacilantes, y yo temía que un coche la atropellara. Poco a poco su andar adquirió un ritmo atinado. En el primer semáforo, cruzó la carretera.

La adelanté y me oculté en la primera tienda por la que pasé, que resultó ser una verdulería. Me incliné sobre una caja de naranjas, de espaldas a la calle. Oí su taconeo sobre el pavimento y sentí su sombra rozándome al pasar como una pluma fría.

5

La calle estaba a una manzana de Main Street y corría paralela a ésta, con un asfalto lleno de baches y todas las sobras de la calle principal: tiendas de reparación de radios y zapatos, tapicerías, fumigadoras, bodegones llenos de moscas. Algunas casas viejas sobrevivían entre los apartamentos y pensiones.

Lucy se detuvo delante de una casa del tercer bloque y miró hacia ambos lados de la calle. A cien metros a su espalda, yo esperaba en la parada de autobús de la esquina. Con un movimiento rápido atravesó la entrada de la casa y subió corriendo las escaleras del porche. Me dirigí hacia allí.

La casa en la que había entrado reposaba con un aire ausente y arcaico entre una tienda de limpieza de colchones y una pequeña barbería. De tres plantas y con un extraño tejado a dos aguas, había sido construida antes de la invención de la arquitectura californiana. Sobre la fachada gris había onduladas marcas de agua marrones. Los cristales de las ventanas de la planta baja, pintados de blanco, miraban al sol como las gafas escarchadas de un ciego. Junto a la doble puerta principal había un nombre escrito en letras grandes sobre una madera: SAMUEL BENNING, DOCTOR EN MEDICINA. Un cartón encima del timbre decía en inglés y español: «Llame y entre». Así lo hice.

El vestíbulo olía a sopa de hospital y desinfectante. Una cara lo atravesaba dirigiéndose hacia mí. Era la cara de un hombre

corpulento con rasgos muy marcados y una expresión agresiva. Instintivamente, me hice a un lado, y entonces me di cuenta de que era mi propia cara reflejada en un cristal sucio, enmarcada en la tallada y deslucida madera de un espejo de pared.

Al final del vestíbulo se abrió una puerta dejando asomar la luz. Salió una mujer de pelo oscuro. Llevaba el uniforme gris a rayas de una ayudante de enfermera, y era de una belleza impetuosa y regordeta. Sus ojos negros me miraron como si me conociera.

—¿Quiere ver al doctor, señor?

—Si está disponible…

—Pase a la sala de espera, señor. En un momento le atenderá. La puerta de la izquierda.

Se marchó con un suave movimiento de caderas.

En la sala de espera no había nadie. Tenía muchas ventanas grandes, por lo que deduje que en su momento debió de ser la sala principal de la casa. En su estado actual todo carecía de respetabilidad, desde la alfombra desmenuzada hasta el techo descolorido. Contra la pared había sillas de mimbre decoradas recientemente con alegres telas. El suelo y las paredes estaban limpios. Sin embargo, era una habitación en la que el crimen de la pobreza había dejado huella.

Me senté en una de las sillas de espaldas a la luz y cogí una revista de la inestable mesa. Era de hacía dos años, pero me servía para taparme la cara. En la pared de enfrente había una puerta cerrada. Al rato se abrió y apareció una mujer alta de pelo negro con un uniforme blanco que no le quedaba bien. Oí una voz que provenía de otra habitación lejana. Parecía la voz de Lucy pronunciando algo ininteligible y emocional. La mujer que había abierto la puerta la cerró enérgicamente y se acercó a mí.

—¿Quiere ver al doctor?

Sus ojos eran de un azul esmaltado. Su belleza eclipsaba la habitación. Yo estaba pensando en que la habitación no era digna de ella, cuando volvió a preguntarme.

—¿Quiere ver al doctor?

—Sí.
—Ahora está ocupado.
—¿Cuándo podrá visitarme? Tengo prisa.
—Eso no puedo decírselo.
—Esperaré un rato.
—De acuerdo, señor.
Aguantó con calma la presión de mi mirada, como si fuera algo natural en ella. Su belleza no era del tipo que depende del movimiento o el tacto. Era plástica y exterior, como la de una estatua; incluso sus ojos azules eran inexpresivos y sin fondo. Todo su rostro parecía congelado con novocaína.
—¿Es usted paciente del doctor Benning?
—Hasta ahora no.
—¿Puede decirme su nombre?
—Larkin —dije al azar—. Horace Larkin.
El rostro siguió inexpresivo. Fue hasta el escritorio y escribió algo en una tarjeta. Su uniforme ajustado era inquietante. Todo en ella me provocaba.
Un hombre calvo con bata de médico abrió la puerta. Me tapé la cara con la revista y lo examiné por encima del borde superior. Orejas grandes, poco pelo, como si le hubieran desplumado la cabeza. Un rostro largo apenas iluminado por unos ojos claros y preocupados. Arrugas de tristeza surgían de las aletas de su grande y vulnerable nariz.
—Ven —le dijo a la recepcionista—. Habla con ella, por el amor de Dios. Esto no tiene pies ni cabeza. —Hablaba con una voz aguda y nerviosa, entre furioso y ansioso.
La mujer lo observó fríamente y me lanzó una mirada sin decir nada.
—Ven —insistió él en tono conciliador, extendiendo su mano huesuda y roja—. Yo no puedo controlarla.
Ella se encogió de hombros y se dirigió a la puerta pasando junto al médico, quien apartó su cuerpo esmirriado, como si ella irradiara un calor abrasador. Entonces me marché.

Diez minutos más tarde Lucy salió de la casa. Yo estaba sentado en la barbería de al lado. Había dos clientes antes que yo, uno en la silla con la nuca afeitada y el otro leyendo un periódico junto a la ventana. El que leía era un tipo fornido poco elegante con una chaqueta marrón de piel de camello y venas violáceas en las mejillas y la nariz. Cuando Lucy pasó por delante de la ventana dirigiéndose hacia el sur, el tipo se levantó inmediatamente, se puso su sucio sombrero panamá y salió de la barbería.

Esperé un instante y salí tras él.

—Usted es el siguiente, señor —me llamó el barbero. Me volví desde la acera de enfrente, y todavía estaba en la ventana haciéndome gestos con la navaja.

El hombre de la nariz venosa y el sombrero se dirigía hacia la esquina, y ya casi había alcanzado a Lucy. Ella nos condujo nuevamente hasta la estación de tren. Al llegar, un tren de pasajeros partía hacia el norte. Ella permaneció inmóvil en el andén hasta que el humo del tren se disipó al pie de las colinas. Desde debajo del arco de la sala de consignas, encogido como otro bulto inanimado tras los embalajes, el hombre del abrigo de piel de camello la observaba.

Lucy giró sobre sí misma y entró en la estación. Una pequeña ventana debajo del arco me ofrecía una vista parcial de la sala de espera. Me dirigí hacia otra ventana, ignorando al hombre agazapado tras los embalajes pero sin olvidarme de él. Lucy estaba delante de la taquilla con unos billetes verdes en la mano.

El hombre se me acercó. Su corpachón avanzaba con esfuerzo a lo largo de la pared, como si el aire dificultara sus movimientos. Me apoyó dos dedos blancos y fofos en el brazo.

—Lew Archer, *n’est-ce pas*? —El uso del francés era intencionadamente sarcástico, acompañado de una sonrisa burlona.

—No conozco a ninguno de los dos. —Me quité sus dedos de encima.

—No me engañes, muchachito. Te recuerdo bien. Testificaste en el caso Saddler, y además hiciste un buen trabajo. Yo hice la criba

del jurado para la defensa. ¿Max Heiss?

Se quitó el sombrero panamá y un mechón de pelo rojizo le cayó sobre la frente. Debajo, sus hostiles y sagaces ojos desprendían un brillo líquido, como dos chupitos de jerez. Su pequeña sonrisa conservaba un encanto pudoroso, reconociendo que había intentado madurar pero que, a sus cuarenta o cuarenta y cinco años, aún no lo había conseguido. Si aquello era realmente una sonrisa, se convirtió en una mueca de pasmo.

—¿Heiss? —repitió persuasivamente—. ¿Maxfield Heiss?

Me acordaba de él y del juicio a Saddler. También recordaba que él había perdido su licencia por manipular al jurado en otro juicio por asesinato.

—Te conozco, Max. ¿Qué quieres?

—Invitarte a una copa, para que hablemos de los viejos tiempos y eso. —Sus palabras eran gentiles e insinuantes, y brotaban amablemente, como burbujas entre sus labios rosados. Pero su aliento obligaba a mantener la distancia.

Lancé una mirada a Lucy. Estaba en una cabina de teléfono, en la otra punta de la sala de espera. Sus labios se movían pegados a la boquilla.

—Gracias, pero esta vez no. Tengo que coger un tren.

—Vuelves a tomarme el pelo. No hay trenes hasta dentro de dos horas. Lo que significa que no tienes que preocuparte porque la chica pueda escaparse, *n'est-ce pas*? Es imposible que use ese billete que acaba de comprar antes de las próximas dos horas. —Su rostro se iluminó con la alegría de un payaso, como si acabara de hacer estallar un cigarro en mi boca.

Y yo me sentí como si realmente lo hubiera hecho.

—Alguien está de cachondeo y yo no estoy de humor.

—No te pongas así. No es necesario que te ofendas.

—Lárgate, Max.

—¿Cómo vamos a hacer negocios si ni siquiera quieres charlar?

—Lárgate. Me estás tapando la luz.

Tranquilamente, dio una pequeña vuelta en círculo y me enseñó otra vez su sonrisa burlona.

—*Avee atquee valee*, chaval, lo que significa adiós y hola. Estoy en un espacio público y no puedes echarme. Y además en este caso no tienes el monopolio. Y si tuviera que ceñirme a los hechos, apuesto a que ni siquiera sabes en qué estás metido. En este caso, tengo prioridad sobre ti.

No pude evitar interesarme, y él se dio cuenta. Sus dedos volvieron a mi brazo como un grupo de babosas amaestradas.

—Lucy me pertenece. Me la gané en una rifa por medio de una hazaña personal. Firmé un contrato con ella por siete años y justo cuando estoy pensado en convertir el trato en dinero, mira por dónde, me tropiezo contigo. Te cruzas en mi alcohólico camino.

—Demasiada cháchara, Max. ¿Qué hay de verdad en todo eso?

—La verdad y nada más que la verdad. —Levantó la palma de la mano en un gesto de mofa solemne—. No toda, naturalmente. Yo no sé toda la verdad y tú tampoco. Deberíamos intercambiar información.

Lucy salió de la cabina de teléfono. Siempre que abandonaba un espacio cerrado, su cuerpo se encogía en busca de protección. Se sentó en un banco y cruzó las piernas inclinándose hacia adelante, como si tuviera retortijones.

Heiss me tocó con el codo. Sus ojos húmedos brillaron, como si fuera a revelarme el nombre de su amada.

—Sé que hay mucho dinero de por medio.

—¿Cuánto?

—Cinco de los grandes. Estaría dispuesto a repartírmelo contigo cincuenta y cincuenta.

—¿Por qué?

—Simplemente por miedo, amigo. —A diferencia de los embusteros por naturaleza, sabía usar la verdad con eficacia—. Golpéame y me dejarás KO. Dispárame y me desangraré. Pero si quieres meterme miedo perderé el control. No soy valiente. Necesito un socio que esté ahí, uno que no me deje tirado.

—O un cabeza de turco.

—Ni lo sueñes. Esto es estrictamente legal, créeme. No todos los días puedes conseguir dos mil quinientos haciendo algo legal.

—Continúa.

—Después. Intercambio de información. Todavía no me has contado nada. Por ejemplo, ¿qué historia te contó aquella señora?

—¿Qué señora?

—Esa mujer, esa dama, como quieras llamarla. La del pelo corto y diamantes. ¿Te contrató?

—Lo sabes todo, Max. ¿Cómo podría contarte algo que no sepas?

—Inténtalo. ¿Qué te contó?

—Algo de unas joyas perdidas. No sonaba muy convincente.

—Mejor que las chorradas que me contó a mí. ¿Sabes lo que me dijo? Que la chica era la asistenta de su último marido, y que cuando él murió le dejó una herencia a la chica. «Así que tengo que cumplir con la voluntad de mi pobre marido fallecido y encontrar a Lucy para liquidar la deuda». —Imitaba con sorna la afectada entonación de Una—. Debió de pensar que estaba tratando con un imbécil o algo parecido.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace una semana. Estuve una semana entera buscando a esa chica negra. —Lanzó una mirada depravada a través de la ventana, hacia la encorvada espalda de Lucy—. Hasta que la encontré. ¿Y qué sucedió? Llamé a la buena de la fiduciaria, le pedí más instrucciones y entonces me despidió.

—¿Qué intenta tapar esa mujer, Max?

—¿Somos socios?

—Eso depende.

—Al diablo. Te ofrezco una participación del cincuenta por ciento en un gran negocio y tú me sueltas *depende*. «Eso depende». Yo te abro mi corazón y tú te relajas. Eso no es ético.

—¿Esos cinco mil son éticos?

—Te juro que lo son. Ya me han timado, ya perdí mi licencia una vez…

—¿No hay chantajes de por medio?

—Claro que no. Si quieres saber la verdad, este rollo es tan legal que me da miedo.

—Vale, esto es lo que pienso. No busca a Lucy. La chica solo es un señuelo para atraer a alguien.

—Lo has pillado rápido. Pero no sabes quién es, ¿verdad?

—Todavía no la he identificado.

—No, no. Nada de «la». —Sonrió con superioridad—. Es un hombre. Tengo su nombre, su descripción, todo. Y esta negrita nos va a llevar hasta él, ya verás.

Heiss se estaba creciendo. Sus ojos de jerez se derramaban en las cuencas, y con una mano se estrechaba la otra felicitándose. Para mí todo parecía demasiado bonito para ser cierto. Lo era.

De repente, Lucy se puso de pie y se dirigió a la puerta trasera de la sala de espera. Dejé a Heiss y la seguí. Al doblar la esquina de la estación la vi subirse a un Ford cupé verde. Alex Norris iba al volante. El coche se puso en marcha antes de que la puerta se cerrara.

Junto a la estación, había un solo taxi en la parada. El conductor estaba dormido en el asiento delantero. La visera de la gorra le cubría la parte superior de la cara mientras roncaba con la boca abierta. Con el rabillo del ojo vi que el Ford se dirigía hacia la carretera.

Sacudí al taxista para despertarlo. Era un hombre pequeño y canoso, pero quería pelea.

—Tranquilo, tío. ¿Qué ocurre?

Le enseñé dinero.

—Siga a aquel Ford cupé.

—Vale, pero tranquilo.

Max Heiss intentó alcanzarme. Le cerré la puerta en la cara, y el taxi se alejó. Llegamos a la siguiente calle justo a tiempo para ver como el Ford giraba a la izquierda en el cruce con la carretera,

dirigiéndose hacia Los Ángeles. En la intersección, un semáforo nos detuvo. Pasó un rato hasta que volvió a ponerse en verde. Tomamos la carretera a toda velocidad adelantando a todo tipo de vehículos. Menos a un Ford verde.

Algunos kilómetros antes de salir de la ciudad le dije al taxista que diera la vuelta.

—Lo siento —dijo—. No podía saltarme el semáforo con todo ese tráfico. ¿Tiene problemas con esa gente?

—Problemas no.

Cuando regresé a la estación, Max Heiss se había ido. Eso me alegró. Pedí un desayuno a pesar de ser tarde, pero era lo único comestible que te podías pedir en la cafetería de la estación, y cuando empecé a comer descubrí que tenía hambre.

Poco después de las cinco regresé al motel Mountview.

6

La llave de Lucy estaba en la puerta con el número colgando de la cadenita de latón. Llamé a la puerta. No hubo respuesta. Eché un vistazo alrededor del recinto abierto, sumergido en la somnolencia y el calor de la última hora de la tarde. En la otra punta del camping los niños cantaban como grillos. Volví a llamar, recibiendo un silencio como respuesta, así que giré el pomo y entré. Encontré a Lucy tirada en el suelo. Cerré la puerta y miré mi reloj. Las cinco y diecisiete.

La persiana enrollable cubría la ventana. La luz se filtraba entre las rendijas animando el baile de las motas de polvo. Había un interruptor junto a la puerta y lo presioné con el codo. De repente las paredes amarillentas me rodearon, mientras el techo se imponía desde arriba con una decoración de sombras concéntricas. La luz irradiada desde una de las paredes se proyectaba directamente sobre Lucy. La bombilla iluminaba su rostro, gris como una máscara mortuoria de cemento encima de un charco de sangre negra. El cuello cortado se abría como la boca de un dolor inexpresable.

Me apoyé en la puerta y deseé estar al otro lado, lejos de Lucy. Pero la muerte me había atado a ella más rápido que cualquier ceremonia.

Uno de sus brazos estaba extendido. Junto a la mano abierta vuelta hacia arriba brillaba algo metálico. Me detuve a mirarlo. Era un cuchillo hecho a mano con una hoja curvada de quince centímetros y un mango negro de madera tallada. La hoja estaba manchada.

Me puse al otro lado del cuerpo, acercándome a la cama. Era idéntica a la cama de mi habitación. La manta verde de rayón estaba arrugada en la zona donde ella se había acostado. Al pie de la cama descansaban sus maletas sin deshacer. Abrí una usando un pañuelo para no dejar huellas. Dentro había uniformes de enfermera, limpios, planchados y bien ordenados. Como si fuera el compartimento privado de una vida paralela, el contenido de las otras dos maletas era un revoltijo. Todo se había metido con prisa: una maraña de medias, vestidos de algodón, blusas y ropa interior sucia, un número de *Ebony* y un fajo de revistas del corazón, y un disco de Duke Ellington envuelto con un pijama rojo de seda. En un bolsillo lateral, en medio de polvos y cremas, encontré un sobre.

Llevaba el nombre de Lucy Champion, Masón Street 14, Bella City. Estaba sellada en Detroit, Michigan, el 19 de septiembre. La carta que había dentro no tenía fecha ni dirección del remitente.

Querida Lucy:

Lamento que hayas perdido tu trabajo. Aquí todos pensábamos que tenías algo fijo para toda la vida pero nunca se sabe lo que va a pasar. Claro que queremos que regreses, cariño. Espero que puedas pagarte el billete, nosotros no podemos. Tu padre se ha quedado otra vez sin trabajo y yo vuelvo a ser el único sustento de la familia, así que es difícil llegar a fin de mes. Siempre tendrás aquí una cama para dormir, cariño, y algo para comer. Regresa a casa, que las cosas irán mejor. Tu hermano sigue yendo al colegio y lo está haciendo muy bien escribiendo esta carta por mí (hola, hermana). Espero que puedas pagarte el billete. No hagas autostop.

Tu madre.

PD: Cómo estás, hermana, yo estoy bien, ya sabes quién.

Volví a guardar la carta donde la había encontrado y cerré la maleta. El pestillo sonó con estridencia, como el último tictac de un reloj.

El bolso de Lucy descansaba en un rincón sobre un nido de polvo, justo detrás de su cabeza. En su interior había un lápiz de labios y un pañuelo con manchas de carmín, algunos billetes de diez, cinco y un

dólar y monedas, un billete de ida a Detroit, una tarjeta de la seguridad social y un recorte de periódico. Estaba impreso en una tipografía antigua, bajo un encabezado de una sola columna.

MADRE OFRECE RECOMPENSA POR HIJO DESAPARECIDO

> Arroyo Beach, 8 de septiembre (en exclusiva para *Bella City Press*). La señora Charles A. Singleton, conocida residente de esta localidad turística, ha ofrecido hoy una recompensa de 5000 dólares a cambio de información referente al paradero de su hijo. El hijo, Charles A. Singleton Jr., desapareció del recinto de un hotel de la ciudad hace una semana, la noche del 1 de septiembre. Desde aquel día, sus amigos y familiares no han vuelto a saber nada de él.
>
> Singleton, licenciado en Harvard y teniente de las Fuerzas Aéreas en tiempos de guerra, es un hombre de mediana estatura y complexión atlética, pelo castaño y rizado, ojos marrones y cara rubicunda. Cuando se le vio por última vez vestía un traje de sarga gris, camisa blanca, corbata roja y zapatos negros. No llevaba sombrero ni abrigo. El extraviado, hijo del general Charles A. Singleton, es el heredero de la compañía agricultora Singleton. Su abuelo materno fue el coronel Isaac Carlyle, casado con María Valdés, hija del fundador de las grandes fincas Valdés.
>
> La policía local se inclina de momento a negar la posibilidad de un acto delictivo, sin embargo la señora Singleton ha manifestado temor por la seguridad de su hijo. El comisario del condado, Oscar Lanson, ha declarado: «Un secuestro parece poco probable. Entre otras cosas, porque no se ha pedido rescate. En cuanto a la posibilidad de un crimen, las pruebas indican que el señor Singleton se marchó de Arroyo Beach por voluntad propia, por motivos personales. Cabe recordar que es un hombre joven, soltero y sin compromiso, y que le gusta viajar. En cualquier caso, estamos haciendo todo lo posible por localizarlo, y cualquier tipo de información por parte de los ciudadanos será bienvenida».

A continuación se instaba a cualquiera que dispusiera de información sobre el paradero de Singleton a contactar con el capitán Kennedy, de la comisaría de Arroyo Beach.

Leí el recorte dos veces, memorizando nombres y lugares, y volví a dejarlo en el bolso, que volví a colocar en el rincón. En cierto modo sabía menos que antes, pues algo escrito en un lenguaje ajeno solo

puede ampliar los límites de la ignorancia. Miré mi reloj. Las cinco y veinticuatro. Hacía siete minutos que había encontrado a Lucy.

Tuve que volver a pasar por encima de ella para llegar a la puerta. Antes de apagar la luz me fijé en su rostro grisáceo. Distanciado y perdido más allá del tiempo, su rostro no me dijo nada. Y luego se lo tragó la oscuridad.

En el recinto abierto del motel, la luz del sol parecía débil y desvaída, como si la noche hubiera estado cayendo desde hacía mucho tiempo. Un coche entró por la carretera y se dirigió al camping de caravanas, levantando una pequeña polvareda en el aire estancado. Esperé a que el polvo se asentara antes de dirigirme a la recepción. Antes de llegar, advertí que Alex Norris me observaba desde la puerta.

Echó a correr hacia mí con torpeza, embutido en un traje azul que le quedaba pequeño. Yo también fui a su encuentro, preparándome. Era robusto y fuerte, y sabía cómo utilizar su peso. Me alcanzó con el hombro en el estómago y caí de espaldas sobre la grava. Me levanté. El chico no sabía cómo usar sus puños. Me metí en la pelea lanzando un puñetazo y luego hice que se doblara con un gancho al hígado. Su cabeza me quedó servida en bandeja para asestarle un golpe directo a la barbilla. No obstante, para hacerle un favor a mis nudillos y a su cara, lo cogí por el brazo y se lo torcí obligándole a darse la vuelta.

—Suélteme —dijo—. Pelee limpio. Le enseñaré.

—Ya me has enseñado. No tengo edad para pelear. Joe tampoco.

—Él podría arrancarle la cabeza —gritó el muchacho desafiante —. Suélteme, lo haré yo mismo. ¿Qué estaba haciendo en la habitación de Lucy?

—Le ha pasado algo.

Encorvado e inmovilizado por mi brazo, tuvo que estirar el cuello para mirarme. Su frente negra estaba salpicada de sudor, y sus ojos grandes y expectantes se preparaban para lo peor.

—Está mintiendo. Suélteme.

—¿Vas a parar y a hablar conmigo como un hombre razonable?

—No. —Pero lo dijo sin energía. Sus ojos brillantes se volvieron vidriosos, anunciando las lágrimas. Era un niño en el cuerpo de un hombre. Lo solté.

Se enderezó lentamente, frotándose el brazo torcido. Desde el otro extremo del recinto, un grupo de espectadores se acercaba lentamente atraídos por la violencia.

—Entra en la recepción, Alex.

Se puso rígido.

—¿Quién me va a hacer entrar?

—Nadie te va a hacer entrar. Pero entra de una vez.

—No quiero.

—¿Cuántos años tienes, Alex?

—Diecinueve, voy para veinte.

—¿Alguna vez te has metido en líos?

—Nunca. Pregúnteselo a mi madre.

—¿Y Lucy, tu novia?

—Ella no es mi novia. Vamos a casarnos —añadió con patética irreverencia—. Puedo mantener a una mujer.

—Claro.

Su mirada brillante se posó dolorosa sobre mi rostro.

—¿Pasa algo? ¿Por qué entró en su habitación?

Intenté recordar el impulso que me había hecho llamar a la puerta de Lucy y entrar.

—Quería hablar con ella. Decirle que abandonara la ciudad.

—Nos iremos esta noche. Por eso la estoy esperando. Ella ha venido a recoger sus cosas.

Como si una llave inglesa de mango largo se hubiese girado contra su voluntad, la cabeza de Alex se volvió bruscamente hacia la puerta cerrada de la habitación número siete.

—¿Por qué no sale? ¿Se encuentra mal?

—No va a salir —dije.

Los espectadores del camping de caravanas avanzaban lentamente por el recinto abierto del motel, lanzando breves

comentarios de amenaza y excitación. Empujé la puerta de la recepción y la mantuve abierta para que Alex entrara. Pasó por delante de mí, sin mover nada más que sus piernas.

El hombre que amaba a Ethel y a nadie más estaba sentado en la cama con la espalda apoyada en la pared y una botella de Coca-Cola medio llena en la mano. Se levantó y se dirigió poco a poco hasta el mostrador, lanzando una mirada atrás en dirección a la cama. Desde la portada de una revista abierta sobre la almohada, una mujer con los pechos desnudos se desgañitaba en un grito sordo de auxilio.

Evitando el tono de ruego, el hombre de pelo rosado dijo:

—¿Qué puedo hacer por usted? —Luego sus nervios reaccionaron lentamente ante la presencia del chico negro—. ¿Qué es lo que quiere?

—El teléfono —dije.

—¿Llamada local?

—A la policía. ¿Sabe el número?

Lo sabía.

—¿Problemas?

—En la número siete. Vaya y vea. Aunque yo no entraría. Y no dejaría entrar a nadie.

Se apoyó en el mostrador con la barriga repartiéndose por encima como queso fresco dentro de una bolsa.

—¿Qué ha ocurrido?

—Vaya a verlo usted mismo. Pero primero deme el teléfono.

Me pasó el teléfono, se dirigió raudo hacia la puerta y salió. Alex intentó seguirlo, pero yo lo sujeté del brazo con la mano derecha mientras marcaba con la izquierda. Cuando oyó lo que tenía que decirle al oficial de guardia, se dejó caer sobre el mostrador con todo el peso sobre sus brazos. La parte superior de su cuerpo temblaba en un llanto sigiloso. El oficial de guardia dijo que enviaría un coche enseguida.

Apoyé una mano en la espalda del muchacho, y él la rehuyó como si intentase apuñalarlo.

—¿Qué estabas haciendo ahí fuera, Alex?

—Pensando en mis cosas.

—¿Esperabas a Lucy?

—¿Para qué me pregunta, si ya lo sabe?

—¿Cuánto tiempo llevabas esperándola?

—Cerca de media hora. Di un par de vueltas a la manzana en el coche y volví.

Miré mi reloj. Cinco y treinta y uno.

—¿Ella entró sobre las cinco?

—A las cinco en punto.

—¿Entró sola?

—Sí. Sola.

—¿Después entró alguien más?

—Yo no vi entrar a nadie.

—¿Viste salir a alguien?

—A usted.

—¿A alguien más? ¿Antes quizá?

—No. Estaba dando vueltas en el coche.

—¿Tú no entraste con ella?

—No, señor. No entré.

—¿Por qué no?

—Ella dijo que no tardaría más de cinco minutos. Ya tenía sus maletas preparadas.

—Podrías haber entrado.

—Yo no quería. Ella, tampoco.

—Lucy estaba de paso, ¿verdad?

—¿Y si lo estaba qué? No es ilegal estar de paso en este Estado.

—Estás bien informado —dije—. ¿Vas al colegio?

—Acabo de empezar la universidad. Pero voy a dejarlo.

—¿Para casarte?

—Nunca me casaré. Ya no me casaré con nadie. Huiré y me perderé.

Con la cabeza hundida entre los hombros, le hablaba a la superficie gastada del mostrador.

—Tendrás que quedarte y responder a un montón de preguntas. Así que cálmate.

Lo sacudí bruscamente por el hombro. No se movió ni se giró hasta oír la sirena acercándose por la carretera. Entonces levantó la cabeza como un animal en peligro.

7

Un coche patrulla negro se detuvo fuera de la recepción. Un policía de paisano se apeó, subió al pórtico y se detuvo delante de la puerta. A pesar del sombrero de fieltro y el traje gris holgado, daba la impresión de haber sido policía toda la vida: de niño había jugado con las esposas, luego había estudiado el código criminal y había forjado su carrera a fuerza de golpes en pavimentos rotos y callejones nocturnos. Su rostro era como un mapa con relieve, lleno de cicatrices, y su cutis estaba curtido por años de sol y otro tipo de climas.

—Soy el teniente Brake. ¿Usted es el que telefoneó?

Me presenté.

—Está en la habitación número siete, la de la esquina.

—¿Está muerta?

—Sí.

Alex ahogó un gemido. Brake se acercó a él y lo miró de cerca.

—¿Tú qué haces aquí?

—Esperando a Lucy.

—¿La que está muerta?

—Sí, señor.

—Pues sí que tendrás que esperar… ¿La mataste?

Alex miró al detective como si fuera un árbol demasiado grueso para escalar.

—No, señor.

—Tú eres el hijo de Annie Norris, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Qué dirá tu madre de esto? —Antes de que Alex pudiera responder, Brake se volvió hacia mí—. ¿La mató?

—Lo dudo. Después de que ocurriera, todavía andaba por aquí. Iban a casarse, eso dice él.

—Eso dice él.

—Yo no la maté —dijo Alex—. No me atrevería a hacer daño a Lucy. —Se apoyó suavemente en el mostrador, como si ya no pudiera usar su cuerpo.

El conserje entró y cerró la puerta a sus espaldas. Anduvo hacia un lado siguiendo la pared y rodeando el mostrador, en dirección a su mundo de senos de papel, sábanas sucias y gritos sordos de auxilio. La visión de la muerte había desenterrado los sentimientos de culpa que anidaban en su mente, y dio un respingo cuando Brake se dirigió a él desde su espalda.

—¿Es usted el conserje?

—Sí, señor.

—Quiero una llave de la número siete, o mejor deme todas las que tenga.

—No tengo copia, señor Brake. —Se acercó con aire conciliador, ofreciendo su cuerpo tembloroso como sacrificio—. Le di una a ella cuando alquiló la habitación, y luego, al volver, me pidió el duplicado. Dijo que había perdido la otra. Le dije que tendría que pagarla…

Le interrumpí.

—La llave está en la puerta, teniente.

—¿Por qué no lo dijo antes?

Brake salió y ordenó al conductor del coche patrulla que vigilara a Alex. Un segundo coche de policía se detuvo detrás del primero. El grupo de espectadores se dispersó y lo rodeó. Un policía uniformado se apeó abriéndose paso entre ellos para encontrarse con Brake. Traía un trípode y una cámara bajo el brazo y un equipo para tomar huellas digitales en la otra mano.

—¿Dónde está el cadáver, teniente?

—Allí. ¿Ha llamado al ayudante del forense?

—Está de camino.

—A este paso se va a descomponer antes de que le echemos un vistazo. A ver, gente, abran paso.

Los curiosos se hicieron a un lado y los siguieron en manada.

En la recepción, Alex y su guardián estaban sentados en la sombría intimidad del sofá. El vigilante era un joven policía corpulento con uniforme de agente de tráfico. Comparado con éste, Alex parecía delgado y pequeño. Estaba encerrado en sí mismo, como si contemplara por primera vez lo que realmente era: un joven negro atrapado en la maraña de la ley de los blancos, tan vulnerable que apenas se atrevía a mover un músculo.

Detrás del mostrador, el conserje bebía con fruición los restos de su Coca-Cola. Me senté en la cama, a su lado.

—Me gustaría aclarar ese asunto de las llaves.

—¡Preguntas! —Eructó patéticamente. El líquido marrón chorreó por una de sus comisuras hasta el sarpullido de la barbilla—. Probablemente usted no me creerá. Parezco una persona sana, pero tengo los nervios delicados. Una prueba de ello es que todavía recibo un subsidio por incapacidad laboral del ejército. No aguanto los interrogatorios y esa clase de rollos. Por la manera en que me mira el teniente, seguro que piensa que yo me la cargué. —Hacía pucheros, como un pequeño imbécil hinchado y arruinado.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Debió de ser a eso de las cinco, no me fijé en la hora.

—¿Ella necesitaba otra llave?

—Así es. Le pregunté qué había pasado con la que le di. Me dijo que la había perdido. Le dije que eso le costaría cincuenta céntimos más y me pagó enseguida. Dijo que se marchaba. ¡Cómo iba a saber yo que tenía una cita con un asesino!

—¿Parecía nerviosa?

—Yo qué sé. No me fijé. Yo soy el que debería estar nervioso. ¿Por qué vino hasta aquí para hacerse degollar? Eso se lo pueden hacer en Hidalgo Street cualquier día de la semana.

—Sin duda, ha sido muy duro para usted —dije—, y muy desconsiderado por su parte.

—Tiene usted toda la maldita razón. —La autocompasión, ajena a toda ironía, era una hemorragia en su garganta que no paraba de sangrar—. ¿Cómo iba a saber yo que ella iba a morir, que iba a mancharme todo el suelo de sangre? Ahora tendré que limpiarlo todo.

Alex estaba sentado al otro lado del mostrador. Todo lo que alcanzaba a ver de él era su coronilla, pero podía oír su respiración.

—Después de que la chica se fuera a su habitación —continué—, ¿vino alguien más?

—Que yo sepa, no. La mitad del tiempo no presto atención. Vienen y van. —La frase le gustó y la repitió—: Vienen y van.

—¿Usted no vio a nadie?

—Qué va. Estaba aquí sentado matando el tiempo. Vienen y van. —Un destello de ira lo reanimó levemente—. Ojalá lo hubiera visto. Déjeme que le ponga las manos encima al tipo que lo hizo y me ensució el suelo…

—¿Cree que fue un hombre?

—¿Quién ha dicho eso?

—Usted ha dicho «al tipo».

—Es una forma de hablar. En cualquier caso, ¿por qué una mujer iba a degollar a otra mujer? —Se inclinó hacia mí y susurró demasiado alto—. ¿Quiere que sea sincero? Creo que fue ese pequeño cabrón. Siempre degüellan a sus fulanas, usted ya me entiende.

Se oyeron unos pies arrastrándose. Alex Norris dio la vuelta al mostrador y apareció delante de nosotros a cuatro patas. Poniéndose de pie, atizó un golpe con el dorso de la mano en la sien del conserje, que aulló débilmente y se desmayó sobre mis piernas.

Alex se abalanzó sobre la ventana abierta. Al no poder moverme, grité:

—¡Espera, Alex! ¡No huyas!

Abrió la mosquitera de una patada y levantó una pierna por encima del alféizar. La americana de su traje azul se rasgó por la espalda.

El vigilante se apresuró a rodear el mostrador, levantándose la parte derecha de la chaqueta del uniforme. La pistolera se abrió de golpe, como una caja sorpresa letal, y un revólver apareció en su mano. Le quitó el seguro. Alex todavía estaba en la ventana, luchando por hacer pasar la otra pierna por el estrecho marco. Era una presa fácil y se le podía disparar a quemarropa.

Me quité al conserje de encima de mis rodillas arrojándolo al suelo, y me interpuse en la línea de fuego. El vigilante de gatillo fácil me maldijo.

—¡Apártate!

Alex ya estaba fuera. Fui tras él. Corriendo entre hierbajos altos, se dirigía a la valla que se extendía a lo largo de la carretera. Era un alambrado de dos metros de altura. Lo trepó y lo saltó de un solo movimiento ágil. Su Ford cupé estaba aparcado junto a la carretera.

Trepé el alambrado y caí al otro lado. Oí un disparo a mis espaldas. Alex estaba en el coche, intentando arrancarlo. Una bala impactó en el capó del Ford como una gota de plomo dejando un agujero. El Ford, espoleado, salió disparado hacia delante con las ruedas traseras patinando sobre la grava. Corrí hacia el coche y conseguí sujetarme a él metiendo un brazo por la ventanilla derecha, que estaba abierta. Alex no giró la cabeza para mirar, pero dio un frenazo brusco, luego un viraje, y aceleró. Perdí mi frágil sujeción a la puerta y, cuando caí al suelo, eché a rodar. Por un segundo, el colorido mundo se volvió gris y se oscureció. El joven policía, pistola en mano, me levantó del suelo. El Ford ya se había perdido de vista.

—Escucha, tú. —Lanzó algunas maldiciones sin imaginación—. Si no te hubieras metido en medio podría haberlo dejado como un colador. ¿Qué intentabas? —El revólver de su mano derecha parecía amenazarme, mientras que con la izquierda me limpiaba los restos de grava de la espalda de mi chaqueta.

—No tenías una razón para matarlo. Te hubieras metido en un buen lío. El chico no estaba detenido.

Su cara palideció bajo el bronceado, como si yo hubiera girado una válvula de suministro de sangre. Apartó el revólver casi con disimulo.

Brake salió del motel corriendo torpemente, como un oso sobre sus patas traseras. Ya había comprendido toda la situación antes de llegar hasta nosotros.

—Estás perdiendo el tiempo, Trencher. Coge el otro coche y síguelo. Avisaré por radio. ¿Cuál es su número de matrícula?

—No me fijé, teniente.

—Genial, Trencher, buen trabajo. —Lo apartó con la mano.

Le di el número de matrícula. Brake regresó impaciente al coche patrulla y llamó por radio a su jefatura. Esperé a su lado.

«¿Qué ocurre, teniente?».

—Alarma general. Control de carreteras.

Se dirigió a la habitación de Lucy.

Toda la gente de las caravanas, hombres, mujeres y niños, le cerraron el paso. Uno de ellos dijo:

—¿Se le ha escapado el muchacho, capitán?

—Lo cogeremos. Por cierto, que ninguno de ustedes salga de casa esta noche. Hablaremos más tarde.

—¿Es un asesinato? —La respuesta a la pregunta fue un silencio, interrumpido por el griterío de mujeres y niños.

—Puedo asegurar —dijo Brake— que no se cortó afeitándose. Ahora dispérsense. Vuelvan a sus casas.

La multitud se dispersó murmurando. Tras advertir el gesto que me hizo con la mirada, seguí a Brake hasta la habitación número siete. Dentro, el oficial de identificación estaba tomando medidas y fotografías. Lucy yacía con la expresión aburrida de una mesonera que no puede controlar las bufonadas de sus clientes.

—Pase —dijo Brake—. Cierre la puerta.

Una de las maletas estaba abierta sobre la cama, y él volvió a revisarla. Me quedé junto a la puerta, observando sus grandes y

entrenadas manos entre los uniformes blancos.

—Era enfermera, al parecer —añadió despreocupadamente—. ¿Cómo la encontró?

—Llamé a la puerta y no contestó. La puerta no estaba cerrada con llave. Entré.

—¿Por qué lo hizo?

—Me alojo en la habitación de al lado.

Sus ojos grises y entrecerrados me miraron fijamente.

—¿La conocía?

—Nunca hablé con ella.

—¿Oyó ruidos? ¿Vio a alguien?

—No —me decidí rápidamente—. Soy un detective privado de Los Ángeles. Llevaba siguiéndola desde el mediodía.

—Ajá. —Sus ojos grises se oscurecieron—. Eso suena interesante. ¿Por qué la estaba siguiendo?

El oficial de identificación, que estaba esparciendo el polvo sobre una de las maletas para tomar las huellas dactilares, se volvió hacia mí con una mirada hostil.

—Me contrataron para hacerlo.

Brake se enderezó sin dejar de mirarme.

—Ya, está claro que no lo hacía por diversión. Enséñeme su identificación.

Se la enseñé.

—¿Quién lo contrató?

—No tengo que responder a eso.

—¿No lo habrían contratado para matarla, por casualidad?

—Si quiere que coopere, tendrá que esmerarse más.

—¿Quién le ha dicho que quiero su cooperación? Dígame quién lo contrató.

—Se impacienta usted muy pronto, teniente. Podría haberme esfumado después de encontrarla, en lugar de quedarme para poner toda mi experiencia a su servicio.

—Ese cuento ya me lo sé. —No era fácil de provocar—. ¿Quién lo contrató? Y, por el amor de Dios, no me venga con el cuento de

que tiene que proteger los intereses de su cliente. Yo tengo una ciudad entera que proteger.

Estábamos frente a frente, uno a cada lado del charco de sangre reseca. Él era un policía duro de una ciudad pequeña, ni fino ni persuasivo, con un ego enquistado en sus cicatrices. Me sentía tentado a provocarlo otra vez, demostrarle a este primo del campo cómo un hombre de la ciudad podía ser duro de una manera elegante. Pero no me apetecía. Sentía menos lealtad hacia mi cliente que hacia la chica que yacía muerta en el suelo. Finalmente cedí.

—Una mujer que se presentó como Una Larkin vino a mi oficina esta mañana. Me contrató para que siguiera a esta chica, y me dijo dónde encontrarla a la hora de comer. En el Tom's Café de Main Street. Allí la encontré y la seguí hasta la casa de Alex Norris, donde ella estaba hospedada…

—Ahórrese los detalles para cuando preste declaración —dijo Brake—. ¿Qué me dice del nombre de su clienta? ¿Cree que es falso?

—Sí. ¿Tendré que prestar declaración?

—Cuando terminemos aquí, iremos al centro. Ahora quiero saber para qué quería su clienta que la siguiera.

—Dijo que Lucy trabajaba para ella y que se había marchado hacía unas semanas con algunas joyas suyas… Unos pendientes de rubí y un collar de oro.

Brake miró al oficial de identificación, que meneó la cabeza en un gesto de negación. Se dirigió a mí.

—Tendrá que explicárselo al intendente del condado. ¿O cree que esa historia también es falsa?

—Así es.

—¿Esta mujer vive en la ciudad?

—Lo dudo. Se mostraba muy reservada acerca de su identidad y su lugar de procedencia.

—¿Está diciendo todo lo que sabe, o esconde información?

—Le estoy diciendo todo lo que sé. —Esto era lo que Una había comprado con los cien dólares que se sentían tan solos en mi

cartera.

—Mejor así. ¿Nos llamó usted cuando la encontró?

—Hubo un intervalo de algunos minutos. Cuando me dirigía a recepción, el joven Norris me atacó.

—¿Se estaba yendo o llegaba?

—Ni lo uno ni lo otro. Estaba esperando.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sujeté y le hice algunas preguntas. Me dijo que, desde las cinco, estaba esperando a que Lucy recogiera sus cosas. Tenían pensado largarse juntos para casarse. Él no sabía que estaba muerta hasta que yo se lo dije.

—Veo que puede leer la mente. —El rostro de Brake se inclinó hacia mí, la barbilla prominente, una tez agrietada y roja como las tierras del valle que se encuentran por debajo del nivel de irrigación —. ¿Qué otras habilidades tiene, señor Experiencia?

—Cuando hago una declaración, intento ceñirme a los hechos. Puede que los hechos señalen a Norris. Da la impresión de que es el culpable, y encima va y huye…

—No me diga —me interrumpió Brake con énfasis, y su ayudante se rió disimuladamente—. Nunca hubiera llegado a esa conclusión.

—Ha huido porque tiene miedo. Pensó que iba a ser falsamente incriminado, y puede que tuviera razón. He visto que eso les sucede a muchos jóvenes de color, y también a los blancos.

—Claro, usted ha visto mucho. Usted tiene un montón de experiencia. Pero lo cierto es que no me interesa su maldita experiencia. Me interesan los hechos.

—Y es lo que le estoy ofreciendo. Quizá voy demasiado rápido para su capacidad de asimilación.

Los pequeños ojos de Brake se entrecruzaron por un instante. La sangre se acumuló en su enorme rostro, oscureciéndolo. Su respuesta se vio interrumpida por alguien que abrió la puerta y anunció:

—Parad ya, chicos, tengo una cita con una señorita. ¿La habéis visto?

Era el ayudante del forense, un joven médico regordete con la alegría excesiva de quienes tratan con muertos a diario. Le acompañaban un conductor de ambulancia vestido de blanco y un director de funeraria vestido de negro que se esforzaba por superarlo en felicidad. Brake se olvidó de mí y de mis hechos.

Se tomaron muestras de sangre del suelo. El cuchillo manchado y las pertenencias de Lucy se guardaron en la caja de las pruebas. La posición del cuerpo se dibujó con tiza en el suelo. Colocaron el cuerpo sobre una camilla y lo cubrieron con una lona. El director de la funeraria y el conductor de la ambulancia se lo llevaron fuera. Brake cerró la puerta.

Había atardecido, y el recinto del motel estaba vacío. En el centro, alrededor de un poste, había un grupo de mujeres reunidas bajo la luz de la única farola. Hablaban en voz alta y con autoridad moral sobre los asesinatos que habían visto, leído, oído o imaginado. Las voces se convirtieron en un inquieto murmullo de protesta cuando el cortejo de Lucy pasó por delante de ellas. Desde sus rostros salpicados por la luz de la farola, con ojos brillantes siguieron la camilla cubierta hasta la entrada del motel, donde esperaba el coche fúnebre. El cielo era un sucio techo amarillo.

8

El hotel Mission era el edificio más impresionante de Main Street. Era un cubo de hormigón perforado por hileras de ventanas y coronado por una antena de televisión con una luz roja parpadeante orientada hacia las estrellas. Su fachada blanca y plana estaba iluminada por un cartel de neón vertical colocado encima de la entrada.

El vestíbulo era enorme y oscuro, y estaba amueblado con sillas negras de cuero rugoso. Las sillas que había cerca de las ventanas frontales estaban ocupadas por ancianos en rígidas posturas, como si una inundación los hubiera arrastrado hasta allí años atrás y luego las aguas hubieran bajado para siempre. Sobre sus cabezas había un mural oscuro en el que se veían soldados de la caballería norteamericana montando extraños caballos con rodillas humanas en pos de los indios.

El conserje era un hombrecillo lúgubre que, contra toda probabilidad, se esforzaba por parecer distinguido, tanto él como todo lo que lo rodeaba. Con el pelo y el bigotillo escrupulosamente peinados, una flor azul en el ojal a juego con las rayas de su pantalón de franela y el florero que reposaba junto a su codo lánguido para acentuar el retrato, podría haber inspirado un poema sinfónico de Debussy. Respondió a mi pregunta en un tono cuidadosamente elegante, dejando entrever que no siempre había trabajado en un puesto fronterizo.

—Creo que la señora Larkin está en la suite. No la he visto salir, señor. ¿De parte de quién, si es tan amable?

—Archer. No se moleste en anunciarme. ¿Número de habitación?

—Habitación 102, señor Archer. Creo que le está esperando.

La habitación estaba delante del ascensor, en la segunda planta. Al final del pasillo había una puerta con cortinas y una señal luminosa encima: escalera de incendios. Llamé a la puerta de la habitación 102. Detrás de mí, el ascensor rechinó como un viejo corazón que empieza a pararse.

Se oyó una voz al otro lado de la puerta.

—¿Quién es?

—Archer.

—Entre.

La puerta estaba cerrada con llave, y así lo hice saber.

—Vale, vale, ya voy. —La puerta se abrió hacia adentro con brusquedad.

Una parecía enferma. Sus ojeras amarillentas se habían oscurecido y extendido. Con el pijama japonés rojo, parecía menos una mujer que un duende asexuado envejecido en el infierno.

Dio un paso atrás para dejarme entrar y cerró la puerta con cuidado. Era la sala de estar de una suite nupcial o gubernativa, por si algunos recién casados o políticos visitaban aquella ciudad alguna vez. Las dos ventanas altas que daban a la calle tenían cortinas de felpa roja. Estaban iluminadas desde la calle por un brillo de neón que competía con la pálida luz de una farola negra de hierro forjado. Las sillas españolas talladas parecían incómodas e inutilizables. El único indicio de que Una las utilizaba era el abrigo de leopardo, que colgaba del respaldo de una de ellas.

—¿Ocurre algo? —pregunté.

Ella estaba de espaldas. Parecía apoyarse en el pomo de la puerta.

—Nada. Es solo este calor asqueroso, y la espera y la incertidumbre. —Se dio cuenta de que ese tono la llevaría a

sincerarse, y dejó a un lado los lloriqueos de niña—. Tengo migraña. A menudo.

—Qué pena —comenté con una deliberada falta de delicadeza—. A mí también me duele la cabeza.

Se volvió hacia mí con una feroz sonrisa de hipocondriaca competitiva.

—Lo que usted tiene no es migraña. No puede saber lo que es la migraña si no la padece. Ojalá me decapitaran. Aunque no es muy elegante andar paseándose con un torso sin cabeza. —Estaba haciendo un esfuerzo por controlar su autocompasión, y recurría a las bromas—. Los hombres ni siquiera lo notarían.

Una volvía a halagarse. Ni siquiera en pijama, su torso era más interesante o curvilíneo que un ladrillo. Me senté en una de las sillas inutilizables y dije:

—Es usted una gran admiradora de los hombres.

—Son una raza admirable. ¿Y bien? —Ahora ella estaba a una altura superior, indicándome con el cambio de tono que ya estaba bien de tanta comedia.

—Tengo que informarle acerca de algo. ¿Por qué no se sienta?

—Si usted me lo pide… —La silla era demasiado grande para ella, y los pies le colgaban sin llegar al suelo—. Adelante.

—Antes de empezar, hay un par de asuntos que aclarar.

—¿A qué se refiere? —Su garganta resonó con un timbre delator.

—Usted me mintió esta mañana con respecto al robo de unas joyas. ¿Volverá a mentirme?

—¿Me está llamando mentirosa?

—Le estoy preguntando.

—¿Ha hablado con ella?

—No exactamente. ¿Es eso lo que habría descubierto si lo hubiera hecho? ¿Qué usted es una mentirosa?

—No ponga palabras en mi boca, no me gusta. Le expliqué cuáles eran mis razones para que siguiera a Lucy.

—Sigue mintiéndome.

—¿Con respecto a qué?

—No me lo está contando todo.

—¿Por qué debería hacerlo? Tengo derecho a la privacidad.

—Lo tenía esta mañana. Ya no.

—¿Por qué? —Se lo preguntó a la habitación, con un gesto perplejo. Tenía las manos entrelazadas y sus anillos atraían y reflejaban la luz roja de la ventana—. Pago a un hombre cien dólares para que haga un trabajo, y resulta que quiere saber hasta el segundo nombre de mi abuela. María, ¿está satisfecho?

—Es usted muy sincera en relación con cosas que no tienen importancia. Pero todavía no me ha dicho su verdadero nombre. Ni siquiera sé dónde vive.

—Si fuera asunto suyo, se lo diría. ¿Quién se ha creído que es?

—Un ex policía que intenta ganarse la vida. Ofrezco mis servicios en el mercado libre. Eso no significa que tenga que vendérselos a cualquiera.

—Se da demasiada importancia para ser un mirón. A usted podría comprarlo y venderlo las veces que yo quisiera.

—Se equivoca. Debería haber seguido mi consejo y poner un anuncio en el periódico. Hay zánganos a los que podría contratar por quince dólares al día para cualquier cosa que no sea un asesinato. Los asesinatos son más caros.

—¿Por qué me sale ahora con asesinatos? ¿Quién ha dicho algo de un asesinato? —Su voz fue menguando hasta convertirse en un susurro sin cuerpo que zumbaba y desfallecía como el aleteo de un mosquito.

—Yo. He dicho que sale más caro, eso es todo.

—¿Pero por qué me sale con eso, de qué me habla? ¿No habrá estado hablando con uno de esos zánganos que ha mencionado?

Sin duda, estaba pensando en Maxfield Heiss. Lo negué.

—¿Y con Lucy?

—Tampoco.

—Pero la ha estado vigilando de cerca.

—Tanto como he podido.

—¿Dónde está? ¿Dónde ha ido?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? ¡Le he pagado generosamente para que la siga! Eso era lo único que importaba.

Se levantó de la silla y me miró apretando los puños. Estaba listo para sujetarlos si se le ocurría atacarme. Pero en cambio se atacó a sí misma, dándose puñetazos en la cara a un ritmo veloz.

—¿Es que todos se han vuelto locos? —gritó al techo.

—Parece que usted sí. Cálmese. No me extrañaría que usted fuera una loca homicida.

—¡Una loca homicida! —Su voz llegó al límite, y se quebró—. ¿Por qué habla de homicidio? ¿Ha estado hablando con Lucy?

—No. Pero escuché la conversación que tuvo con ella esta tarde. No me gustó. En mi profesión, uno se acostumbra a la violencia, pero no me gusta la violencia a sangre fría, ni la gente que amenaza haciendo uso de la violencia.

—Ah. Con que era eso. —Parecía aliviada—. Le di una bofetada. No muy fuerte. Se lo merecía.

—Cuénteme más.

—Váyase al diablo.

—Después, quizás. Antes de despedirme de usted con un beso, quiero cierta información. Quién es, de dónde es, por qué andaba detrás de Lucy. Y también quiero saber dónde estaba esta tarde a las cinco en punto. Empecemos por ahí.

—¿A las cinco en punto? Estaba aquí, en esta habitación. ¿Es relevante? —La última pregunta no fue retórica ni desafiante, como las anteriores. Sabía o presentía lo que estaba a punto de ocurrir.

—No se preocupe. ¿Podría probarlo?

—Si no queda más remedio… Hacia las cinco hice una llamada. —Movía las manos sin parar, colocando una encima de la otra, tratando de protegerlas del frío calor de los diamantes—. Pero preferiría no tener que demostrarlo a menos que sea necesario. Ni siquiera me ha dicho para qué necesito una coartada.

—¿A quién llamó?

—No le interesa. He dicho que, si es necesario, puedo demostrarlo. Fue una llamada a larga distancia. Las llamadas quedan registradas. —Se retiró hacia una silla con un cojín de cuero y se arrellanó inquieta en el borde.

—Me interesa todo lo que se refiera a usted, Una. Hace un instante declaré ante la policía y tuve que mencionarla.

—¿Ha ido a la policía? —Lo dijo con voz incrédula, como si acabara de confesarle mi vinculación con las fuerzas del mal.

—Ellos vinieron a mí. Encontré a Lucy degollada poco antes de las cinco.

—¿Degollada?

—Eso he dicho. Estaba muerta en la habitación del motel. Tuve que explicar qué estaba haciendo yo allí. Por supuesto, salió su nombre… El nombre que usted usa.

—¿Por qué no están aquí?

—No les dije que usted estaba en la ciudad. Pensé que antes de enviárselos le daría la oportunidad de decirme la verdad. Tengo curiosidad por saber quién es la persona por la que me estoy arriesgando, y conocer sus verdaderos motivos.

—¡Idiota! Podrían haberle seguido hasta aquí.

—Idiota es la palabra. —Me puse de pie—. No he pensado en una palabra para usted, pero lo haré.

—¿Adónde va?

—A comisaría, a completar mi declaración. Cuanto más espere, en más problemas me meteré.

—No, no puede hacer eso. —Se levantó, corrió hacia la puerta y extendió los brazos delante de ella, como una marioneta crucificada —. Usted está trabajando para mí. No puede involucrarme.

Saqué el billete de cien dólares de mi cartera y lo dejé caer al suelo. Ella se agachó para recogerlo, vigilando con ansiedad que no me escapara.

—No. Por favor, vuelva a sentarse. Le pagaré más.

—No podría hacerlo. El asesinato cotiza muy alto, en mi lista de precios.

—Yo no la maté, señor Archer. Ya le he dicho que tengo una coartada.

—Una llamada es algo que podría estar arreglado.

—Pues no lo está. No tendría manera de arreglarlo. Estaba aquí, en la habitación. Puede preguntar en recepción. No he salido de aquí en toda la tarde.

—Y por eso me lo explica con tanta calma, ¿no? —Cogí el pomo de la puerta.

—¿Qué piensa hacer?

Su fría mano rozó la mía. El billete cayó al suelo como una hoja verde arrugada. Ella no lo notó. Estaba agarrada a la puerta, nerviosa como un perro.

—Voy a hablar con la chica de la centralita, para comprobar si es la misma que pasó su llamada.

—La llamada la pasó el conserje. Reconocí su voz.

—De acuerdo, le preguntaré al conserje. Después, usted y yo hablaremos de todo detalladamente.

—Sin policías, ¿verdad?

—Eso depende de usted. Ya veremos si su historia cuadra.

—No. Espere. No puede hacerme esto. —Punteaba las palabras con jadeos.

Giré el pomo y tiré de él. Ella se sentó en el suelo contra la puerta y empezó a gritar sin palabras. La puerta abierta la empujó a un lado. Despatarrada y con la boca abierta, me miraba bajo la rojiza luz sangrienta, y yo la miraba a ella. Producía un insoportable sonido constante, como el chirrido del metal al desgarrarse. Cerré la pesada puerta, ahuyentándolo.

El conserje me recibió con una sonrisa radiante. Yo era el visitante afortunado cuya amiga, la dama que se alojaba en la habitación cara, llevaba una piel de leopardo auténtica y presumibles diamantes.

—Me ocupo de los asuntos de la señora Larkin —dije—. ¿Podría ver la cuenta de su habitación?

—Por supuesto, señor. —Sacó una ficha grande de un cajón y la desplazó discretamente sobre la superficie bruñida del mostrador—. Espero que la señora Larkin no esté pensando en marcharse. Sus propinas son muy generosas. Contribuye al estado de ánimo general. —Su voz menguó hasta un murmullo tímido—. Por casualidad, ¿no será ella una celebridad de Hollywood?

—Me sorprende que se lo haya contado.

—Oh, no me lo ha contado. Lo he deducido. Reconozco a la gente con clase. Claro que tenía una pista…

Con su uña ovalada y pulida señaló el margen superior de la ficha. Una había dado la dirección del Hotel Hollywood-Roosevelt como su domicilio particular. Debajo figuraban tres gastos en su cuenta: 12 dólares por la suite, que había pagado por adelantado; una llamada de teléfono de 3,35 dólares y 2,25 dólares de servicio de habitación.

—Lleva aquí menos de un día —dije hablando como un tacaño— y ya ha gastado más de tres dólares en llamadas telefónicas.

Levantó el bigotillo hasta la altura de la nariz, como si fuera a inhalarlo.

—Oh, no, es perfectamente justificable. La señora solo ha hecho una llamada, larga distancia y en privado. Yo mismo me ocupé de la comunicación.

—¿Normalmente se ocupa usted?

—No debería ser así. Sin embargo, la operadora del turno de día se marcha a las cinco, y la de la noche llegó con retraso. Así que yo estaba a cargo de la centralita cuando la señora Larkin hizo la llamada.

—¿Eso fue a las cinco?

—Cinco y algo. A esa hora yo estaba aquí. Siempre me han fascinado las centralitas.

—¿Está seguro de que era la señora Larkin la que llamó?

—Oh, absolutamente. Tiene una voz única. ¿Es actriz o algo por el estilo?

—Es usted muy perspicaz —dije—. Es un personaje en sí misma. Es difícil de creer que haya gastado tanto dinero en una sola llamada.

—¡Pregúnteselo! —Se mostró herido en lo más profundo, es decir en la superficie—. Vaya y pregúnteselo a ella.

—A la señora Larkin no le gusta que la molesten con trivialidades. De hecho, me paga para que la libre de estos pequeños asuntos. Ahora bien, si fue una llamada a Detroit podría entenderlo.

—Llamó a Ypsilanti —dijo con ansiedad—. A la taberna Tecumseh de Ypsilanti. Eso está cerca de Detroit, ¿no?

Adopté un gesto pensativo.

—Vamos a ver, ¿cree usted que la señora Larkin puede conocer a alguien en Ypsilanti?

—Se llama Garbold. Preguntó por un hombre llamado Garbold, para hablar personalmente con él. —Su ansiedad comenzaba a evaporarse. Bajó la vista al florero, como si sospechara que había insectos nocivos escondidos ahí dentro.

—Claro. Garbold. ¿Por qué no lo dijo antes? Todo en orden. La señora Larkin se ocupará más tarde. —Garabateé mis iniciales en el margen inferior de la ficha y se la devolví.

Una había sido más rápida. Llamé una vez a la puerta pero no obtuve respuesta. Me embargó la sensación de que estaba metido en un problema lo bastante grande como para recibir un golpe en la nuca con un martillo de caucho.

La puerta no estaba cerrada con llave. El abrigo de leopardo había desaparecido del respaldo de la silla. En el dormitorio y en el lavabo no había ni rastro. Salí por donde Una había salido. Por la escalera de incendios.

En el callejón de detrás del hotel había una mujer con chal y falda larga negra, encorvada sobre un cubo de basura. Levantó la cabeza y me miró desde una red infinita de arrugas.

—¿Ha visto a una mujer? ¿Una con un abrigo de manchas?

La anciana sacó algo del cráter corroído de su boca. Era un hueso rojo de bistec que acababa de roer.

—Sí —dijo.

—¿Por dónde se fue?

Sin hablar, señaló con el hueso hacia el otro lado del callejón. Vacié todas las monedas de mi cartera en su mano momificada.

—Muchas gracias, señor. —Su oscura mirada indígena provenía de tiempos remotos, como el fulgor de una estrella a años luz de distancia.

El callejón me condujo hasta el garaje del hotel. La señora Larkin se había marchado en su coche hacía menos de cinco minutos. Era un Plymouth nuevo. No, no se habían quedado con el número de la matrícula. Tal vez había dejado su dirección en la recepción. Me dijeron que preguntara allí.

9

Subí por la rampa de hormigón salpicada por el aceite de los coches y, al llegar a la acera, me quedé sin saber qué hacer. No tenía clientes ni pistas valiosas, y apenas me quedaba dinero. Me arrepentí de haberle devuelto los cien dólares a Una. En la calle, la multitud se movía sin parar, como en un caleidoscopio en el que solo yo era incapaz de reconocer un dibujo.

Era la multitud del sábado por la noche. Trabajadores agrícolas en vaqueros y camisas a cuadros, soldados de uniforme, universitarios con cazadoras, todos deambulando solos, por parejas o en grupos, entre mujeres de todas las edades y colores. Damas de cara pétrea y sombrero remolcaban a hombres con traje de negocios. Rancheros tambaleantes en botas altas se inclinaban sobre sus esposas de rostros atezados. Bajo las luces amarillas de la esquina, flamantes cochazos largos se disputaban el tiempo y el espacio con las camionetas, los deportivos y los cacharros de los inmigrantes. Mi coche estaba en el aparcamiento del Mountview. Me sumergí entre la marea de gente y dejé que me arrastrara hacia el sur, rumbo a la carretera.

En la intersección con la carretera había una tienda con un cartel que ofrecía un teléfono público. Bajo el cartel había un grupo de cuatro jóvenes mexicanos que miraba pasar a la gente. Estaban en fila, inclinados hacia delante, reclinados sobre un pie, como cigüeñas, y el otro talón lo apoyaban contra la pared de la tienda, exhibiendo

calcetines fluorescentes bajo las perneras enrolladas de sus vaqueros. Junto a ellos había un cartel pintado en la pared con una advertencia en vano: MANTENGA SUS PIES SOBRE LA ACERA.

Me separé de la turba, entré en la tienda y fui directo al fondo, donde estaba la cabina de teléfono. Tres taxistas jugaban a los dados sobre una mesa negra. Busqué en el listín el número del doctor Samuel Benning y lo marqué. Esperé hasta que sonara veinte veces. El teléfono me devolvió la moneda con estridencia, como si se tratara de un premio gordo.

Antes de llegar a la puerta, vi pasar a una mujer joven por la ventana, en dirección sur. Los cuatro mexicanos dieron un brinco como parte de una parodia rutinaria. El primero de la fila empujó al de al lado, que estuvo a punto de rebotar contra la mujer. Recobró el equilibrio y le chafó el peinado de cola de pato al tercero, que golpeó al cuarto en el estómago. La formación se deshizo y, en la puerta de la tienda, los cuatro estallaron en una carcajada fingida.

Me abrí paso entre ellos. La mujer miró hacia atrás con desdén. Aunque había cambiado su uniforme gris por una fina y blanca blusa de algodón y una falda del mismo color, la reconocí. Era la mujer regordeta de ojos oscuros que se dirigió a mí en el vestíbulo del doctor Benning. Sentí un escozor en la nuca, donde esa diosa malvada de la coincidencia acababa de morderme.

La mujer siguió su camino, agitando su cola de caballo negra con un lazo rojo por encima de la suave rotación de sus caderas. La seguí, con cierto remordimiento. Por alguna razón me recordaba a Lucy, aunque ella era ancha y de cintura baja allí donde Lucy era delgada y ligera. Caminaba con un aire similar, como quien sabe a dónde se dirige, hacia la misma zona de la ciudad donde vi a Lucy por primera vez. Al verla entrar en el Tom’s Café, mi remordimiento se hizo más incisivo.

Se detuvo al otro lado de la puerta de cristal para orientarse. Luego se dirigió a uno de los reservados del fondo. Allí había un hombre sentado de espaldas a la puerta. Su sombrero asomaba por encima del panel laminado. Se levantó para saludarla, abotonándose

su chaqueta de piel de camello, y la observó con placer mientras ella colocaba sus caderas entre el asiento y la mesa. Como un último gesto de reverencia se quitó el sombrero y se alisó el cabello erizado con dedos blancos y rechonchos, antes de tomar asiento delante frente de ella. Así ejercía su encanto Max Heiss.

Me dirigí a la barra, que ocultaba el ala izquierda del bar. En el otro extremo, los reservados estaban llenos, y la barra, repleta de bebedores del sábado por la noche: soldados con llamativas chicas de color que parecían demasiado jóvenes para estar allí, mujeres de cara pétrea y mediana edad con los rizos recién marcados, hombres mayores reviviendo su juventud por enésima vez, prostitutas de mirada fría ganándose el sustento con el dinero de los trabajadores borrachos, algunos prófugos de la zona alta de la ciudad ahogando su identidad para dejar nacer otra. Detrás de la barra, un fornido griego con mandil ofrecía alcohol, afrodisiacos y opiáceos con una sonrisa melancólica.

Pedí un whisky y me lo bebí de pie, vigilando a Heiss a través del espejo de la barra. Estaba inclinándose sobre la mesa hacia la mujer de ojos negros y ella mostraba un placentero sobresalto.

El reservado de atrás se había desocupado, y lo ocupé antes de que limpiaran la mesa. El ruido aumentaba en el local. Un tocadiscos bramó por encima del babélico caos del bar. Una máquina del millón que estaba junto a la barra producía un sonido de ametralladora a intervalos. Me acomodé en la esquina del reservado con la oreja pegada al panel. La voz de Heiss se oía como a un kilómetro de distancia.

«He pensado en ti todo el día, he soñado con esos dos ojazos preciosos que tienes. Y también con tus otros dos atributos grandes y preciosos. Todo el día soñando y despierto con eso. Ya sabes a qué atributos me refiero, ¿verdad, Flossie?».

«Puedo imaginármelo. —Ella se rió como si estuviera haciendo gárgaras de sirope—. Es usted un bromista. Por cierto, no me llamo Flossie».

«Florie, ya lo sé, ¿qué importancia tiene? Si fueras la única chica en el mundo, que para mí lo eres, ¿qué importancia tendría? Eres mi chica. Pero apuesto a que te sobran pretendientes. —Era de suponer que Max había estado todo el día bebiendo, y por eso había llegado a ese punto en el que cualquier cosa que dijera sonaba a poesía destinada a convertirse en música».

«Apuesto a que no. En cualquier caso, no es asunto suyo, señor Desmond. Apenas le conozco». Pero bien que conocía el juego…

«Ven a sentarte de este lado, así me conocerás mejor, pequeña Florie. Un dulce nombre para una dulce criatura. ¿Alguien te ha dicho que tienes una boca como una flor, Florie?».

«Es usted muy observador, señor Desmond».

«Venga, llámame Julián. Y acércate. Te advierto que no estarás segura. Cuando tengo cerca a dos grandes y preciosos atributos quiero darles un mordisco, te lo advierto».

«Parece que estás hambriento, ¿no? —Oí el movimiento de la chica mientras se cambiaba de sitio—. Por cierto, Julián, yo también estoy hambrienta. Me apetece comer algo».

«Yo te comeré a ti. —La voz de Max sonó amortiguada—. Supongo que es mejor si primero te alimento, ¿no? ¿Quieres un bistec y algo de beber? Después de todo, ¿quién sabe? ¿*Quién sabe*? Así hablas tú, ¿verdad?».

«Yo solo hablo inglés —respondió ella seriamente. Y tras dejarlo claro, volvió a relajarse—. Un bistec estaría de fábula, Julián. Eres un hombre realmente divertido».

Heiss llamó a la camarera, una chica de pelo oscuro liso que cruzó todo el local con pasos medidos.

«¿Qué será?».

«Un bistec para la señorita. Yo ya he cenado».

«De acuerdo, usted está bebiendo jerez».

«Bien seco», dijo Desmond Heiss.

«Claro, bien seco. —La camarera giró la cabeza tirando de la línea—. Si quiere, se lo traigo en polvo».

«Para mí un *Alexander*», dijo la chica.

«Claro, chiquilla, tú sí que te lo pasas bien. —Pero lo dijo con un amargo retintín—. Florie nunca tiene suficiente».

Una mujer entró en el bar y se dirigió rápidamente a los reservados. Tras ella, su abrigo negro con hombreras se mecía al ritmo de sus enérgicos movimientos y dejaba entrever el uniforme blanco que llevaba debajo. No me vio, pero yo a ella sí y me enderecé en mi asiento. Se detuvo en la mesa de Heiss y Florie. Sus ojos azules brillaban en su frío rostro de porcelana.

«Hola, señora Benning. ¿Quería verme?», dijo Florie con voz retraída.

«No has terminado tu trabajo. Vuelve ahora y acábalo».

«Ya lo he terminado, señora Benning. Hice todo lo que me dijo».

«¿Me estás contradiciendo?».

«No, pero es sábado. Las noches del sábado las tengo libres. Si no, ¿cuándo voy a divertirme?».

«Divertirse es otra cosa. Lo que estás haciendo es ventilar mis asuntos para un sucio fisgón».

«¿Pero qué es esto? —intervino Heiss—. ¿Cómo ha dicho, señora?».

«No me llame "señora". Florie, ¿vienes conmigo?». —La mujer bajó la voz, pero sus palabras zumbaron como un circuito eléctrico sobrecargado.

«¿Algún problema, señora?», preguntó la camarera desde detrás con voz desafiante.

La señora Benning se volvió hacia ella. No pude verle la cara, pues me daba la espalda. La camarera retrocedió, sosteniendo el menú como un escudo sobre su pecho.

Heiss se puso de pie. No era tan alto como la señora Benning.

«No sé quién es usted, señora. Pero le diré algo, no ofenda a mi novia en público». Su rostro buscaba a tientas una expresión de autoridad, hasta que sus ojos se encontraron con los de ella y se derramaron incontroladamente.

Ella se inclinó hacia él, profiriendo un zumbido monótono.

«Yo sí sé quién es usted. Le he visto vigilando la casa. Le he escuchado hablar por teléfono con Florie. Se lo advierto: aléjese de ella, y sobre todo aléjese de mí».

«Florie tiene derecho a tener amigos. —Heiss había encontrado la actitud, la de un hombre de mundo, pero no le duró mucho—. En cuanto a usted, señora, si se le puede llamar así, no la tocaría ni con un palo».

La mujer se le rió en la cara.

«Ni tampoco tendría la oportunidad, pobre diablo. Ahora vuelva a su agujero. Si vuelvo a verle le daré con un palo en la cabeza como lo haría con una rata. Vamos, Florie».

Florie, asustada y testaruda, se quedó sentada con la cabeza gacha y los brazos sobre la mesa. La señora Benning la agarró por la muñeca y la levantó. Florie no se resistió. Arrastrando los pies, siguió a la señora Benning hasta la puerta. Había un taxi esperando en la esquina. Cuando salí a la calle, ya se había perdido en medio del tráfico.

Tuve el mal presentimiento de que la historia se estaba repitiendo hasta el aburrimiento. Lo que empeoró cuando Heiss se acercó por detrás y me tocó el brazo. Tocaba a la gente siempre que podía, era la manera de confirmar su pertenencia al género humano.

—Ve y tómate una ración de veneno para ratas —le dije.

La nariz venosa sobresalió de su cara.

—Sí, ya te había visto allí dentro. Creía que me habías dejado. Estaba consolándome con esa naranjita mexicana.

—Exprimiéndola, querrás decir.

—Me subestimas. ¡A Florie ya la exprimí hace tiempo! No se me resiste, muchachito. Me pregunto qué tengo para que no se me resistan. —Su boca se esforzaba sobremanera, haciéndolo hablar otra vez sobre la buena opinión que tenía de sí mismo.

—¿De qué va todo esto, Max?

—Ni borracho, Archer. Ya tuviste la oportunidad de entrar. No tenías interés. Pues ahora yo no tengo interés.

—Quieres que te lo saque…

—No funcionará. Ponme un dedo encima y me pondré a gritar como un loco. —Miraba de reojo a la gente que pasaba, como si su protección dependiera de ellos.

—No me conoces —dije—. Ésos no son mis métodos.

—Te conozco tanto como quiero —dijo—. Me diste calabazas respecto a este asunto.

—Olvídalo. ¿Qué relación tiene con lo del tipo desaparecido en Arroyo Beach?

—Déjalo, chaval. —Se apoyó en un poste de la tienda de la esquina—. ¿Por qué debería darte algo a cambio de nada? A mí nadie me da algo a cambio de nada. Yo me busco la vida para conseguir lo que tengo.

Sacó un pañuelo manchado con lápiz de labios y se lo pasó por la cara.

—No intento sonsacarte, Max.

—Pues genial. Buenas noches. No pienses que no ha sido un placer.

Se dio media vuelta para marcharse.

—Lucy está muerta —dije.

Se detuvo en seco.

—¿Qué?

—Le cortaron el cuello esta tarde.

—Me engañas.

—Ve al depósito de cadáveres y pregunta. Y si no me quieres decir lo que sabes, díselo a la policía.

—Tal vez lo haga. —Un brillo ágata asomó en el fondo de sus ojos—. Vale, *bon soir*.

Se marchó lanzando un par de miradas furtivas hacia atrás, hasta que se unió a la masa de peatones que se dirigía hacia el norte. Quería seguirle y sacarle la verdad a la fuerza. Pero le había dicho que ésos no eran mis métodos, y fui consecuente con mi palabra.

10

Cogí el coche en el motel Mountview y me dirigí a la consulta del doctor Benning. No se veían luces encendidas tras el cristal blanco de las ventanas. Por el jardín descuidado, parecía que allí no vivía nadie desde hacía mucho tiempo. La frágil y alta fachada gris se recortaba contra el cielo rojizo de la noche, como si fuese un escenario apuntalado por detrás con barras de madera.

Cuando llamé al timbre, la casa pareció recuperar la vida. Lejos, al fondo, el timbre sonó como un insecto atrapado. Esperé y volví a llamar. Nadie contestó. La doble puerta de la entrada tenía paneles de cristal esmerilados con motivos geométricos. Presioné la cara contra uno de ellos y miré en el interior, pero no pude ver nada. Excepto que el cristal estaba rajado en una esquina y cedía ligeramente a la presión.

Me puse un guante y golpeé la esquina rajada. El cristal resonó al caer en el interior. Esperé mirando en ambas direcciones de la calle, y llamé al timbre por tercera vez. Nadie contestaba y no había nadie por la acera, así que aproveché el momento para meter el brazo a través del agujero triangular y descorrer el pasador.

Volví a cerrar la puerta y corrí el pasador con mi mano enguantada. Los cristales crujieron bajo mis pies. Siguiendo la pared, llegué a la puerta de la sala de espera. Por la ventana de la calle entraba un poco luz, dotando la habitación de una vaga belleza, como la de una anciana de bonitas facciones cubierta con un velo.

En la esquina, localicé el archivo detrás del escritorio. Usando mi linterna de bolsillo y mi cuerpo para tapar la luz, me puse a rebuscar en el cajón del fichero de Pacientes Activos. Camberwell, Carson, Cooley. No había ficha de Lucy Champion.

Para dosificar la luz, me guié por la pared hasta llegar a la puerta de la sala interior, que estaba entreabierta. La empujé abriéndola más, entré y la cerré. Volví a encender la linterna y examiné paredes y muebles con su escasa luz blanca. En la habitación había un escritorio de roble, una silla giratoria, más sillas y una estantería de tres secciones con publicaciones sobre medicina en la que todavía quedaba espacio. Encima de la estantería, en la pared calcificada, colgaba un diploma enmarcado, emitido en junio de 1933 por una facultad de medicina de la que nunca había oído hablar.

Por una puerta abierta, entré en una habitación con paredes de hule y suelo de linóleo. Las manchas marrones de la pared de enfrente delimitaban el espacio donde una vez había estado la cocina de gas. Ahora, había en su lugar una camilla de reconocimiento ajustable con tapizado de cuero sintético negro, y a su lado, contra la pared, un armario blanco abollado con instrumental médico y un esterilizador. Al otro lado de la habitación, bajo la ventana que tenía la persiana bajada, se oía el goteo constante de un grifo en el fregadero. Me acerqué a la puerta de un armario que estaba más allá y tiré del pomo. Estaba cerrado con llave.

La segunda llave maestra con la que intenté abrirla, consiguió su objetivo. Mi linterna iluminó la sonrisa de marfil de la muerte.

Justo por encima de mi cabeza, las cuencas de los ojos de un esqueleto proyectaban hacia abajo una mirada vacía. En el instante del sobresalto pensé que se trataba del esqueleto de un gigante, pero luego vi que los huesos de los pies colgaban a unos treinta centímetros del suelo. Todo el conjunto pendía de cables sujetos a una barra en el interior del armario. Las articulaciones estaban cuidadosamente unidas con alambres y oscilaban ligeramente por el movimiento de la puerta, mientras su sombra temblaba en el fondo del armario.

Me dio la impresión de que eran los huesos de un hombre. Sentí el impulso fraternal de cogerle la mano. Estaba solo y abandonado. Pero me dio miedo tocarlo.

En algún lugar de la casa se oyó el crujido de una puerta o una trampilla, no mucho más fuerte que el chirrido de un roedor. Me atraganté. Oía mi respiración y el goteo del grifo. Con dedos temblorosos, volví a cerrar la puerta del armario y guardé la llave en mi bolsillo.

Apagué la linterna y retrocedí a ciegas hacia la puerta de la consulta. Tenía un pie en el umbral cuando se encendió la luz. La esposa del doctor Benning estaba de pie al otro lado de la sala con una mano en el interruptor, tan sigilosa que podría haber sido la figura de un friso, parte de la pared.

—¿Qué está pasando aquí?

Reprimí una respuesta desagradable.

—El doctor no estaba. Decidí entrar y esperarle.

—¿Es usted un yonqui? Aquí no tenemos drogas.

—He venido para averiguar algo. Creí que podría apañarme solo.

—¿Qué quiere averiguar? —La pequeña pistola que sostenía en su mano era de un color azul metálico, y sus ojos se habían vuelto del mismo color.

—Baje el arma, señora Benning. No puedo hablar si me está apuntando.

—Pues hablará. —Se apartó de la pared y vino hacia mí. Incluso cuando se movía, su cuerpo parecía frío y estático. Pero podía sentir su poder, como una mina terrestre bajo un banco de nieve—. Seguro que es usted otro fisgón mediocre, ¿verdad?

—Soy uno de los buenos. ¿Qué pasó con Florie?

Se detuvo en el centro de la sala con las piernas separadas. Sus ojos metálicos eran tan oscuros y huecos como la boca del cañón que sostenía a media altura de su cuerpo.

—Si esa pistola se dispara y me da, se meterá en un buen lío. Apártela, no es necesario.

No parecía oírme.

—Creo que ya le he visto antes. Usted estaba en el bar. Lo que pasó con Florie es asunto de ella, mío y de nadie más. Le pagué y la despedí. No tolero que mis sirvientas traten con carroñeros. ¿Eso responde a su pregunta?

—A una de ellas.

—Bien. Ahora lárguese o le haré detener por allanamiento de morada. —La pistola apenas se movió, pero yo la sentí como una uña en la carne.

—No creo que lo haga.

—¿Quiere quedarse para comprobarlo? —Lanzó una mirada al teléfono que estaba sobre la mesa.

—Ésa es mi intención. Creo que usted es vulnerable, o ya habría llamado a la policía. Y dicho sea de paso, cuando habla no parece la mujer de un médico.

—¿Quiere ver mi libro de familia? —Insinuó una sonrisa, dejando asomar la punta de la lengua entre los dientes blancos—. Probablemente le interese examinarlo. Puedo hablar de diferentes maneras, todo depende de con quién esté hablando. A los carroñeros también puedo hablarles con una pistola en la mano.

—No me gusta esa palabra, *carroñero*.

—Dice que no le gusta esa palabra… —comentó para nadie en particular.

—¿Usted qué cree? ¿Qué quiero yo de usted?

—Dinero. ¿O es de los que se lo cobran con un revolcón?

—Es una posibilidad. Lo tendré en cuenta para la próxima vez. Ahora dígame qué hacía Lucy Champion en esta consulta. Y si no va a bajar el arma, al menos póngale el seguro.

Se mantuvo firme y tensa, sujetando la pistola como un windsurfista se agarra a la horquilla. A la menor tensión muscular, movería el gatillo y el arma se dispararía.

—El hombre tiene miedo —dijo con una mueca huraña y despectiva, pero finalmente accionó el seguro con el pulgar—. Respecto a Lucy Champion, no la conozco.

—La chica de color que estuvo aquí esta tarde.

—Ah. Ella. El doctor atiende a toda clase de pacientes.

—¿Y muchos de ellos son asesinados?

—Una pregunta graciosa. Pero como verá, no me río.

—Lucy tampoco. La degollaron esta tarde.

Intentó tragar sin estremecerse, pero estaba temblando. Ahora su cuerpo firme se parecía más al de un windsurfista sobre aguas agitadas.

—¿Quiere decir que ha muerto? —preguntó con voz débil.

—Sí.

Sus ojos se cerraron, y se tambaleó sin caerse. De una zancada, me acerqué a ella, cogí la pistola y le quité el cargador. Estaba vacío.

—¿La conocía, señora Benning?

La pregunta la sacó del trance. Abrió los ojos, nuevamente azules e impenetrables.

—Era uno de los pacientes de mi marido. Desde luego, esto le afectará. Por cierto, esa pistola es suya. —Había adoptado una máscara de respetabilidad, y un tono de voz que iba con ella.

Arrojé la pistola sobre la mesa y me quedé con el cargador.

—¿El esqueleto del armario también?

—No sé de qué me habla.

—Lo que usted diga. Pero sabía perfectamente de qué le estaba hablando cuando le dije que Lucy Champion había muerto.

Se llevó la mano a la frente blanca poblada de cabellos negros.

—No soporto la muerte, menos aún si muere alguien que conozco.

—¿De qué se conocían?

—Ella era una paciente, como le dije. La he visto aquí un par de veces.

—¿Por qué no tienen ficha de Lucy?

—¿Ficha?

—En el archivo de los pacientes.

—No lo sé. ¿Va a quedarse aquí toda la noche? Le advierto que mi marido está a punto de llegar.

—¿Cuánto tiempo llevan casados, señora Benning?

—Eso no es asunto suyo, maldita sea. Lárguese o llamo a la policía.

Lo dijo sin convicción alguna. Desde que le había informado de que Lucy estaba muerta, había perdido las fuerzas. Parecía un sonámbulo luchando por despertarse.

—Adelante, llámela.

Me miró con un odio ciego. Y luego le dieron arcadas.

—Haga lo que tenga que hacer. Haga su trabajo sucio. Pero salga de mi casa.

Sus pechos relucían a través de la tela del uniforme como dos lunas temblorosas. Pasé por su lado y me marché.

11

El asfalto era como la cinta de una máquina de escribir que se desenrollaba bajo los faros delanteros de mi coche, abriéndose paso por el pedregoso monte que separaba el valle del océano, entre muros de precipicios y picos que se elevaban como torres en la oscuridad. Después de cincuenta kilómetros de montañas, llegué al regazo de la zona costera. Una luna tardía se elevaba pesadamente sobre el mar.

Cinco minutos antes de llegar al cruce con la carretera 101, las luces de Arroyo Beach empezaban a multiplicarse junto al camino. Moteles, gasolineras, oficinas inmobiliarias y comedores se perfilaban en la oscuridad con sus carteles de neón. Me detuve en una gasolinera, delante de un surtidor. Mientras se llenaba el tanque le pregunté al empleado si tenían teléfono público. Era un anciano abatido con un mono gris y un corbatín negro que olía como si se aseara con aceite de cárter. Con un dedo grasiento, me señaló la oficina de la que había salido.

El listín telefónico era un folleto que colgaba de una cadena en la pared de la cabina. Había varios números de contacto de la señora Singleton. Vivía en la calle Alameda Topanga 1411, y su número de teléfono también era el 1411. Había un segundo número de la caseta del guarda, un tercero del apartamento del chofer, un cuarto del jardinero y un quinto del mayordomo.

Cuando el empleado vino a devolverme el cambio le pregunté por la calle Alameda Topanga.

—¿A quién buscas, hermano?

—A nadie en particular. Estoy de paseo.

—¿De paseo a estas horas de la noche? —Me miró con suspicacia—. En Alameda tienen patrullas de vigilancia nocturna, y tú no tienes pinta de pertenecer a un club de campo.

—Me interesa una propiedad. He oído que es una buena zona.

—Buena no es la palabra, hermano. Desde que construyeron el hotelazo y los ricachones se mudaron desde Malibú, las propiedades valen su peso en oro. Ya me gustaría a mí tener un terrenito. Y bien que pude, en su momento. Si antes de la guerra la patraña me hubiera dejado sacar un dinerillo del calcetín, hubiera pillado dos hectáreas a precio de ganga. Ahora estaría sentado disfrutando, pero ella dice que hay que ahorrar. Dice que la zona está muerta y que los ricachones se irán para siempre. —Soltó una risa amarga y compulsiva, como una tos.

—Qué pena —dije—. ¿Dónde está la Alameda?

Me indicó cómo llegar, señalando hacia las oscuras colinas que había al pie de la montaña, las cuales parecían alzarse bordeando la tierra prometida. En el siguiente cruce me dirigí hacia allá, conduciendo rumbo a las afueras. Los campos vacíos se extendían poblados de basura, como si fueran tierras abandonadas entre las residencias y las fincas rurales. Entré en una avenida cercada con troncos y cubierta por el arco de las ramas de los eucaliptos. Pasé por delante de un campo de polo vallado y por un campo de golf. A lo lejos había coches amontonados alrededor de un club de campo iluminado, y el viento me traía ráfagas de música.

La carretera ascendía suavemente por las colinas, como si fuera el ascenso hacia un purgatorio artificial. Percibía los destellos de cristal y aluminio emitidos por esas máquinas para vivir que brillaban como un equipo de cirugía bajo la clínica luz de la luna: palacios venecianos, chalés afrancesados, castillos andaluces, jardines chinos, griegos, góticos y del tipo Versalles. Había una gran

abundancia de vida vegetal, pero sin gente. Tal vez la atmósfera de aquella zona alta fuera más extraña y costosa de lo que el sistema respiratorio humano pudiera soportar. Era el paraíso terrenal con plantas y propiedades engendradas con dinero. La gente era irrelevante, a menos que tuvieran dinero y propiedades.

La columna de piedra que sostenía el número 1411 formaba parte de una mansión estilo Tudor, con ventanas oscuras. La entrada estaba abierta. Por un camino flanqueado por tejos, llegué hasta la casa, orientada hacia la luna con un esplendor palladiano.

Aparqué debajo del pórtico con columnas e hice sonar el antiguo timbre, que estaba a un lado de la entrada principal. Se oyeron pasos suaves y vacilantes que, desde el fondo de la casa, se acercaban a la puerta revestida con paneles. Luego se oyó una llave en la cerradura, y se asomó una mujer joven con la sombra del pelo castaño sobre su rostro.

—¿Qué desea, señor? —Su voz era suave y vacilante.

—¿Es demasiado tarde para ver a la señora Singleton?

Le mostré mi identificación. Ella giró su perfil hacia la luz: barbilla fina, boca fina, nariz recta. Sus ojos permanecían ocultos bajo la sombra, pero pude advertir lo joven que era.

—Detective —dijo ella—. ¿Eso significa que trabaja para una agencia? Para la señora Singleton es tarde. No se encuentra muy bien.

—Tengo mi propia agencia.

—Ya. ¿Pero viene por lo de Charlie… el señor Singleton?

—Entonces sigue desaparecido.

—Sí. Así es.

—Tal vez yo pueda ayudarles.

—¿De verdad? ¿Sabe dónde está?

—De momento no. Acabo de enterarme de este… asunto. Ni siquiera sé en qué circunstancias desapareció. O si todavía sigue en pie lo de la recompensa.

—Sigue en pie —dijo con una sonrisa apagada y dudosa—. ¿Qué ha encontrado hasta ahora?

Me daba igual que fuera tarde o no, quería ver a la señora Singleton. Le solté a la chica la respuesta más impactante que se me ocurrió.

—Un cadáver.

Se llevó la mano al pecho como protegiendo un pajarito.

—¿Charlie? Dígame que no era Charlie.

—Era una joven de color llamada Lucy Champion. Le cortaron el cuello. ¿La conoce?

Tardó en responder. Supuse que estaba a punto de mentir, y que le costaba.

—No. No la conozco. ¿Alguna posible… conexión? —Su voz desfalleció.

—Llevaba en el bolso un recorte de periódico sobre la desaparición de Singleton y sobre la recompensa. Pensé que podría haber venido hasta aquí por este asunto. Es probable que la policía piense lo mismo cuando hayan analizado el caso.

—¿La mataron aquí, en Arroyo Beach?

—En Bella City. —El nombre no le sonaba, así que añadí—: Es una ciudad del interior, está en el valle, a unos cuarenta kilómetros de aquí.

—Pase. —Volvió a mirar mi identificación—. Señor Archer. Le preguntaré a la señora Singleton si puede atenderle.

Me dejó esperando de pie en la entrada de la casa y se alejó por un pasillo iluminado. Vestía con oneroso mal gusto, luciendo un traje tejido de color orín que le daba un aire pretencioso, al menos vista desde atrás. Se movía con torpe inocencia, como si el súbito desarrollo de su cuerpo le hubiese proporcionado más de lo que necesitaba.

Pasé varios minutos observando una secuencia de pinturas chinas que colgaban de la pared. Un caballero chino de orejas enormes que denotaban sabiduría viajaba a pie a través de valles, ríos y montañas hasta un lugar sagrado, en el límite de las nieves perpetuas. Eran siete pinturas, una por cada etapa del viaje.

La chica reapareció en el pasillo. Su pelo iluminado desde atrás parecía una aureola.

—Señor Archer. Ha dicho que le atenderá.

La sala tenía un techo elevado con molduras dóricas. Las paredes estaban recubiertas con estanterías de libros uniformemente encuadernados con cuero blanco. Los libros se intercalaban con las pinturas. Una de ellas, la de una chica riendo en canesú, bien podría haber sido un Watteau o un Fragonard. Sobre un sofá blanco con respaldo curvo, estaba sentada una mujer de cabello gris.

Tenía uno de esos rostros de mandíbula cuadrada y cejas pobladas, el tipo de mujer desafortunada que lo había heredado todo de sus padres. Puede que hubiese poseído una belleza caballuna antes de que los años y el ego agarrotaran sus facciones huesudas lanzándolas hacia afuera, como si tuviera una artillería oculta bajo la piel. Su cuerpo flojo estaba envuelto en un vestido de seda negro, apropiado para ocasiones de luto. Las manos amarillentas resaltaban sobre el monolítico regazo negro, en un temblor constante.

Se aclaró la garganta.

—Señor Archer, tome asiento en este sillón. —Obedecí—. Dígame, ¿quién es usted?

—Soy detective privado autorizado. Normalmente trabajo en Los Ángeles, donde tengo mi despacho. Antes de la guerra fui inspector jefe en la policía de Long Beach. Le entregué mi identificación a la señorita.

—Sylvia, enséñamela. Ella me ha dicho que usted dispone de cierta información impactante sobre una chica de color.

—Lucy Champion. La encontré muerta en un motel de Bella City, le habían cortado el cuello. En su bolso llevaba un recorte de periódico que hablaba de la desaparición de su hijo y de la recompensa que usted ofrecía. Se me ocurre que la mataron porque intentaba cobrar esa recompensa. Ella apareció en Bella City justo cuando su hijo se marchó de aquí, hace dos semanas. Y pensé que podría haberse puesto en contacto con usted.

—¿No le parece que está sacando conclusiones apresuradas sin fundamento? —La señora Singleton hablaba en un tono grave y refinado. Sus manos luchaban y se atacaban entre sí, como escorpiones—. ¿No estará insinuando que tenemos algo que ver con ese asesinato o con esa chica?

—No me he explicado bien. —En realidad pensaba que sí lo había hecho—. Supongamos que su hijo fue víctima de una mala jugada. Supongamos que Lucy estaba al corriente y sabía quién era el responsable. Si ella tuviera la intención de acudir a usted o a las autoridades con esa información, eso explicaría lo que le hicieron.

La señora Singleton no dio señales de haberme escuchado. Contemplaba sus manos airadas, como si quisiera librarse de ellas.

—Sylvia, enciéndeme un cigarrillo.

—Enseguida. —Sylvia se levantó del sofá, cogió un cigarrillo de un cofre de marfil, sujetó un extremo entre sus labios azules y acercó el otro a la llama de un encendedor de mesa.

La señora Singleton dio una calada profunda y exhaló por la boca y la nariz. El humo se expandió como un banco de niebla por todos los rincones de su cabeza. Incluso sus ojos se volvieron ahumados.

—Espero que no esté insinuando que mi hijo se fugó a Bella City con una chica de color.

—¡Oh, no, señora Singleton! —intervino la chica—. Él no ha dicho eso.

Entonces recordó cuál era su lugar. Debía estar pero no molestar. Volvió a sentarse en el sofá, como si acabara de darse un susto a sí misma.

La señora Singleton insistió.

—¿Acaso podría haber alguna relación entre una persona así y mi hijo?

—Eso es lo que yo querría saber. De hecho, me interesa lo bastante como para trabajar en el caso percibiendo los honorarios correspondientes.

—Se refiere sin duda a la recompensa, en el caso de que usted se la ganase. Eso está garantizado.

—Me refiero a algo más seguro. Las recompensas van a parar a los bolsillos de la policía. Cuando hay dinero, la autoridad se aplica al máximo en el papel de cazador. A mí me gustaría asegurarme mis cincuenta dólares al día más gastos.

—Por supuesto. —Volvió a esconderse tras el humo, ronroneando como un gato detrás de una cortina—. Aunque no acabo de entender por qué debería financiar sus actividades.

—No puedo permitirme trabajar gratis. Y para mí sería un honor contarla entre mis clientes.

—Eso lo entiendo. —Su cabeza gris ensayó una pose altanera, como si fuera un tardío emperador romano. Su voz baja fue subiendo de tono y nivel, como si se estuviera preparando para presidir una reunión de té o repeler un ataque bárbaro—. Lo que no entiendo es por qué le interesan mis asuntos. Ya he contratado los servicios de una agencia de detectives. Hasta ahora me han costado más de lo que me puedo permitir, y no me han dado nada a cambio. No soy una mujer rica. —Seguramente quería decir que, en su círculo, podía contar sus millones con los dedos de una mano. Sin aliento, y cediendo a la autocompasión, añadió—: No me importaría pagar por información útil, pero si una agencia de las grandes no ha conseguido dar con mi hijo, como es el caso, no veo razón para creer que un hombre solo pueda conseguirlo, ¿no le parece?

El cigarrillo se extinguía en la comisura de sus labios. Sylvia lo retiró sin que se lo pidieran y lo apagó en el cenicero.

—Déjeme ver qué puedo hacer —dije—. Mi intención es averiguar por qué mataron a Lucy Champion. Cuando lo descubra, eso me llevará hasta su hijo. Al menos ésa es mi corazonada.

—Su corazonada —dijo desdeñosamente—. A la luz de estas circunstancias, si Charles estuviera secuestrado y esperasen cobrar un rescate, su visita de esta noche podría interpretarse como una propuesta por parte de sus secuestradores. ¿Conoce usted a esa negra, esa que según usted fue asesinada?

—Por supuesto que fue asesinada. ¿Usted la conoce?

Su rostro irradió un brillo apagado de ira.

—No sea insolente, jovencito. Sé muy bien cómo tratar con insolentes.

Miré a Sylvia, que sonrió con aire sombrío y sacudió imperceptiblemente la cabeza.

—Ya es tarde, señora Singleton. Debe de estar cansada.

La anciana no le prestó atención. Se inclinó hacia mí, su regazo de seda negra se arrugaba como el hierro retorcido, y me dijo:

—Esta mañana, en circunstancias similares, se presentó un hombre que decía ser detective privado, como usted. Dijo que podía encontrar a Charles si le pagaba parte de la recompensa. Por supuesto, no acepté. Luego estuvo una hora entera haciéndome preguntas. Cuando yo quería preguntarle algo, él no tenía nada que responder, ni información que aportar. Sylvia, ¿recuerdas cómo se llamaba?

—Heiss.

—Heiss —repitió la anciana con vehemencia, como si acabara de inventarse el nombre. Me miró con una mueca de disgusto. Sus ojos se habían llenado de lágrimas, empañados de pena, pero su mirada seguía siendo astuta—. ¿Le conoce?

—Creo que no.

—Una criatura repugnante. Al final se atrevió a sugerirme que firmara un contrato comprometiéndome a pagarle cinco mil dólares si encontraba a mi hijo vivo o muerto. Llegué a la conclusión de que intentaba estafarme o que pertenecía a una organización criminal. Lo eché de mi casa.

—¿Y piensa lo mismo de mí?

—Oh, no —se anticipó la chica, con voz suave, desde el rincón.

La señora Singleton, ya sin energía, se calmó. Dejó caer la cabeza hacia atrás sobre el respaldo curvilíneo del sofá, ofreciendo su garganta a un cuchillo invisible. Las palabras salían con dificultad de su boca.

—Ya no sé qué pensar. Estoy cansada, vieja, agotada. Sola en un mundo de mentirosos. Nadie me dirá la verdad.

Sylvia se levantó y me señaló la puerta con su mirada tierna y nerviosa. Con un brío repentino, la señora Singleton alzó la voz:

—Señor Archer, ¿le envía Charles? ¿Es así? ¿Necesita dinero? —El cambio de voz era asombroso. Hablaba como una niña asustada. Me volví hacia ella y vi que el mismo falso aire infantil confería una belleza fugaz a su rostro. La belleza pasó como la luz de un faro de mar a través del tiempo, y solo quedó la mueca de sus labios en una cínica parodia de amor maternal.

La situación era demasiado complicada para que intentara comprenderla o enfrentarme a ella. No sabía si el cordón umbilical entre la señora Singleton y su hijo se había estirado hasta romperse, golpeándola a ella en la cara y dejándola atontada. O si la mujer, consciente de que él estaba muerto, combatía la desesperación hablando. En cualquier caso, ella estaba predispuesta a desconfiar de todo y de todos. La realidad la había traicionado.

—Nunca he estado con Charles —dije—. Buenas noches y buena suerte.

No respondió.

12

Sylvia me acompañó hasta el final del pasillo.

—Lo siento, señor Archer. Las últimas dos semanas han sido terribles para ella. Lleva días tomando tranquilizantes. Cuando algo no encaja con lo que ella piensa, no escucha o lo olvida. No es que esté perdiendo lucidez. Lo que pasa es que ha sufrido mucho. No soporta hablar de los hechos, ni siquiera pensar en ellos.

—¿Qué hechos?

De repente, dijo:

—¿Podemos hablar en su coche? Creo que, en el fondo, ella quiere que hable con usted.

—Para saber eso tendrías que ser vidente.

—Cuando se trata de la señora Singleton, soy un poco vidente. Ya sabe usted lo que pasa cuando se está bajo el mando de alguien.

—Al final se le puede leer la mente. ¿Hace cuánto que trabajas para ella?

—Desde junio. Pero nuestras familias se conocen de toda la vida. El padre de Charles y mi padre fueron juntos a Harvard. —Se inclinó para alcanzar el pomo de la puerta y la abrió.

—Disculpe, necesito un poco de aire fresco.

—¿La señora puede quedarse sola?

—Están las criadas. Ellas se ocuparán de acostarla.

Se dirigió hacia mi coche.

—Un momento, Sylvia. ¿Tienes una foto de Charles? Una foto reciente sería de gran ayuda.

—¿Por qué? Sí, claro que tengo.

—Ve a buscar una para mí, hazme el favor.

—Llevo una aquí —dijo sin avergonzarse. Sacó una cartera roja de cuero del bolsillo y me entregó una foto—. ¿Está bien, es lo bastante grande?

Era una fotografía de un joven sonriente bajo el sol, con polo y pantalones cortos de tenis. El cabello corto resaltaba el vigor y la delgadez de sus rasgos. Tenía un físico sólido, de hombros anchos y brazos torneados. Sin embargo, había algo en él que resultaba artificial y actoral, una pose consciente de sí misma, sacando pecho y encogiendo el abdomen, como si temiera al ojo de la cámara o a la luz de sol.

—Sí, está bien —dije—. ¿Puedo quedármela?

—Todo el tiempo que le haga falta. Sale bien.

Al subir al coche, dejó a la vista una pierna bonita y rolliza. Nada más sentarme frente al volante advertí que su fresco olor primaveral había inundado el interior. Le ofrecí un cigarrillo.

—Gracias, no fumo.

—¿Qué edad tienes, Sylvia?

—Veintiuno —dijo con aparente desinterés—. Acabo de recibir el primer cheque trimestral del fondo fiduciario de mi madre.

—Enhorabuena.

—Se lo comento porque es un cheque de casi mil dólares. Podría contratarle, si acepta trabajar para mí en vez de hacerlo para la señora Singleton.

—No puedo asegurarte nada. Tú quieres encontrarlo como sea, ¿verdad?

—Sí. —Lo dijo como si se le fuera la vida en ello—. ¿Cuánto dinero tengo que darle?

—Ahora no te preocupes por eso.

—¿Cómo es que confía en mí?

—En alguien hay que confiar. Lo extraño es que tú confíes en mí.

—Conozco a los hombres —dijo—. Mi padre es un buen hombre. Usted no es como ese tipo, Heiss.

—¿Hablaste con él?

—Yo estaba en la habitación. Él solo quería dinero. Fue una situación de… desprotección. Tuve que amenazarlo con llamar a la policía si no se marchaba. Es una pena. La señora Singleton se habría sincerado con usted si ese tipo no lo hubiera estropeado todo.

—¿Hay cosas que ella podría haberme contado y que no me contó?

—La vida entera de Charlie —dijo ella de manera confusa—. ¿Cómo era esta chica negra?

Le describí brevemente a Lucy Champion.

No me dejó acabar.

—Es la misma. —Abrió la puerta de su lado y se dispuso a salir del coche. Todo lo hacía con cuidado, casi con arrepentimiento, como si cada acción fuera una apuesta peligrosa.

—¿La conocías?

—Sí. Quiero enseñarle algo —dijo, y se marchó.

Encendí un cigarrillo. Antes de la segunda calada, Sylvia volvió a salir de la casa y volvió a subir al coche.

—Creo que es de la chica.

Me entregó un objeto suave y oscuro. Encendí la luz del techo para examinarlo. Era un turbante de mujer, tejido con lana negra e hilo dorado. Dentro llevaba la marca del fabricante: Denise.

—¿De dónde lo sacaste?

—Ella estuvo aquí anteayer.

—¿Vino a ver a la señora Singleton?

—Supongo ése debió de ser el motivo. Vino en taxi, por la tarde. Yo estaba cortando flores en el jardín y la vi en el asiento trasero del taxi, como si no se decidiese. Finalmente, bajó y el taxi se marchó. Se detuvo en la entrada y se quedó mirando la casa durante un rato. Creo que entonces perdió el valor.

—No me extraña.

—Es imponente, ¿verdad? Yo la llamé para preguntarle qué quería pero, cuando vio que me dirigía a ella, echó a correr. Me sentí como uno de esos ogros. No quería asustarla, pero ella siguió corriendo cada vez más rápido por el camino de la entrada. Se le cayó el sombrero, pero ni siquiera se detuvo a recogerlo. Por eso lo tengo.

—¿No la seguiste?

—¿Cómo? Tenía un enorme ramo de crisantemos en los brazos. El taxista la vio correr tras él y regresó para recogerla. En cualquier caso, yo no tenía derecho a detenerla.

—¿No la habías visto antes?

—No. Pensé que quizás era una turista. Iba elegantemente vestida, y éste es un buen sombrero. Aunque el hecho de que no regresara a buscarlo me hizo dudar.

—¿Fuiste a la policía?

—La señora Singleton no me dejó. Pensé en preguntar en Denise, pero la señora Singleton también se opuso.

—¿Conoces a la mujer que hizo este sombrero?

—La conozco. Tiene la tienda en el paseo marítimo, cerca del hotel.

—¿En Arroyo Beach?

—Claro. ¿Es posible que si usted le pregunta ella sepa algo de la señorita Champion?

—Es muy probable. ¿Por qué no fuiste a verla tú misma? La señora Singleton no te dará tanto miedo, ¿verdad?

—No. —Hizo un silencio breve—. Quizás lo que me daba miedo era lo que pudiera averiguar. Yo ya no me meto. Charles huyó con una mujer, usted ya lo sabe. —Hablaba con reticencia, pero dispuesta a soltarlo todo—: Creo que me daba miedo enterarme de que la chica negra… era otra de sus mujeres.

—Su madre parece tener la misma idea. ¿Alguna razón para suponerlo?

—No lo sé. Ella sabe muchas cosas sobre su hijo, más de lo que está dispuesta a admitir.

—Eso suena terrible.

—Pero es la verdad. Estas mujeres prefreudianas lo saben todo, pero se lo callan, ni siquiera se lo confiesan a sí mismas. Se pasan la vida vestidas para cenar en la selva. Es una frase de mi padre. Él enseña filosofía en Brown.

—¿Quién era la mujer con la que se largó Charles?

—Era una rubia alta y preciosa. Es todo lo que sé. La noche que desapareció los vieron juntos en el bar del hotel. El empleado del aparcamiento los vio marcharse en el coche de él.

—Lo que no significa que él huyera con ella. Tengo la impresión de que era más bien un ligue.

—Pues no. Habían vivido juntos todo el verano. Charles tiene una cabaña en la montaña en Sky Route, y a la mujer se la veía allí con él casi cada fin de semana.

—¿Cómo lo sabes?

—Hablé con un amigo de Charles que vive en esa montaña. Horace Wilding, el pintor, puede que haya oído hablar de él. A él no le gusta hablar, pero me contó que había visto a la mujer allí con Charles. Tal vez si usted habla con él… Dado que usted es un hombre…

Encendí las luces del salpicadero y saqué mi libreta.

—Dame la dirección.

—La dirección del señor Wilding es Sky Route 2712. No tiene teléfono. Él también cree que ella es preciosa.

Me volví hacia Sylvia y vi que estaba llorando, con las manos quietas sobre su regazo y surcos de lágrimas en las mejillas.

—¡Nunca lloro! —dijo con dureza. Y después, sin la menor saña, añadió—: Ojalá yo fuera tan preciosa como ella. Ojalá fuera rubia.

A mí me parecía preciosa, y lo bastante tierna como para atravesarla con el dedo. Más allá de su delicado perfil, se veían las luces de Arroyo Beach. Entre los neones de la carretera y la costura de puntos luminosos sobre la ribera, la cúpula iluminada del hotel parecía un globo en cautiverio. Por detrás ascendía la luna como

otro globo blanco más pequeño, arrastrando una hebra de luz sobre la superficie del mar.

—Si quieres ser rubia —dije—, ¿por qué no te tiñes, como las demás chicas?

—No serviría de nada. Él ni siquiera lo notaría.

—¿Estás enamorada de Charlie?

—Por supuesto. —Lo dijo como si todas las chicas en su sano juicio estuvieran enamoradas de Charlie. Esperé a que continuara, y añadió—: Desde la primera vez que le vi. Cuando regresó a Harvard después de la guerra pasó un fin de semana con nosotros en Providence. Yo me enamoré de él, pero él no se enamoró de mí, pues yo solo era una niña. Aunque fue muy dulce conmigo. —Su voz adoptó el tono de un murmullo confidencial—. Leíamos juntos a Emily Dickinson. Me dijo que quería ser poeta, y yo pensé que él era Emily, de veras me lo creí. Durante la universidad soñaba con que Charles viniera un día a buscarme para casarse conmigo. Evidentemente, eso nunca ocurrió.

»Le vi en un par de ocasiones, una vez comimos juntos en Boston y se portó encantadoramente conmigo y eso fue todo. Luego regresó a casa y no volví a saber de él. La última primavera, después de graduarme, decidí venir al oeste para verle. La señora Singleton buscaba compañía, y mi padre se aseguró de que yo ocupara ese lugar. Yo pensaba que si estaba cerca de Charles él acabaría enamorándose de mí. Además, contaba con la aprobación de la señora Singleton. Si Charlie tenía que casarse con alguien, ella prefería que fuera una mujer a la que pudiera controlar.

La miré a los ojos y comprobé que estaba hablando con total sinceridad.

—Eres una chica extraña, Sylvia. ¿De verdad hablaste de esto con la señora Singleton?

—No hacía falta hablarlo. Ella nos dejaba a solas a la mínima ocasión. Me doy cuenta de las cosas. Mi padre dice que la virtud de una mujer dominante está en la capacidad para ver lo que tiene bajo la nariz. Y decir la verdad sobre lo que ella ve es su máximo atributo.

—Retiro lo dicho. No eres extraña. Eres única.

—Yo también lo creo. Pero Charles nunca se dio cuenta. Estaba poco tiempo en la casa. Así que yo casi no tenía oportunidades de hacer que se enamorase de mí por proximidad. Pasaba la mayor parte de su tiempo en la cabaña o recorriendo el Estado en coche. Por entonces yo no sabía nada de la mujer, pero creo que era apropiada para lo que él intentaba hacer. Quería romper todo vínculo con su madre y forjarse una vida propia. La señora Singleton tenía todo el dinero, incluso antes de que falleciera su marido. Él era el típico hombre anticuado casado con una mujer rica: navegante, jugador de polo y recadero de su mujer. Charles no pensaba como él. Él creía que su padre y toda su clase social vivían al margen de la realidad. Que él tenía que salvar su alma descendiendo hasta el fondo de todo para empezar desde abajo.

—¿Y lo hizo?

—¿Se refiere a si salvó su alma? Lo intentó. Resultó ser más difícil de lo que pensaba. Este verano, por ejemplo, trabajó como recolector de tomates en el valle. Su madre le había ofrecido dirigir una hacienda pero él no aceptó. Por supuesto, no duró mucho. Se peleó con un capataz y dejó el trabajo, si se le puede llamar trabajo. A la señora Singleton casi le da algo cuando él regresó con la cara hinchada y morada. A mí también. Pero Charles parecía disfrutar con eso.

—¿Cuándo fue?

—En julio, a las pocas semanas de que yo viniera. A mediados de julio.

—¿Dónde se produjo esa pelea?

—En un campo cerca de Bakersfield. No sé exactamente dónde.

—Después de eso, ¿se quedó aquí hasta septiembre?

—Iba y venía. A menudo se iba de viaje algunos días.

—¿Crees que ahora también está de viaje?

—Es posible. De ser así, no creo que regrese esta vez. Nunca más. No por propia decisión.

—¿Crees que está muerto? —Fue una pregunta brusca, pero Sylvia mantuvo el tipo. Bajo la apariencia de desconcierto, conservaba su entereza.

—Si estuviera muerto, lo sabría. No creo que esté muerto. Creo que ha acabado de romper la cadena que lo ataba a su madre y a la fortuna de su tatarabuelo.

—¿Estás segura de que quieres que regrese?

Dudó un instante.

—Al menos quiero saber que está a salvo y viviendo una vida que no lo destruya. Pese a haber disparado a aviones enemigos durante la guerra, sigue siendo un niño y un soñador. La mujer equivocada podría destruirlo. —Suspiró—. Perdone si me estoy poniendo melodramática.

—Para nada, lo que dices me parece bien. Pero puede que estés yendo un poco lejos con tu imaginación. —Me di cuenta de que no me estaba escuchando, y no seguí.

—Se sentía culpable por no haber trabajado, y por decepcionar a su madre. Charles quería sufrir. Veía su vida como una expiación. Eligió a una mujer que le hiciera sufrir.

Recortado contra la luz de la luna, su rostro exhibía una desolación inocente. Las sombras angulosas descomponían la delicadeza de su boca y barbilla.

—Entonces la conoces.

—No muy bien. Toda la información que tengo es de tercera mano. Un detective interrogó a un camarero del hotel y luego le habló de la mujer a la señora Singleton. Y ella me lo contó.

—Acompáñame al bar del hotel —dije—. Déjame que te invite a una copa. Te vendrá bien.

—Oh, no, yo nunca he estado en un bar.

—Ya tienes veintiún años.

—No es por eso. Tengo que volver a la casa. Cada noche le leo hasta que se duerme. Buenas noches.

Me incliné para abrirle la puerta, y entonces vi las lágrimas bañando su rostro, como agua de primavera.

13

Al entrar, una pareja de botones filipinos con uniforme marrón me miró curiosamente, y enseguida perdió el interés. Al otro lado de la entrada, bajo un arco morisco, estaba el conserje del hotel detrás del mostrador de recepción con el aspecto de un santo de esmoquin en un nicho. A un lado, alejado del arco, había un cartel de neón que ponía CANTINA en letras rojas. Atravesé el vestíbulo decorado con palmeras en macetas y salí a un patio con plataneros. Las parejas se entretenían debajo de la copas de los árboles. Fui directo al bar.

Era un local con forma de L decorado con carteles de corridas de toros, impregnado de humo azul, donde retumbaba un alboroto propio de simios. Mujeres de blancos hombros y hombres con chaquetas negras, azules y escocesas se bamboleaban y gesticulaban a lo largo de la barra. Los hombres ostentaban la expresión poco natural de salud y autoconfianza de deportistas que en realidad nunca habían tenido que asumir un riesgo. Excepto, quizás, por sus mujeres. Los cuerpos de ellas parecían más despiertos que sus cabezas. En algún rincón del local empezó a sonar una orquesta con ritmo de samba. Algunos hombros femeninos y chaquetas masculinas se alejaron de la barra atraídos por la música.

Había dos camareros trabajando, un joven latino ágil y de pelo fino que estaba regañando al otro. Esperé a que la tensión entre

ellos se aflojara y pregunté al de pelo fino si él era el camarero habitual. Me dirigió la mirada fría típica de la gente de su oficio.

—Claro. ¿Qué le pongo?

—Un whisky. Quería hacerle una pregunta.

—Diga, a ver si no me lo han preguntado ya. —Sus manos seguían trabajando llenando un vaso de chupito que dejó sobre la barra. Le pagué.

—Es sobre Charles Singleton Júnior. ¿Usted le vio la noche que desapareció?

—¿Otra vez? —Miró hacia el techo con irritación—. Se lo he dicho al comisario, se lo he dicho a los periodistas, se lo he dicho al detective. ¿Es usted periodista?

Le enseñé mi identificación.

—Otro detective —se lamentó con indiferencia—. ¿Por qué no va y le dice a la señora que está malgastando su tiempo y su dinero? Júnior se piró con una rubia elegantísima que a usted ya le gustaría ver. ¿Por qué iba a volver?

—¿Por qué se fue?

—Usted no la ha visto. La dama lo tiene todo. —Empleó las manos para ser más gráfico—. Esa hembra y Júnior están en México DF o en la Habana pasándoselo en grande, tome nota de lo que le digo. ¿Por qué iba a regresar?

—¿Usted vio de cerca a la mujer?

—Y tanto. Me pidió una copa mientras esperaba a Júnior. Además, ya había estado un par de veces con él dentro del hotel.

—¿Qué le pidió para beber?

—Tom Collins.

—¿Cómo iba vestida?

—Con un traje negro, nada llamativo. Elegante. Distinguida no, pero casi. Era rubia natural. Me estoy quedando dormido. —Cerró los ojos—. Puede que ya lo esté.

—¿Color de ojos?

—Verde o azul, o algo intermedio.

—¿Turquesa?

Abrió los ojos.

—Con toda la información que le estoy dando podríamos escribir un poema juntos, amigo, pero mejor lo dejamos para otro día. ¿Le gusta el turquesa? Pues yo le digo turquesa. Se parecía a esos niños polacos que solía ver en Chicago, pero ella jugaba en otra liga, se lo aseguro.

—¿Ha notado algo raro por aquí?

—Por aquí no.

—¿Y cree que Júnior quería irse con ella?

—Y tanto. ¿Cree que ella lo secuestró a punta de pistola? Estaban como tortolitos. Él no podía dejar de mirarla.

—¿Cómo se fueron? ¿En coche?

—Eso tengo entendido. Pregúntele a Dewey, del aparcamiento. Pero primero dele una propinilla. Él no disfruta tanto como yo de su propia voz. —Reconociendo el momento de abandonar la escena, se alejó.

Bebí el whisky y salí. El hotel estaba frente al mar, al otro lado del paseo marítimo con palmeras. El aparcamiento estaba de cara a la ciudad, tras una hilera de tiendas pequeñas y caras. Caminando por la acera, pasé por delante de un expositor con pendientes de plata y cuero, una vidriera con dos maniquíes de cera que vestían faldas de campesina, un escaparate lleno de piedras de jade, y entonces vi el nombre *Denise*. Estaba impreso en letras doradas sobre el cristal laminado de una tienda de sombreros. Detrás del cristal había un sombrero que colgaba solitario en un perchero, como una pieza de escultura en un museo. La tienda estaba a oscuras y, después de dudar un instante, pasé de largo.

En la esquina del aparcamiento, bajo un arco iluminado, había una barraca pintada de verde, como la caseta de un centinela. Un cartel pegado a la pared rezaba: «El único ingreso de los guardas son las propinas». Me detuve junto al cartel con un dólar en la mano. De entre las filas de coches amontonados salió un hombrecillo de aspecto macilento. Bajo su jersey azul de cuello alto, los hombros huesudos sobresalían como trozos de madera flotante. Las zapatillas

de Iona avanzaban en silencio, el cuerpo inclinado hacia delante, como si algo lo arrastrara tirando de la punta de su larga y afilada nariz.

—Marca y color. ¿Dónde está su ticket, señor?

—He dejado mi coche en la esquina. Quería preguntarle por otro coche. Usted es Dewey, ¿verdad?

—Eso pone aquí. —Parpadeó inocentemente, contemplando su chapa. La coronilla de su cabeza despeinada llegaba a la altura de mis hombros.

—Apuesto a que sabe mucho de coches, ¿verdad?

—Apuesto a que sí. Y de personas. ¿Usted es policía o me equivoco? Apuesto a que quiere preguntarme por el joven Charlie Singleton.

—Detective privado. ¿Cuánto quiere apostar?

—Un dólar.

—Usted gana, Dewey. —Le di el billete.

Lo arrugó y se lo guardó en el bolsillo del pantalón más sucio del mundo.

—Es justo que gane —dijo seriamente—. Me está robando mi valioso tiempo. Estaba limpiando parabrisas y eso deja mucha pasta los sábados por la noche.

—Entonces vamos al grano. ¿Usted vio a la mujer con la que se fue?

—Afirmativo. Despampanante. Yendo y viniendo.

—De nuevo.

—Yendo y viniendo —repitió—. La rubia. Llegó a las diez en un Plymouth azul nuevecito. La vi bajarse y entrar en el hotel. Yo estaba recogiendo un coche allí enfrente. La vi bajarse del coche y entrar en el hotel. Despampanante. —La barbilla le colgaba floja mientras intentaba recordar con los ojos cerrados.

—¿Y qué pasó con el coche?

—Se lo llevó la otra.

—¿La otra?

—La que conducía el coche. La de cutis oscuro que dejó a la señora rubia y se marchó.

—¿Era una mujer de color?

—¿La que conducía el coche? Igual sí. Era de cutis oscuro. No la vi de cerca. Me quedé mirando a la rubia. Después volví aquí, y al ratillo llegó Charlie Singleton. Entró en el hotel, salió con la rubia y se fueron.

—¿En el coche de él?

—Sí, señor. Un Buick sedán modelo 1948, verde en dos tonalidades.

—Es usted muy observador, Dewey.

—Con los coches. He visto muchas veces al joven Charlie por ahí en su coche. Entiendo de coches. Conduje mi primer coche allá por 1911 en Minneapolis, Minnesota.

—Cuando se fueron, ¿hacia dónde se dirigían?

—Ni idea, amigo, lo siento. No me fijé. Lo mismo le dije a la otra señora cuando vino a preguntarme, y la mujer se cabreó y no me dejó propina.

—¿Qué señora era ésa?

Me escudriñó con ojos apagados, parpadeando lentamente, como si enviara señales al cerebro apagado que había detrás.

—Tengo que seguir limpiando esos parabrisas. Es sábado por la noche y mi tiempo vale oro.

—Apuesto a que se acuerda de esa otra señora.

—¿Cuánto quiere apostar?

—¿Un dólar?

—¿Dos?

—Dos dólares.

—Hecho. Vino justo cuando ellos se fueron, conduciendo el mismo Plymouth azul.

—¿La del cutis oscuro?

—No, era otra, más vieja. Llevaba un abrigo de leopardo. Yo ya la había visto por aquí. Me preguntó por la rubia y el joven Charlie,

hacia dónde se habían ido. Le dije que no lo sabía. Me llamó ignorante y se marchó. Parecía desquiciada.

—¿Venía acompañada?

—No lo recuerdo.

—¿La mujer vive por aquí?

—La he visto por aquí. No sé dónde vive.

Le di dos dólares.

—Gracias, Dewey. Una cosa más. Cuando Charlie se marchó en el coche con la rubia, ¿parecía contento?

—No sé. Me dejó un dólar de propina. Quién no estaría contento yéndose con esa rubia. —Su boca arrugada sonrió de lado—. Yo, por ejemplo, no he vuelto a saber nada de mujeres desde que dejé a la mía durante la Depresión. Veinte años es mucho tiempo, amigo.

—Ya lo creo. Buenas noches.

Sorbiéndose la nariz, Dewey enfiló solitario hacia el interior del aparcamiento y se perdió de vista entre las filas de coches.

14

Volví al hotel y encontré una cabina de teléfonos. Según la información del listín, la propietaria de la tienda de sombreros Denise era la señora Denise Grinker, que vivía en Jacaranda Lane 124. Llamé a su casa y, cuando me atendieron, colgué.

La calle serpenteaba como un sendero para ganado entre la carretera y la costa. Los cipreses y jacarandás ocultaban tanto el camino como las casas. Avanzaba despacio, en segunda, encendiendo la linterna al pasar delante de las casas. Era un barrio de clase media sumergido en una bohemia decadente. La maleza desbordaba los jardines delanteros. En los cristales sucios de los escaparates, los carteles ofrecían artesanías, antigüedades, servicio de mecanografía: «Especializados en manuscritos». El número r24 estaba pintado a mano en disposición vertical sobre el poste de una casa de madera.

Aparqué, me bajé del coche y pasé por debajo de un arco de hierbajos. Contra la pared del porche había una bicicleta oxidada. Llamé y el porche se iluminó. La puerta se abrió y salió una mujer en bata de franela. Llevaba rulos, por lo que su rostro parecía anchísimo y desnudo. Aun así, tenía un rostro agradable. Sentí cómo mi gélida sonrisa se derretía convirtiéndose en un gesto más cálido.

—¿Señora Grinker? Mi nombre es Archer.

—Hola —dijo de buen humor, mirándome con unos ojazos marrones que parecían cansados—. No me diga que me he vuelto a dejar la tienda abierta, toco madera.

—Espero que no.

—¿No es usted policía?

—Más o menos. Cuando estoy cansado lo parezco.

—Un momento. —Sacó un estuche del bolsillo del albornoz y se puso unas gafas—. No nos conocemos, ¿verdad?

—No. Estoy investigando un asesinato que se ha producido esta tarde en Bella City. —Saqué el turbante enrollado del bolsillo de mi chaqueta y se lo enseñé—. Esto pertenecía a la víctima. ¿Es de su tienda?

Le echó un vistazo.

—Dentro lleva la marca de mi tienda. ¿Algún problema?

—¿Podría identificar a la persona que lo compró, si es original?

Se acercó a la luz, apartando la vista del sombrero para mirarme. El marco oscuro de las gafas daba a su rostro una expresión dura y astuta.

—¿Se trata de una identificación? Usted dice que el sombrero pertenecía a la víctima. ¿De quién se trata?

—Su nombre era Lucy Champion. Era una chica de color de unos veintitantos.

—¿Y usted quiere saber si yo le vendí este turbante?

—No exactamente. La pregunta es a quién se lo vendió.

—¿Tengo que responderle? Déjeme ver su placa.

—Soy un detective privado —dije—. Estoy colaborando con la policía.

—¿Para quién trabaja?

—Mi cliente no quiere que revele su nombre.

—¡Exacto! —exclamó echándome su aliento a cerveza—. Ética profesional. Pues lo mismo sucede en mi caso. No puedo negar que vendiera ese sombrero, no puedo negar que es original. ¿Pero cómo voy a decir quién me lo compró? Lo vendí hace ya tiempo, la primavera pasada. Lo único que puedo asegurarle es que no se lo vendí a una chica de color. Nunca ha entrado una en mi tienda. Solo mujeres indias y persas, pero ésas son diferentes.

—También han nacido en otros países.

—Mire, no vamos a discutir. No tengo nada contra las mujeres de color. Pero a mí no me compran sombreros. Seguro que esta chica se lo encontró por ahí, lo robó o se lo regalaron, no sería justo que mencione el nombre de mis clientas en un caso de asesinato, ¿no le parece? —Su voz tenía un deje de falsedad, el tono del parloteo diario de una vendedora.

—Si se esfuerza, señora Grinker, estoy seguro de que lo recordará.

—Tal vez sí, tal vez no. —Estaba turbada y su voz empezaba a debilitarse—. ¿Y si lo recordara qué? Estaría violando un secreto profesional si se lo dijera.

—¿Las sombrereras prestan juramento?

—Tenemos nuestros principios —dijo sin que sonara creíble—. Oh, diablos, no quiero perder a mis clientas si puede evitarse. Las únicas que pueden pagar mis precios escasean tanto como los hombres atractivos.

Puse todo mi empeño en parecer un hombre atractivo.

—Yo no puedo revelar el nombre de mi cliente. Pero le diré que es un miembro de la familia Singleton.

—¿Los Charles Singleton? —Pronunció las sílabas lentamente, de manera clara, como el verso de un poema.

—Sí.

—¿Cómo se encuentra la señora Singleton?

—No muy bien. Está preocupada por su hijo.

—¿El asesinato está relacionado con él?

—Es lo que intento averiguar, señora Grinker. Nunca lo averiguaré si nadie me ayuda…

—Lo siento. La señora Singleton no es una de mis clientas. Creo que compra sus sombreros en París. Pero desde luego la conozco. Adelante.

La puerta principal conducía directamente a una sala de madera de secoya. Había una estufa de gas encendida bajo una chimenea de ladrillo. Era una habitación cálida y destartalada, y olía a gato.

Con un gesto hospitalario, me señaló un sofá cubierto con una colcha de ganchillo. Un vaso de cerveza burbujeaba en una mesa de madera al lado del sofá.

—Estaba tomando una cerveza antes de acostarme. Le traeré una.

—No diré que no.

Entró en la cocina y cerró la puerta.

Nada más sentarme en el sofá, un gato gris salió de debajo y saltó encima de mis rodillas. Su ronroneo subía y bajaba como el sonido de un avión lejano. Me pareció oír una voz en algún lugar de la casa. Denise tardaba en volver.

Dejé el gato en el suelo y me acerqué a la puerta que ella había cerrado. Al otro lado oí su voz:

«Dice que lo contrató la señora Singleton. —Se oyó un silencio, y de fondo el murmullo del teléfono. Luego—: No lo haré, te lo prometí. Por supuesto, lo entiendo perfectamente. Solo quería consultártelo». —Otro silencio alterado por un murmullo. Luego Denise entonó un empalagoso buenas noches y colgó.

Regresé de puntillas al sofá mientras el gato se enredaba entre mis piernas. Iba y venía restregándose contra mis pantalones, mirándome a la cara desde abajo con un lejano desdén femenino.

—Vete —dije.

Denise entró en el salón con un vaso de cerveza espumosa en cada mano. Le dijo al gato:

—¿Crees que al señor antipático le gustan los gatitos?

El gato no le hizo caso.

Yo dije:

—Señora Grinker, hay una historia sobre Confucio, un filósofo chino anterior al comunismo.

—Sé quién es Confucio.

—Parece que un establo se incendió en un pueblo vecino, 11amémosle Bella City. Confucio quería saber si había habido víctimas humanas. No preguntó por los caballos.

Se sintió herida. La espuma se derramó por el borde de los vasos hasta sus dedos. Dejó los vasos sobre la mesa.

—Le pueden gustar las personas y también los gatos —dijo titubeando—. Tengo un hijo en la universidad, se lo crea o no. Incluso una vez tuve un marido. A saber dónde andará.

—Me pondré a buscarlo cuando acabe con este caso.

—No se moleste. ¿Se beberá su cerveza? —Se sentó en el borde del sofá y se secó los dedos con un pañuelo de papel.

—En este caso —dije— hay una mujer muerta y un hombre desaparecido. Si a su gato lo atropellara un coche y alguien se quedara con el número de matrícula del vehículo, usted querría que se lo dijeran. ¿Con quién estaba hablando hace un momento?

—Con nadie. Se habían equivocado. —Retorció el pañuelo húmedo entre sus dedos hasta convertirlo en un pequeño objeto parecido a un sombrero de mujer.

—Yo no oí que sonara el teléfono.

Me miró con una cara larga y culposa.

—Esa mujer es una de mis clientas. No puedo responder por ella. —La culpa era en parte moral, en parte económica.

—¿Cómo llegó ese sombrero a manos de Lucy Champion? ¿Se lo ha dicho su clienta?

—Por supuesto. Por eso no tiene sentido revelar su nombre. Lucy Champion era su criada. Se marchó hace tiempo sin avisar. Le robó el sombrero y otras pertenencias.

—¿Qué pertenencias? ¿Joyas?

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo contó un caballo. Quizá *caballo* no sea el término más adecuado. La señora Larkin se parece más a un poni.

Denise no reaccionó al oír el nombre. Sus veloces dedos habían moldeado maquinalmente el sombrero de papel hasta convertirlo en una réplica en miniatura del turbante negro y dorado. Reparó en su manualidad y se la lanzó al gato, que se abalanzó sobre ella.

La mujer meneaba la cabeza de un lado a otro. Los rulos metálicos del pelo chocaban entre ellos produciendo un sonido

apagado, como pensamientos inconexos.

—Todo esto es muy confuso. Venga, bebamos. —Levantó su vaso—. Por la confusión. Y por el velo universal que todo lo oculta.

Cogí mi vaso. Los muelles hundidos del sofá nos juntaron, hasta quedar hombro con hombro.

—¿De dónde sacó esa frase?

—Fui a la facultad, aunque parezca mentira. Eso fue antes de que tuviera un ataque de *artistitis*. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Archer.

—Usted no. La mujer a la que le robaron las joyas.

—Larkin. Seguramente es un alias. Su nombre de pila es Una.

—¿Bajita y morena? ¿Cincuentona? ¿Marimacho?

—Es Una. ¿Era clienta suya?

Denise casi hundió el ceño fruncido en su cerveza, dio un sorbo pensativo y se enderezó con un bigote de espuma.

—No debería hablar de esto. Pero si ella utiliza un alias tiene que haber gato encerrado. —Su expresión dubitativa se transformó en preocupación—. ¿No me mencionará al hablar con ella ni con nadie? Mi trabajo pende de un hilo. Tengo un hijo en la universidad. No puedo permitirme meterme en problemas.

—Una tampoco, o como se llame.

—Se llama Una Durano. Señorita Una Durano. Al menos así se la conoce por aquí. ¿De qué la conoce?

—Trabajé para ella durante un tiempo. —La tarde de aquel día parecía haber quedado muy lejos.

—¿De dónde es?

—Ni idea. Me interesa más saber dónde está.

—Yo podría decírselo —dijo Denise con un gesto amargo—. Vive en la finca Peppermill, la alquiló a principios de la primavera pasada. He oído que paga una fortuna: mil dólares al mes.

—¿Los diamantes son auténticos?

—Y tanto que son auténticos.

—¿Y dónde está exactamente esa finca Peppermill?

—Se lo diré. Pero no irá a verla esta noche, ¿verdad? —Me apretó fuerte el brazo—. Si lo hace, ella sabrá que se lo he contado yo.

—No son cuentos, Denise, es la vida real.

—Ya lo creo. Es «mi» vida real. Con los cien dólares que ella me pagó por ese sombrero pagué el alquiler de aquel mes.

—¿En qué mes fue eso?

—En marzo, creo. Fue el primer sombrero que compró en mi tienda. Desde entonces ha venido un par de veces más.

—Debe de quedarle bien, si es que algo le queda bien.

—Nada le queda bien. Carece de atributos femeninos. En cualquier caso, el turbante no era para ella. Lo pagó con un billete de cien dólares. Pero fue la otra mujer que venía con ella la que se lo probó y se lo llevó puesto. —Su mano seguía sobre mi brazo, como un pajarito que ha encontrado una rama donde pasar la noche. Sintió la tensión de mis músculos—. ¿Qué ocurre?

—Descríbame a la otra mujer.

—Una chica monísima, más joven que la señorita Durano. Una rubia escultural con los ojos azules más bonitos que he visto nunca. Con mi sombrero, parecía una princesa.

—¿Vivía con la señorita Durano?

—No lo sé, aunque las he visto juntas varias veces. La rubia solo vino a mi tienda aquella vez.

—¿Sabe su nombre?

—No, lo siento. ¿Es importante? —Sus dedos me cogían del antebrazo.

—No sé qué es importante y qué no. Pero usted me ha sido de gran ayuda. —Me levanté librándome de sus zarpas.

—¿No va a terminarse la cerveza? No puede ir allí a estas horas. Son más de las doce.

—Creó que echaré un vistazo al lugar. ¿Dónde es?

—Preferiría que no fuera. Prométame que no irá a hablar con ella esta noche.

—No debería haberla llamado —dije—. Pero le haré una promesa mejor. Si encuentro a Charlie Singleton, compraré el sombrero más caro que esté a la venta en su tienda.

—¿Para su mujer?

—No estoy casado.

—Oh. —Se atragantó—. Bueno. Para ir a la mansión Peppermill gire a la izquierda en el paseo marítimo y siga hacia la salida de la ciudad, hasta pasar por el cementerio. Es la primera finca grande después del cementerio. La reconocerá por los invernaderos. Y tiene una pista de aterrizaje propia.

Se levantó pesadamente y anduvo hacia la puerta. El gato había convertido el pañuelo de papel en jirones blancos esparcidos por la alfombra, como sucios copos de nieve.

15

Regresé al paseo marítimo y me dirigí hacia el sur. Una brisa fresca golpeaba en la ventanilla, se desviaba hacia mi rostro y me traía olor a mar y a humedad. Detrás de las silbantes palmeras, el mar oscilaba plateado bajo la luna.

El bulevar del paseo marítimo se desvió de la playa y encaré una pendiente con árboles de hoja perenne encorvados sobre la colina. Un muro de piedra apareció de repente junto al camino, amplificando el zumbido de los neumáticos y el murmullo del motor. Al otro lado del muro, unos ángeles de piedra señalaban al cielo y unos santos de hierro abrían sus brazos clamando una bendición.

El muro del cementerio se acabó de golpe, a lo que sucedió una valla de hierro con puntas de lanza. Al otro lado se vislumbraba una enorme extensión de monte, y más allá un campo llano con un hangar y una manga de aire flameando sobre el techo. Aminoré la velocidad.

Una puerta de hierro forjado separaba dos pilares con forma de obelisco, en uno de los cuales colgaba un letrero enorme: se vende. Me bajé del coche e intenté abrir la puerta, pero estaba cerrada con cadena y candado. Al otro lado de las barras se veía un camino largo y recto bordeado de cocoteros, y al final una casa enorme rodeada de cobertizos. El inclinado techo de cristal de un invernadero brillaba en el extremo de una de las alas.

Franqueé la entrada. Las hojas de hierro entre las barras me sirvieron como puntos de apoyo para pies y manos. Encendí la

linterna y avancé, apartándome del camino y trazando un amplio arco en medio de los hierbajos que me llegaban hasta la cintura. La luz de la luna me acompañó en el camino hasta la casa.

Era un edificio del renacimiento español con una considerable resaca de la Inquisición. En la amplia fachada había ventanas estrechas con herrajes ornamentales. En la segunda planta destacaba una ventana alargada y rectangular, iluminada por una luz amarilla y cubierta con un enrejado vertical. Podía verse parte del techo de la habitación, sobre el que se agitaban algunas sombras sin forma. Al cabo de un rato las sombras se acercaron a la ventana, agrupándose y adoptando una forma humana. Me puse de espaldas y me abroché la chaqueta hasta el cuello.

La cabeza y el torso de un hombre se hicieron visibles en la parte inferior del rectángulo amarillo. Alcancé a distinguir unos ojos oscuros en un rostro borroso y pálido, bajo el pelo enmarañado. Los ojos miraban al cielo. Levanté la vista. En el oscuro pozo de la noche, la luna brillaba rodeada de estrellas. Me pregunté qué estaría mirando el hombre de la ventana, o qué buscaría.

Se movió. Dos manos pálidas surgieron de su oscura silueta y se aferraron a las barras verticales que enmarcaban su rostro. Se balanceó ligeramente, dejándome apreciar un resplandor blanco a un lado de su cabeza enmarañada. Contrajo los hombros. Era como si intentara arrancar las barras de la ventana. Cada vez que lo intentaba y fracasaba, emitía un sordo gruñido gutural.

«Mierda —dijo—. Mierda. Mierda».

La palabra salió de su boca unas cuarenta o cincuenta veces, mientras su cuerpo forcejeaba y tiraba, sacudiéndose violentamente. Luego desapareció de la ventana, tan súbitamente como había aparecido. Seguí su sombra a lo largo del techo, hasta que se disolvió, perdiendo toda forma humana.

Me acerqué a la parte delantera de la casa, y caminé siguiendo el muro hasta una ventana de la primera planta en la que asomaba una luz tenue. La ventana daba a un largo pasillo de techo abovedado, y la luz provenía de una puerta abierta situada al final del pasillo.

Aguzando el oído, oí una especie de música, un hilo de jazz que rascaba y repicaba suavemente sobre el silencio.

Rodeé la casa por la izquierda, pasando por las puertas alineadas del garaje, una pista de tenis con hierbajos y un jardín hundido lleno de plantas suculentas. Al final del jardín había un barranco que se ensanchaba y formaba un peñasco suspendido sobre el mar. A sus pies, el mar se mecía como un tejado ondulado de metal hasta el horizonte.

Regresé. Entre la casa y el jardín había un patio en decadencia cercado con jardineras. Las mesas y las sillas estaban dañadas y oxidadas, como antiguas reliquias de los veranos muertos. Una luz proyectada desde una ventana en lo alto del muro iluminaba el mobiliario del patio. Detrás del muro, la música de jazz se oía más fuerte, como la música de una fiesta a la que no me habían invitado.

La ventana no tenía cortinas, pero su altura me impedía ver la sala. Solo se veía el techo y la parte superior de la pared del fondo. El revestimiento de roble estaba lleno de pinturas de mujeres marcando pecho y con gorros de encaje, y hombres bigotudos y delgados con trajes Victorianos. Eran los ancestros de alguien, no los de Una. A ella la habían sacado de un molde.

Si me ponía de puntillas, alcanzaba a ver la coronilla de la cabeza de Una, con sus rizos de oveja negra. Estaba sentada y quieta junto a la ventana. Había un hombre joven sentado delante de ella, visible del cuello para arriba. Tenía un perfil grueso y amorfo, la musculatura del rostro oculta por lorzas de carne bajo la barbilla y alrededor de la boca y los ojos. Tenía el pelo de color castaño, corto y encrespado. El foco de su atención se encontraba entre él y Una, por debajo del nivel de la ventana. Por el movimiento de sus ojos, supuse que estaban jugando a las cartas.

La música se detuvo y volvió a empezar. Era la misma vieja canción, *Sentimental Lady*, que volvía a sonar una y otra vez. Una, la sentimental, pensé, y justo en ese instante se oyó el aullido. Distante y amortiguado por las paredes de la casa, sonaba como un coyote

aullándole a la luna. O como un hombre. Se me erizaron los pelos de la nuca.

El vozarrón de Una se oyó al otro lado del cristal de la ventana.

«¡Por Dios! —dijo—. ¡Qué se calle de una vez!».

El joven de pelo corto se levantó y pude apreciar toda su figura. Vestía el traje blanco de una enfermera o un enfermero, pero no parecía que supiera desempeñar su oficio.

«¿Qué hago? ¿Lo traigo?». Apretó los puños con cierto aire femenino.

«Parece que no hay más remedio».

El aullido volvió a resonar. El enfermero volvió la cabeza hacia el lugar de donde provenía el grito, y se dirigió hacia allí, desapareciendo de la ventana y de mi vista. Una se puso de pie y enfiló en la misma dirección. Alcancé a ver sus hombros ceñidos con un pijama hecho a medida. Subió el volumen de la música, que inundó la casa como un oleaje intangible, y, como si se estuviera ahogando, el hombre empezó a gritar cada vez más fuerte. De repente, los aullidos dejaron de oírse y la música siguió sonando sobre el eco.

Luego se oyeron voces en la habitación. La voz de Una se mezclaba con la música: «Migraña… Un poco de paz… Sedantes». Y después el gruñido gutural que ya había oído antes, primero por lo bajo y luego por encima de la música: «No puedo. Es terrible. Están sucediendo cosas terribles. Tengo que detener esto».

«Tú tienes que parar. Para de una vez», dijo el joven enfermero riendo con disimulo.

«¡Déjalo en paz! —gritó Una salvajemente—. Déjale que suelte su rollo. ¿Quieres que grite toda la noche?».

Se produjo un silencio, solo alterado por la música. Me apoyé en una de las mesas oxidadas del patio. Parecía firme. Coloqué una silla encima y me subí. La mesa se tambaleó sobre su base, y tuve un momento de vértigo antes de que volviera a estabilizarse. Cuando me enderecé, mi cabeza estaba casi a la altura de la ventana, a tres metros de distancia.

En el fondo de la sala, Una estaba de pie, junto al tocadiscos. Bajó el volumen y se dirigió a la ventana. Me agaché rápidamente, pero ella no estaba mirando hacia afuera. Con expresión de rabia y paciencia, miraba al hombre que estaba en el centro de la sala. El hombre que exhibía un resplandor blanco a un lado de la cabeza, como una cicatriz luminosa.

Su cuerpo enjuto estaba envuelto en un albornoz de seda roja con hilos dorados que parecía haber tomado prestado de un hombre más corpulento. También su rostro parecía encogido bajo su piel. En lugar de mandíbula tenía una barba de gallo que se agitaba con el movimiento de su boca.

«Cosas terribles —empezó, y su voz gutural y rota resonó en el silencio de la sala—. Cosas terribles suceden todo el tiempo. Los perros de mi madre, yo los cogí. Crucificaron a mi padre. Yo lo vi en el monte al salir de la alcantarilla y vi los clavos en sus manos y él dijo “Mátalas a todas. Mátalas a todas”. Fueron sus últimas palabras. Entré en el túnel debajo del río, los chicos muertos en el suelo y los traperos pavoneándose con sus pistolas en los pantalones».

Se puso a insultar como si fuera la obscena mezcla de un inglés y un italiano.

El enfermero gordo estaba sentado en el brazo de un sofá de cuero. La luz de una lámpara de pie que estaba a su lado le confería el aspecto irreal de un elefante rosa. Su voz sonó como la de un fanático en un campo de fútbol.

«¡Continúa, Durano! ¡Tienes una memoria prodigiosa, chaval!».

Una fue hacia él como una flecha.

«Para ti, “señor”, bola de grasa. ¡Llámale señor!».

«Está bien, lo siento. Continúe, señor Durano».

El aludido levantó su rostro pálido exponiéndolo a la luz. Sus ojos negros brillaban sin profundidad, hundidos como trozos de carbón en la nieve.

«El fiscal del distrito —prosiguió gravemente— dijo que había ratas en el río. Él dijo: “Mátalas a todas”. Ratas en el agua que

bebemos, nadando en mi sangre, señor fiscal. Prometí quitármelas».

«Dale la pistola, por el amor de Dios —dijo Una—. Terminemos con esto».

«Por el amor de Dios —repitió Durano—. Lo vi en el monte al salir de la alcantarilla. Vi los clavos en sus manos. Los perros de mi madre, yo los cogí. Él me dio la pistola, me dijo: "Guárdala muchacho, tienes ratas en tu sangre". Yo dije que me las quitaría».

Su mano fina se deslizó por el albornoz como una comadreja en busca del bolsillo. La sacó vacía.

«Se llevaron mi pistola. ¿Cómo voy a deshacerme de las ratas si no tengo con qué hacerlo? —Levantó ambos puños con un gesto entre agónico y furioso, y se golpeó la frente—. ¡Devolvedme mi pistola!».

Una fue hasta el tocadiscos a paso veloz, como empujada por el viento. Subió el volumen y regresó donde estaba Durano, avanzando paso a paso en contra del viento imaginario que soplaba en la habitación. El enfermero gordo se levantó la bata y sacó una pistola de la cintura del pantalón. Durano se abalanzó sobre él débilmente. El enfermero no ofreció resistencia. Durano le arrebató el arma y retrocedió unos metros.

«¡Ahora! —dijo con autoridad. Soltó otra sarta de obscenidades, como si su boca estuviera llena de ellas y tuviera que escupirlas—. Ahora, vosotros dos, las manos a la cabeza».

El enfermero obedeció. Una se colocó a su lado con las manos en alto y un gesto inexpresivo.

«Eso es —farfulló Durano». Tenía cardenales en la frente donde acababa de golpearse. Su boca floja seguía moviéndose, pero con la música tan alta no podía oír lo que decía. Se inclinó hacia delante empuñando la pistola con ambas manos. Parecía que era el arma la que lo sujetaba a él en medio de un océano retumbante de ruido.

Una dijo algo en voz baja. El enfermero gordo bajó la vista con una leve sonrisa. Durano dio dos pasos atrás y le disparó tres veces. El enfermero cayó al suelo apoyando la cabeza en un brazo extendido, sin dejar de sonreír. Luego Durano disparó a Una otras

tres veces. Ella se dobló con una mueca histriónica y se desplomó sobre un diván. Durano recorrió la sala en busca de otras posibles víctimas. Al no encontrar a nadie más, se guardó la pistola en el bolsillo del albornoz. Era una pistola de juguete, me di cuenta cuando empezó a disparar.

Una se levantó del diván y volvió a bajar el volumen de la música. Durano no se sorprendió al verla. El hombre de blanco también se puso de pie y acompañó a Durano hasta la puerta de la sala. Durano se volvió con una sonrisa soñadora. Los cardenales de su frente comenzaban a hincharse.

Antes de que el enfermero se lo llevara, Una lo despidió con la mano, exageradamente, como una madre que se despide de su hijo. Luego se sentó a la mesa junto a la ventana y empezó a barajar las cartas. Una, la sentimental.

Me bajé de la mesa. Allí, en la playa, se oían las olas jugando con la arena, sorbiendo y gorjeando como niños idiotas.

Me dirigí a la parte de delante de la casa. La ventana enrejada de la segunda planta seguía iluminada, y se veían sombras en el techo. Me acerqué a la puerta principal, que era de roble tallado y medía unos cuatro metros de altura. Era el tipo de puerta a la que había que llamar con la culata de una pistola. Me detuve en un jardín de flores lleno de hierbajos, mirando por encima de la verja del pórtico mientras palpaba la culata de la pistola en el bolsillo de mi chaqueta. Y decidí dar por terminada la jornada.

No tenía pruebas ni una orden para detener a Una. Hasta que no tuviera una cosa u otra, sería mejor dejarla donde pudiera volver a encontrarla. En la seguridad de su seno familiar.

16

La señal del cruce de caminos de la montaña estaba agujereada por las balas de los cazadores. Del poste surgían cuatro flechas en distintas direcciones. Una apuntaba hacia el camino por el que había venido: ARROYO BEACH 10 KM. Otra hacia adelante: BELLA CITY 50 KM. La que apuntaba hacia la derecha decía EAGLE LOOKOUT 3 KM; y la de la izquierda SKY ROUTE. Había una quinta dirección, sin señalizar, en la que un halcón trazaba círculos en el aire. Era la madrugada de una mañana radiante.

Di la vuelta y me dirigí a Sky Route por un camino de grava que bordeaba la falda de la montaña. A mi izquierda, la montaña descendía hacia un cañón desde el que se veían algunos tejados. Más allá del cañón, el mar reposaba sereno en la distancia como el vino en una copa, bordeado por la fina costa blanca de Arroyo Beach.

Pasé por delante de varios buzones plantados en las entradas de caminos empinados. El buzón 2712 tenía una inscripción en letras mayúsculas rojas: HIGH HOLME ROAD, SEÑOR H. WILDING. El camino de Wilding se fue ensanchando hasta que llegué a un claro al pie del cañón. En la parte posterior del claro había una pequeña casa de piedra entre los robles.

Fuera de la casa había pollos rascando el suelo. Un perro de caza me apuntó con su hocico gris y arqueó una ceja, negándose a apartarse del camino de la entrada. Reduje la marcha, pasé por su

lado, y el perro ladró apáticamente sin moverse de su sitio. Un ganso echó a correr hacia el coche entre aleteos y graznidos, virando en el último momento para refugiarse entre los árboles. En el bosque, al pie del cañón, una pandilla de niños ululaban como indios.

El hombre que salió de la casa podía pasar por indio. Solo llevaba unos pantalones cortos sucios, y el bronceado de su torso le hacía parecer casi negro. El cabello negro y liso, con algunas canas, le tapaba las orejas.

—Hola —me saludó, rasgueando un intento de acercamiento—. ¿No hace un día precioso? Espero que sepa apreciar esta luz. Es especial. Whistler habría sido capaz de plasmarla en un cuadro, yo no.

—¿Señor Wilding?

—Así me llamo. —Me tendió una mano manchada de pintura—. Es un placer verle. A usted y a quien sea. ¿Nunca ha pensado que la luz crea paisajes, que el mundo en cierto modo vuelve a crearse cada día? Al menos para mí.

—Nunca he pensado en ello.

—Pues hágalo —dijo fervientemente—. La luz crea paisajes a partir del caos oscuro de la nada. Nosotros, los pintores, solo los recreamos. Cada día, al salir de casa, no puedo evitar sentirme como Dios en el segundo día de la creación. ¿O fue el tercero? En realidad, no importa. Yo vivo al margen del tiempo. Vivo en un espacio puro.

—Mi nombre es Archer —dije antes de verme ahogado bajo una verborrea torrencial—. Hace dos semanas…

—Siento haber sido grosero. Rara vez hablo con alguien, y cuando lo hago no puedo parar. ¿Archer, ha dicho? Archer significa arquero. ¿Por casualidad es usted sagitario, el signo del arquero? Porque, si lo fuera, sería divertido —concluyó sin convicción.

—Curiosamente Sagitario es mi nombre de pila. Es más divertido de lo que usted pensaba.

Wilding soltó una carcajada, como si fuera un pájaro imitando burlonamente la risa de los humanos. Los chicos en el bosque

respondieron a su risa con un eco ululante.

—¿De dónde ha salido usted? —dijo—. Pase y tome una taza de té. Acabo de prepararlo.

—Soy detective.

—¿Está investigando el caso Singleton?

—Así es.

—Ah. —No insistió en la invitación al té—. No hay nada que pueda contarle que no se lo haya contado ya a otra gente.

—Trabajo por mi cuenta. No he hablado con nadie, y no tengo ni idea de lo que saben o lo que piensan. Mi intuición me dice que está muerto.

—¿Charles, muerto? —La sorpresa u otro tipo de emoción contrajo su cara de indio hasta dejarla arrugada—. Sería una pena. Solo tiene veintinueve años. ¿Por qué cree que está muerto, señor Archer?

—Por analogía. Ayer mataron a una mujer, al parecer porque estaba al tanto de lo que había sucedido con él.

—¿Mataron a la rubia?

—A una mujer de color.

Le hablé de Lucy.

Se puso en cuclillas a lo indio, con los codos apoyados en las rodillas, e hizo un dibujo en la tierra con un dedo. Era una máscara larga con forma de ataúd, que se parecía un poco a su cara. Un gallo se acercó y le picoteó en la mano.

Wilding se levantó y se dio un golpecito en la frente con la mano con que había dibujado el ataúd.

—He aquí la capacidad para producir símbolos en su forma más primitiva. A veces me pregunto si mi santa madre no engañaba a mi padre con un navajo. —Borró el dibujo con la sandalia, mientras seguía hablando sin respiro—. El pintor produce objetos a partir de los hechos. El poeta produce palabras a partir de los hechos. ¿Qué hace un hombre de acción, señor Archer? ¿Padecer los hechos?

—Su amigo Singleton los padeció, al menos eso creo. Tengo entendido que era su amigo, o que lo es.

—Lo era. Conozco a Charles desde que iba al colegio. Antes de que mis cuadros empezaran a venderse, yo daba clases en el liceo de Arroyo Beach. Y él solía venir aquí en verano. Desde aquí se puede ver su cabaña.

Señaló hacia el norte, a lo largo del cañón. En el extremo, a un kilómetro de distancia, se avistaba una construcción de troncos pulidos que brillaba pálidamente entre los robles.

—Yo le ayudé a construirla en el verano de 1941. Es un refugio para traerse a los ligues, pero Charles siempre lo llamó «estudio». Volvió de Harvard con la idea de convertirse en poeta. En casa de su madre se sentía cautivo y asfixiado, tanto por la casa como por su madre. No sé si los conoce, pero es una familia muy tradicional, y no es la clase de tradición apropiada para un poeta en ciernes. Charles venía a aquí para escapar de aquello. Decía que este cañón era su valle privado para forjar su alma.

—Me gustaría echarle un vistazo a su cabaña.

—Le acompaño.

Wilding se dirigió impulsivamente hacia mi coche, y yo le seguí. Conduje muy despacio y giré a la izquierda en el camino de grava por el que había venido. El segundo buzón por el que pasamos llevaba el nombre de Singleton. Volví a girar a la izquierda por un camino que descendía. A medio kilómetro del fondo del cañón, la cabaña de troncos reposaba sobre un saliente natural. Al aparcar delante me di cuenta de que estaba precintada por la policía.

Miré a Wilding.

—No me dijo que estaba precintada. ¿El comisario cree que hay indicios de violencia?

—El comisario no confía en mí —dijo agriamente—. Cuando le dije que había oído un disparo, no me creyó.

—¿Un disparo?

—Perdone, supuse que ya lo sabía. Oí un disparo que venía de aquí, el sábado por la noche. En ese momento no le di mucha importancia, ya que oigo disparos a menudo, dentro y fuera de la temporada de la caza. A la semana siguiente, cuando vinieron a

preguntarme, lo mencioné. Creo que entonces registraron la propiedad a fondo, pero no encontraron la bala.

—Sería difícil, si estaba dentro del cuerpo de Singleton.

—Dios no lo quiera —dijo—. ¿De verdad cree que dispararon a Charles aquí arriba, en su cabaña?

—La policía debe pensar que ocurrió algo, o no habrían colocado la cinta. ¿Qué más oyó el sábado por la noche?

—Nada más, eso es todo. Un disparo a eso de las once, y ya está. Coches que pasaban, pero sería el tráfico habitual de la carretera por la noche.

Wilding se acercó a la ventana que había junto a la puerta principal de la cabaña. Se puso de puntillas y miró al otro lado de las cortinas marrones que cubrían parcialmente la ventana. Eché un vistazo por encima de su hombro. Se veía una habitación cuadrada y luminosa, amueblada con un lujo primitivo: madera pulida, paños caseros, cobre. Todo parecía estar ordenado y en su sitio. Encima de la chimenea, un joven guapo pintado al óleo proyectaba su mirada desde un marco blanqueado de madera, por encima de nosotros, hacia el cañón iluminado por el sol.

—Ése es Charles —susurró Wilding, como si el chico de la foto pudiera oírle—. Yo lo pinté y se lo regalé. A los veinte parecía un pequeño Shelley. Me temo que ya no. Charles perdió su talento imaginativo durante la guerra, cuando se juntó con aquella mujer. O puede que fuera a causa de la guerra. Tengo prejuicios contra las mujeres. Soy un soltero empedernido.

—¿La que ha mencionado es la rubia?

—¿La he mencionado? No quería hacerlo. —Se volvió y apoyó una mano en mi hombro—. Dígame, amigo, ¿es usted uno de los que trabaja para la señora? Porque si es así no quiero contarle nada más. Ya se lo he contado todo al comisario.

—Lo que me cuente quedará entre nosotros.

Sus ojos negros exploraron mi rostro como escarabajos en busca de comida.

—Ya que estamos en el ajo, ¿qué interés tiene usted por Charles?

—La chica que acompaña a la señora Singleton me contrató.

—¿Sylvia Treen? Es un encanto, está loca por Charles, creo. Pero no sabía que…

—Ella sabe lo de la rubia.

—Sí. Yo se lo conté. Pensé que, a la larga, sería lo mejor. Charles no iba a casarse con Sylvia. No es de los que se casan. Lo que no le dije a Sylvia es cuánto llevaban juntos.

—Ella dijo que se conocieron este verano.

—Yo he dejado que crea eso. La verdad es que la relación empezó hace siete u ocho años. Charles me la presentó el año que entró en las Fuerzas Aéreas. Su nombre era Bess, no recuerdo el apellido. Era muy joven y atractiva, de un colorido maravilloso. Perfecta en todo sentido, hasta que abría la boca. Pero mejor me callo. —No se calló—. Charles siempre tuvo cierta tendencia proletaria, ¿sabe? Pese o debido a ello, era un caso de amor verdadero. Los niños estaban locos el uno por el otro. No debería decir niños. Ella no era una niña. Tengo entendido que ella estaba casada. Lo que, sin duda, era ideal para Charles. —Reflexionó y añadió—: Tal vez debería haberse casado con ella.

—¿Cree que ella le disparó?

—No tengo motivos para pensarlo. Es posible. Siete años esperando a que un joven se decida es mucho tiempo para una señorita.

—¿Ella estaba aquí la noche en que él desapareció?

—No lo sé. Vi luz en la cabaña. Pero la verdad es que a ella llevaba varias semanas sin verla. Tengo la impresión de que venían juntos muy a menudo durante el verano, casi cada sábado por la noche.

—¿Y antes?

Se apoyó en la puerta, cruzó los delgados brazos bronceados sobre el pecho y se quedó pensando.

—No venían muy a menudo, eso seguro. Bess vino por primera vez en el verano de 1943, entonces la conocí. Yo quería pintarla. Charles era terriblemente posesivo y no volvió a invitarme cuando ella estaba aquí. Después de aquel verano no volví a verla hasta 1945, cuando Charles dejó las Fuerzas Aéreas. Durante los siguientes dos o tres años la vi de lejos bastante a menudo. Luego Charles regresó a Harvard en otoño de 1948 para estudiar Derecho, y no volví a verlos hasta esta primavera. Es posible que ella se haya ido a Cambridge con él. Yo nunca le preguntaba por ella.

—¿Por qué?

—Es celoso, como ya he dicho, y muy reservado con su vida privada. En parte es culpa de su madre. La actitud de la señora Singleton con respecto a la libido es, como mínimo, austera.

—¿Así que no sabe de dónde venía, adónde iba, qué hacía en Arroyo Beach, con quién estaba casada?

—Mi respuesta a todas esas preguntas es no.

—¿Puede describirla?

—Si encuentro las palabras… Era una joven Afrodita, una Venus de Velázquez con una cabellera nórdica.

—Inténtelo de nuevo, señor Wilding, en un lenguaje más claro.

—Una Afrodita nórdica emergida del Báltico. —Sonrió en un gesto evocador—. Era perfecta, hasta que abría la boca. Entonces era dolorosamente evidente que no sabía hablar, si se puede decir así, en el sentido de que provenía de un entorno social bárbaro.

—O sea que era una rubia de ojos azules, pero no una dama.

—Azul báltico —matizó—. El cabello, claro como el maíz. Casi demasiado espectacular para una pintura seria, pero me habría encantado pintarla desnuda. —Sus ojos alumbraban una figura en el aire—. Que Charles no me oiga…

—¿Podría dibujarla de memoria? —pregunté.

—Podría, si quisiera. —Dio una patada al suelo como un chico rebelde—. Hace años que no trabajo con seres humanos. Mi preocupación actual es el espacio, iluminado por el ininteligible resplandor de la naturaleza, no sé si me entiende.

—No.

—Es igual, no utilizo mi arte ni dejo que se utilice.

—Vaya. Unos principios muy elevados. Está usted más allá de todo. Pero quizás un amigo suyo esté en problemas. La mayoría de la gente dejaría sus principios y haría todo lo posible para ayudar.

Me lanzó una mirada amarga. Pensé que iba a echarse a llorar. Pero soltó otra de sus carcajadas inhumanas que resonó en el cañón como el graznido de una gaviota perdida.

—Creo que tiene razón, señor Sagitario. Lléveme a casa y veremos qué puedo hacer.

Al cabo de media hora salió de su casa agitando el papel con el dibujo.

—Aquí tiene, he sido tan figurativo como he podido. Lo he rociado con una capa de laca, así que no intente doblarlo.

Cogí el dibujo. Era un esbozo en color de una mujer joven. Las trenzas rubias formaban una diadema sobre su cabeza. Los ojos tenían el suave brillo opaco de un azulejo. Wilding había captado su belleza, pero ella era mayor de lo que parecía en la pintura.

Adivinó lo que yo estaba pensando.

—La he pintado como era cuando la vi por primera vez. Ésa es la imagen que tengo de ella. Ahora será unos siete u ocho años mayor.

—Y ha cambiado de color de pelo.

—Entonces la conoce.

—No muy bien. Tendré que conocerla mejor.

17

Subí las escaleras de la entrada de la casa del doctor Benning y llamé al timbre. Un trozo de cartón pegado con cinta adhesiva reemplazaba el cristal que había roto la última vez. El doctor Benning salió en mangas de camisa y tirantes. Su pelo sin peinar consistía en una ristra de hierba seca alrededor de su calva rosada. Tenía el aspecto de un hombre agotado, hasta que habló con una voz nítida e impaciente.

—¿Qué desea? ¿Usted no estuvo aquí ayer por la tarde?

—No vengo por una consulta, doctor.

—¿Entonces por qué viene? Acabo de levantarme.

—¿Ha venido a verle la policía?

—No. ¿Es usted policía?

—Soy detective, trabajo para la policía. —Le enseñé mi placa—. Estamos investigando el asesinato de una chica de color llamada Lucy Champion. Ayer por la tarde estaba en su consulta.

—¿La siguió hasta aquí?

—Sí.

—¿Le importaría decirme por qué?

Bajo la fuerte luz de la mañana tenía una mirada pálida y cansada.

—Me contrataron para que lo hiciera.

—¿Y ahora está muerta?

—La perdí de vista. Cuando la encontré, ayer por la tarde, le habían cortado el cuello.

—Es extraño que no haya venido a verme antes. Parece que soy una de las últimas personas que la vio con vida, ya que ayer estuvo aquí.

—Intenté verle anoche. ¿No se lo ha dicho su mujer?

—No he hablado con ella desde ayer. No se encuentra bien. ¿Quiere pasar? Permítame que termine de vestirme y estaré encantado de colaborar con usted en la medida de lo posible.

Me hizo pasar a la sala de espera. Oí que sus pasos se perdían en las escaleras mientras subía al segundo piso. Bajó al cabo de diez minutos con un traje azul arrugado y recién afeitado. Se apoyó en la mesa de la recepcionista, encendió un cigarrillo y me ofreció el paquete.

—No fumo antes del desayuno, gracias.

—Es una tontería que yo lo haga. Siempre advierto a mis pacientes que no fumen con el estómago vacío. Pero así somos los médicos. Prevenir es nuestro lema, y la mitad de nosotros muere prematuramente por trabajar en exceso. Médico, cúrate a ti mismo. —Los modales profesionales de Benning eran acordes al traje que se había puesto.

—Hablando de muertes prematuras… —dije.

—No debería hablar tanto. —Su sonrisa conservaba vestigios de un encanto juvenil—. Es una mala costumbre que he adoptado por intentar establecer una relación con los pacientes. Con respecto a esta paciente, Lucy Champion, dice usted que le cortaron el cuello, señor… Archer, ¿no?

—Sí, Archer. Y sí, le cortaron el cuello.

—¿Y qué clase de información quiere que le proporcione?

—Todo lo que pueda decirme, en términos profesionales y personales. ¿Fue ayer la primera vez que ella vino a la consulta?

—Creo que fue la tercera. Tiene que disculparme por el desorden de los historiales médicos. Últimamente no he tenido mucha ayuda. Y además hay muchos pacientes sin cobertura médica que vienen una

vez y pagan en efectivo. Es bastante habitual entre la gente…, en fin, pobre. Así que no siempre llevo un registro completo de mis pacientes, excepto en la contabilidad. Recuerdo que ella ya había estado aquí dos veces. La segunda visita fue a mediados de la semana pasada, me parece, y la primera, la semana anterior.

—¿Quién la enviaba?

—Su casera, la señora Norris.

—¿Conoce a la señora Norris?

—Por supuesto. Ha trabajado de enfermera para mí en varias ocasiones. En mi opinión, Anna Norris pertenece a la clase más elegante de mujer negra, o completamente oscura, como diría ella.

—Su hijo es sospechoso de este asesinato.

—¿Alex? —Movió una pierna nervioso y golpeó el borde del escritorio con el tacón—. ¿Por qué demonios está bajo sospecha?

—Estaba en la escena del crimen. Cuando lo detuvieron, se asustó y huyó. Es probable que aún siga prófugo.

—En cualquier caso, ¿no es poco probable que lo haya hecho Alex?

—Eso creo. El teniente Brake no piensa lo mismo. Alex intimaba con la chica, ya me entiende. Se iban a casar.

—¿No era ella mucho mayor que él?

—¿Qué edad tenía la chica?

—Yo diría que veinticinco. Era enfermera con varios años de experiencia.

—¿Qué problema tenía?

Una cola de ceniza cayó del cigarrillo. Distraídamente, la incrustó en la alfombra con la punta gastada de su zapato negro.

—¿Problema?

—Usted la estaba tratando, ¿verdad?

—Nada serio, en realidad —respondió tras una pausa—. Tenía un problema intestinal, creo que se debía a un espasmo de colon. Lamentablemente, sabía mucho de enfermedades, y muy poco a la vez. Creía que padecía una patología grave. Por supuesto, no era así. Era una dolencia psicosomática. ¿Me entiende?

—Más o menos. Quiere decir que los síntomas estaban causados por los nervios.

—Yo no diría por los nervios. —Benning se preparaba para explayarse haciendo gala de su conocimiento superior—. La causa de las enfermedades psicosomáticas es la personalidad en su conjunto. En nuestra sociedad, una persona de raza negra, en especial una con formación como la señorita Champion, a menudo está sometida a frustraciones que podrían conducirla a una neurosis. A veces, una personalidad fuerte convierte una neurosis incipiente en un problema físico. Lo estoy exponiendo en términos generales, pero ése era el caso de la señorita Champion. Sufría restricciones en su vida, por decirlo así, y la frustración se manifestaba en un problema gástrico. —Hizo una pausa para respirar.

—¿Qué estaba haciendo en Bella City?

—Ya me gustaría saberlo. Ella decía que buscaba trabajo, pero yo creo que no estaba matriculada en California. Pagaría lo que fuera por conocer sus antecedentes sociales.

—Era de Detroit. De una familia pobre y analfabeta. ¿Eso ayuda?

—No me basta para conocer su historial psicológico.

—¿Por qué es tan importante su historial psicológico?

—Pude observar que el miedo a la enfermedad no era su única fobia. Tenía un miedo más general y profundo que se manifestaba de varias maneras. Traté de explicárselo, de ofrecerle cierta perspectiva interior, pero no estaba preparada. Se rompió y se echó a llorar en mi hombro. Entonces sus otros miedos se hicieron palpables.

—¿De qué tenía miedo?

Extendió las manos como un profesor.

—Es difícil saberlo. No soy psiquiatra, aunque intento mantenerme al día en esa materia. —Recorrió con la mirada la sórdida sala de espera, y en un extraño impulso añadió—: Es mucho más de lo que puede decirse de mis colegas en esta desolada ciudad.

—¿Su miedo era real o imaginario?

—Ésa es precisamente la pregunta a la que no puedo responder sin saber algo más de ella. —Los pensamientos le empañaron la mirada—. El miedo es siempre real en términos subjetivos. La pregunta correcta acerca del miedo sería si es relevante, si está justificado por una situación determinada. En este caso parece que sí. La señorita Champion creía que la perseguían, que iban a matarla.

—¿Le dio más detalles?

—No. Yo no tenía tiempo para ganarme su confianza. Y ella nunca mencionó esa sensación de persecución hasta ayer. Usted ha estado investigando su vida y su muerte, señor Archer. ¿Realmente había alguien que la perseguía y que al final le dio caza?

—No lo sé. Le estaba siguiendo la pista, hice mal mi trabajo y ella se dio cuenta. Si ya tenía miedos, puede que eso haya sido el detonante. —Hice una pregunta que no quería hacer—. ¿Cree que ella pudo quitarse la vida por miedo?

El doctor Benning iba y venía por un tramo gastado de la alfombra que unía una puerta con la otra. Se detuvo delante de mí con una expresión de disgusto.

—Voy a ser sincero con usted. En ese sentido, ella me preocupaba. Por eso hice todo lo posible por aquietar sus miedos.

—¿Creía que ella tenía tendencias suicidas?

—Lo consideré una posibilidad. Es todo lo que puedo decir. No soy psiquiatra. —Volvió a extender las palmas de las manos en un gesto de incómoda impotencia—. ¿Podría afirmarse por la herida que se trata de un suicidio?

—El corte era demasiado profundo para que se lo hiciera ella sola. El teniente Brake y el forense pueden responder mejor que yo a esa pregunta. Y el teniente querrá que usted preste declaración.

—Ahora mismo. ¿Va a usted para la comisaría?

Mi respuesta fue afirmativa. Benning cogió su sombrero. Con la calva cubierta parecía mucho más joven, pero no lo bastante atractivo o adinerado para estar casado con la mujer con la que compartía su vida.

Antes de salir, se asomó a la escalera y alzó la voz:
—Salgo un momento, Bess. ¿Necesitas algo?
No hubo respuesta.

18

El ayuntamiento de ladrillo blanco ennegrecido se distinguía de los almacenes y edificios de oficinas de la zona por un asta de bandera sin bandera que se alzaba en su parcela de hierba seca. En la parte trasera, una rampa de hormigón unía el aparcamiento con una puerta verde rajada, la entrada principal del departamento de policía. Benning se detuvo delante de la puerta y sonrió para sí mismo con malicia.

—El descenso a los infiernos —comentó.

En el pasillo verde del interior, algunas bombillas colgadas del techo proyectaban una luz crepuscular. Un murmullo humano, enrevesado y persistente, se mezclaba con un intenso olor a cera, a líquido para limpiar metales, a desinfectante, sudor, miedo y pobreza. En el rincón más alejado y sombrío, delante de la puerta que ponía SARGENTO DE GUARDIA, había una figura enorme y oscura sentada en un banco de madera.

Era una mujer negra con un abrigo negro. El pelo que asomaba por debajo del ala de su sombrero de fieltro negro era del color y la textura de un estropajo de acero. Se volvió hacia nosotros, y enseguida la reconocí.

Benning habló primero.

—¡Señora Norris! —Y se dirigió hacia ella con las manos extendidas.

Ella se las cogió, levantando hacia él su oscuro rostro de plomo.

—Me alegro de verle, doctor.

En la penumbra, la nariz, la boca y la barbilla parecían una roca negra erosionada por los años. Solo sus ojos estaban dotados de vida, y brillaban pesarosamente.

—Han detenido a Alex. Le acusan de asesinato.

—Debe de haber un error —dijo el doctor en voz baja—. Sé que es un buen chico.

—Es un buen chico. —La mujer me miró con gesto interrogante.

—Señora Norris, éste es el señor Archer. Trabaja en el caso. El señor Archer acaba de decirme que cree que Alex es inocente.

—Gracias, señor Archer, y encantada de conocerle.

—¿Cuándo le detuvieron?

—Esta mañana temprano, en el desierto. Intentaba salir del Estado. El coche se le estropeó. Ha sido una tontería que intentara huir. Ahora que le han cogido, es peor para él.

—¿Le ha conseguido un abogado? —preguntó Benning.

—Sí, tengo al señor Santana. Está en Sierra durante el fin de semana, pero su ama de llaves se ha puesto en contacto con él.

—Santana es un buen hombre. —El médico le dio una palmadita en el hombro y se acercó a la puerta del sargento de guardia—. Hablaré con Brake y veré qué puedo hacer por Alex.

—Sé que Alex puede contar con usted, doctor.

Sus palabras estaban llenas de esperanza, pero la cabeza y los hombros se hundieron en la resignación. Al advertir mi intención de sentarme, se ciñó el abrigo y se hizo a un lado, dejando escapar un suspiro involuntario. Me senté sobre un caos de letras grabadas en la madera blanda del banco.

—¿Conoce a mi hijo, señor Archer?

—Ayer hablé con él.

—¿Y cree que no es culpable?

—Así es. Parecía tenerle mucho cariño a Lucy.

Frunció los labios sospechosamente y dijo en voz baja:

—¿Por qué lo dice?

—Él mismo me lo dijo. Además, lo demostraba.

Eso la sumió en el silencio. Su tímida mano negra apenas tocó mi brazo y se retrajo para volver a su regazo. Un fino anillo dorado de boda se escondía hasta casi perderse de vista entre los pliegues de su dedo anular.

—¿Está de nuestro lado, señor Archer?

—Estoy del lado de la justicia, cuando puedo encontrarla. Cuando no la encuentro, estoy con el más débil.

—Mi hijo no es el más débil —dijo con orgullo.

—Me temo que lo tratarán como si lo fuera. Existe la posibilidad de que Alex sea falsamente incriminado por este asesinato. La única manera de evitarlo es acusando al asesino. Y tal vez usted pueda ayudarme. —Respiré hondo.

—Creo que usted es un hombre recto, señor Archer.

Dejé que lo creyera.

—Estoy dispuesta a decir o hacer lo que sea necesario —continuó—. Lo que dijo antes es cierto. Mi chico estaba loco por esa mujer. Quería casarse con ella. Hice todo lo que estaba a mi alcance para impedirlo, todo lo posible. Alex solo tiene diecinueve años, es demasiado joven para pensar en casarse. Yo quiero que estudie. Intenté explicarle que, en este país, una persona completamente oscura no es nadie sin una educación que la sustente. Y Lucy no era una mujer para él. Era mayor que Alex, cinco o seis años mayor, y era muy lanzada. Ayer la eché de mi casa, y después la mataron. Confieso que cometí un error. Desaté mi rabia contra ella. Ella no tenía ningún sitio adonde ir. Si hubiera sabido lo que iba a ocurrirle, habría dejado que se quedara con nosotros.

—No tiene que culparse. Creo que lo que ocurrió tenía que pasar.

—¿Eso cree?

—Ella cargaba con demasiado peso.

—Sí. A mí también me lo parecía. Ella tenía miedo. —La señora Norris se inclinó hacia mí con simpatía de confidente—. Desde el principio tuve el presentimiento de que Lucy Champion traería mala suerte tanto a mí como a mi casa. Venía de Detroit, y yo viví allí cuando Alex era pequeño. Anoche, cuando me enteré de su

asesinato, fue como si todo aquello que siempre había temido que nos ocurriera a mí y a Alex, cuando nos mudábamos de ciudad en ciudad tratando de sobrevivir a la Depresión, como si todos esos miedos se convirtieran en realidad para nosotros, aquí, en este valle. Después de tantos años trabajando y luchando para mantener un nombre respetable…

Miré en el interior de sus ojos negros y profundos que conducían a un pasado oscuro. No se me ocurrió nada que decir.

—No me he expresado bien —dijo con renovada energía—. No es mi nombre lo que me importa, sino mi hijo. Creo que si pudiéramos dejar estas grandes ciudades del norte e instalarnos en un lugar decente, yo podría darle la educación que su padre habría querido para él. Pero ahora está detenido.

—¿Dónde está su padre? Su presencia ayudaría.

—Sí, ayudaría. El padre de Alex murió en la guerra. El señor Norris era suboficial de la Marina de los Estados Unidos. —Echó el aire por la nariz con la fuerza y el efecto de un signo de exclamación, y se le humedecieron los ojos.

Esperé un momento, y dije:

—¿Cuándo llegó Lucy Champion a su casa?

—Llegó en taxi un domingo por la mañana, antes de ir a la iglesia. Debió de ser hace dos semanas. No me gusta trabajar los domingos, pero no tenía derecho a enviarla de vuelta por motivos religiosos. En esta ciudad, los hoteles decentes no reciben a personas como ella, y la mayoría de las casas donde puede alojarse nuestra gente ofrecen habitaciones en las que ni siquiera un perro podría vivir. Ella iba bien vestida y sabía hablar. Me dijo que estaba de vacaciones y que quería alojarse en una casa particular. Yo tenía una habitación libre desde la primavera, y con Alex a punto de empezar la universidad, necesitaba dinero.

»Parecía una personita tranquila, aunque era nerviosa y tímida. Apenas salía de su habitación, si no era para comer. Se preparaba ella misma el desayuno y cenaba con nosotros. El alojamiento incluía la comida.

—¿Comía bien?

—Ahora que lo menciona, la verdad es que no. Picoteaba como un pajarito. Le pregunté un par de veces si le gustaba mi comida, pero sus respuestas eran vagas.

—¿Le habló de alguna enfermedad?

—Nunca, señor Archer. Un momento, sí que lo hizo. Tenía problemas con su estómago. Algo de los nervios.

—Y usted la envió al doctor Benning.

—Así es. Le dije que si necesitaba un médico, él era el apropiado. Si se hizo visitar o no, no lo sé.

—Pue a verle. ¿Nunca hablaron del doctor Benning?

—No, que yo recuerde, salvo aquella vez que se lo recomendé.

—¿Mencionó ella a la señora Benning?

—¿La señora Benning? El doctor Benning no está casado, que yo sepa.

—Anoche conocí a su mujer, en su casa. Al menos a una mujer que se hacía llamar señora Benning.

—Debe de referirse usted a Florida Gutiérrez. Trabaja para el doctor, pero él no se casaría con ella. El doctor no se casaría, no después del disgusto que se llevó con su primera esposa.

—¿Se quedó viudo?

—Se divorció. —Lo dijo con aspereza, sin ocultar su desaprobación. Rápidamente añadió—: No es que culpe al doctor, excepto por haber cometido la tontería de casarse con una mujer mucho más joven que él. Ella era una ramera, una ramera rubia que lo maltrataba sin vergüenza. Todo terminó como yo esperaba. Ella se largó y se divorció de él. Al menos eso es lo que he oído. —Se enderezó bruscamente—. Tengo que lavarme la boca después de andar repitiendo cotilleos y chismes en el día del Señor.

—¿Cómo se llamaba, señora Norris?

—Elizabeth Benning. El doctor la llamaba Bess. Su nombre de soltera no lo conozco. Se casaron durante la guerra, cuando él era el médico oficial de la Marina. Eso fue antes de que nosotros llegáramos a la ciudad.

—¿Y hace cuánto que ella le dejó?

—Fue hace dos años, más o menos. Se le ve mucho mejor desde que no está con ella, aunque nunca me he atrevido a decírselo.

—Parece que ella ha regresado.

—¿Qué dice? ¿Está en su casa?

Asentí.

Volvió a fruncir la boca. Me miró con un rictus de desconfianza, la que los hombres blancos habían inspirado en gente como ella a lo largo de generaciones.

—¿No irá a repetir lo que he dicho? Tengo una lengua viperina y todavía no he aprendido a callarme.

—Estoy aquí para ayudarle, no para causarle más problemas.

Después de una pausa, respondió lentamente:

—Y yo le creo. ¿Es verdad que ella ha vuelto con él?

—Está en la casa. ¿Lucy nunca se lo mencionó? Ella ha visitado al doctor tres veces, y la señora Benning ha estado trabajando como recepcionista.

Su respuesta fue tajante.

—Lucy nunca lo mencionó.

—El doctor me dijo que usted tiene experiencia como enfermera. ¿Cree que Lucy presentaba síntomas de alguna enfermedad física o mental?

—A mí me parecía una mujer sana, a pesar de sus hábitos alimenticios. Claro que cuando la gente bebe, a menudo no come.

—¿Ella bebía?

—Con dolor y vergüenza, me di cuenta de que era una bebedora. Y ya que habla de salud, señor Archer, hay algo que me ha estado rondando.

Abrió la cremallera de su bolso negro, rebuscó en el interior y sacó un termómetro en un estuche de cuero sintético negro. Me lo entregó.

—Lo encontré en el botiquín de su habitación cuando ella se fue. No lo agite. Quiero que vea la temperatura.

Abrí el estuche y giré la fina varilla de cristal hasta ver la columna de mercurio. Marcaba cuarenta y dos grados.

—¿Está segura de que era de Lucy?

Señaló las iniciales L. C. escritas en el estuche.

—Sin duda era suyo. Ella era enfermera.

—No puede haber tenido esta temperatura, ¿verdad? Cuarenta y dos grados es mucho.

—Lo es, incluso para un adulto. Ni siquiera yo lo entiendo. ¿Cree que debería enseñárselo a la policía?

—Yo me ocuparé, si le parece bien. Mientras, ¿podría decirme algo más acerca de sus hábitos? Dice usted que era tímida y callada.

—Y tanto que lo era, al principio, muy reservada. Por las noches no hacía más que sentarse en su habitación con un pequeño gramófono portátil que traía consigo. Para una mujer joven, era una manera extraña de pasar sus vacaciones, y se lo dije. Ella se echó a reír, pero no de un modo divertido. Era una risa histérica, y entonces me di cuenta de la tensión con la que cargaba, y empecé a sentir esa tensión en el ambiente cuando ella estaba en la casa. Estaba allí veintitrés horas al día.

—¿Recibía visitas?

Dudó.

—No, nunca recibió visitas. Se sentaba en su habitación y ponía esa música de *jazz* que pasan por la radio. Luego descubrí que bebía. Un día estaba limpiando su habitación mientras ella estaba en el centro, durante el almuerzo. Abrí un cajón para poner papel perfumado en el fondo y me encontré botellas de whisky, tres o cuatro botellines vacíos. —La indignación le impidió continuar.

—Tal vez le ayudaba a calmar los nervios.

Me lanzó una mirada astuta.

—Lo mismo dijo Alex cuando se lo mencioné. La defendió, lo que me hizo pensar en las consecuencia de esos dos viviendo en la misma casa. Eso fue a finales de la semana pasada. Y a mediados de esta semana, el miércoles, a altas horas de la noche, oí ruidos en

su habitación. Llamé a la puerta y ella atendió con un pijama rojo de seda, y allí estaba Alex con ella en su habitación. Él dijo que le estaba enseñando a bailar. A todas luces, ella, con su pijama rojo de seda, le estaba enseñando a mi hijo todas las perversiones del mundo, y se lo dije a la cara.

Su pecho airado se estremeció con el recuerdo, como el pequeño movimiento sísmico que sigue a un terremoto.

—Le dije que estaba degenerando mi hogar cristiano al convertirlo en un salón de baile, y que dejara en paz a mi hijo. Ella dijo que había sido idea de Alex y él la apoyó, y dijo que la amaba. Entonces fui dura con ella. El pijama rojo de seda sobre su carne insolente me cegó y me olvidé de la caridad. Mi ira diabólica creció y le dije que dejara en paz a mi hijo o se largara de mi casa en pijama, como estaba. Le dije que podía darle a mi hijo mejores cosas de las que ella podría darle. Alex dijo que si Lucy Champion se iba, él se iría con ella.

En cierto sentido, era lo que él había hecho. Ahora la mirada de su madre parecía estar contemplando su imagen sumergiéndose en la oscuridad a la que Lucy lo había conducido.

—Pero dejó que ella se quedara —dije.

—Sí. Los deseos de mi hijo son lo primero para mí. Al día siguiente Lucy se largó, pero dejó sus cosas. No sé dónde pasó el día. Sé que cogió un autobús a alguna parte porque regresó por la noche quejándose del servicio de transporte. Estaba muy alterada.

—¿Eso fue el jueves por la noche?

—Sí, el jueves por la noche. El viernes, durante el día, estuvo más dócil y tranquila, aunque se la veía preocupada. Supuse que estaba planeando algo, y temí que fuera un intento de fuga con Alex. Aquella noche hubo más problemas. Ya veía yo que, mientras ella estuviera en casa, no se acabarían los problemas.

—¿Qué pasó el viernes por la noche?

—Me avergüenza hablar de ello.

—Puede ser importante. —Recordando la discusión que había escuchado a escondidas, sospeché de lo que la señora Norris no

quería contar—. Recibió una visita, ¿verdad?

—Quizá sea mejor que se lo cuente, si eso beneficia a Alex. —Dudó otro instante—. Sí, Lucy recibió una visita el viernes por la noche. Le oí entrar por la puerta lateral y le vi marcharse. Ella le hizo pasar a su habitación, era un hombre blanco. Aquella noche me contuve y no dije nada. Me propuse dormir y recé para conseguirlo, pero dormí muy poco. Lucy se levantó tarde y salió para almorzar cuando yo estaba en el almacén. Al regresar, tentó a mi hijo. Le besó a la luz del día, en plena calle. Fue de lo más libertino y vergonzoso. Le dije que tenía que irse y ella se fue. Mi hijo quería dejarme e irse con ella. Tuve que contarle lo del hombre de la habitación.

—No debió haberlo hecho.

—Lo sé. Lo admito. Tuve una reacción impulsiva y despreciable. Y no conseguí apartarle de ella. Esa misma tarde ella le telefoneó y él se dispuso a salir. Le pregunté adonde iba, pero no me lo dijo. Se llevó el coche sin mi permiso. Entonces supe que lo había perdido, pasara lo que pasara. Nunca me había desobedecido.

De repente se inclinó hacia delante y se echó a llorar cubriéndose el rostro con las manos, una bíblica Raquel negra lamentándose por las esperanzas frustradas de todas las madres acerca de sus hijos, blancos, negros y bronceados. El sargento de guardia apareció en la puerta y la observó en silencio durante un rato. Luego dijo:

—¿Se encuentra bien?

—Está preocupada por su hijo.

—Tiene derecho a estarlo —dijo con indiferencia—. ¿Usted es Archer?

Asentí.

—Si espera al teniente Brake, ya puede pasar a su despacho.

Le di las gracias y me recliné.

El llanto de la señora Norris cesó de golpe.

—De verdad, estoy preocupada.

—Tranquila. Piense que Alex sigue siendo un chico decente, aunque le haya desobedecido. Ya es lo bastante mayor para tomar sus propias decisiones.

—Eso puedo aceptarlo. Pero que quisiera dejarme por una mujer cualquiera fue un impulso cruel y equivocado. El rechazo a su madre le ha llevado directamente a la cárcel.

—Usted no debería haberle provocado celos —dije.

—¿Ha dejado de creer que él es inocente?

—No, pero eso podría ser un móvil. Es peligroso jugar la baza de los celos, sobre todo si no está segura de los hechos.

—No cabe duda de lo que ella era, metiendo a un hombre blanco en su habitación a altas horas de la noche.

—Ella solo tenía una habitación.

—Sí, señor.

—¿Dónde sino iba a recibir a las visitas?

—En mi bonita sala —dijo—. Yo le dejaba usar la sala con total libertad.

—Tal vez quería un poco de privacidad.

—Para qué, es lo que me pregunto. —Era una pregunta retórica.

—Un hombre puede visitar a una mujer por varias razones. ¿Qué aspecto tenía el hombre que fue a ver a Lucy?

—Le vi un momento bajo la luz de la calle. Era un hombre de aspecto normal, de estatura media y mediana edad. Cuando andaba parecía lento. No le vi de cerca, no pude verle la cara.

—¿Se fijó en cómo iba vestido?

—Sí. Llevaba un sombrero panamá y una chaqueta de color claro. Sus pantalones eran más oscuros. A mí no me pareció respetable.

—Probablemente no lo era, señora Norris. Pero le puedo asegurar que fue a verla por asuntos de negocios.

—¿Le conoce?

—Se llama Max Heiss y es detective privado.

—¿Cómo usted?

—No exactamente. —Me puse de pie para marcharme.

Me detuvo apoyándome una mano en el brazo.

—He hablado demasiado, señor Archer. ¿Sigue creyendo que Alex es inocente?

—Por supuesto —dije, pero estaba molesto por el móvil que ella había facilitado.

La señora Norris percibió mis dudas, y me dio las gracias tristemente, retirando la mano.

19

El despacho de Brake era un cubículo pintado con el mismo verde del pasillo. Cerca del techo, los tubos de la calefacción colgaban como vísceras de hierro. La única ventana pequeña en lo alto de la pared ofrecía como vista una diminuta porción de cielo.

El doctor Benning estaba sentado inquieto en una silla apoyada contra la pared, con el sombrero descansando en la rodilla. Brake hablaba por teléfono en su tono habitual de despierta idiotez.

—Te he dicho que estoy ocupado, ¿no lo has oído? Que se ocupe otro. Hace veinte años que no soy agente de tráfico.

Colgó y se pasó una mano por su pelo color de polvo. Luego fingió que acababa de darse cuenta de mi presencia.

—Ah, es usted. Ha decidido honrarnos con su visita. Pase y siéntese. El doctor me ha dicho que está muy interesado en el caso.

Me senté al lado de Benning, que sonrió con desaprobación, a punto de decir algo. Pero Brake continuó.

—Dado que ésta es la situación, aclaremos un par de cosas. No trabajo solo. Agradezco toda colaboración, ya sea por parte de detectives, ciudadanos o quien sea. Por poner un ejemplo, me alegro de que me enviara al doctor para que me ponga al corriente sobre el cadáver.

—¿Qué le parece la posibilidad de un suicidio?

Brake rechazó mi pregunta.

—Ya llegaré a eso, primero quiero dejar algo claro. Si va a estar en mi caso, hablar con los testigos y fisgonear aquí y allá, necesito conocer su paradero y el de sus clientes.

—Mi cliente original ha prescindido de mis servicios.

—¿Entonces qué interés tiene? El doctor dice que usted cree que intentamos incriminar al chico Norris.

—Yo no lo he dicho en esos términos —aclaró Benning—. De hecho, yo también pienso, como el señor Archer, que el muchacho es inocente.

—¿Eso cree usted, Archer?

—Sí. Quisiera hablar con Alex…

—Claro, ningún problema. Su madre le contrató, ¿verdad? Para llevarme la contraria, ¿verdad?

—¿Está sufriendo delirio persecutorio, teniente?

La hostilidad oscureció sus ojos durante un instante, como la sombra de una nube atravesando una ladera.

—Usted opina que Norris no es culpable. Antes de hablar, quiero saber si está buscando pruebas para aferrarse a esa opinión, como un maldito abogado. O solo pruebas y nada más.

—Solo pruebas y nada más. Anoche me contrató la señorita Sylvia Treen, que trabaja en casa de la señora Charles Singleton.

Benning se inclinó al oír el segundo nombre.

—¿No es ésa la mujer cuyo hijo ha desaparecido?

—La misma —dijo Brake—. La semana pasada recibimos la circular que hablaba del hijo. Y luego encontramos este recorte entre las pertenencias de Champion. He estado intentando establecer la relación entre un desaparecido de clase alta como Singleton y un recorte de un periódico local. ¿Tiene alguna idea, doctor?

—No he pensado en ello —dijo planteándoselo—. A primera vista, parece que la relación pudiera ser casual. Me consta que algunos de mis pacientes coleccionan toda clase de cosas sin conexión, recortes y demás. Las mujeres con trastornos emocionales suelen identificarse con la gente que sale en los periódicos.

Brake se volvió hacia mí con impaciencia.

—¿Usted qué piensa, Archer? ¿Tiene alguna opinión?

Miré la expresión concienzuda de Benning, preguntándome cuánto sabía acerca de su mujer. No era mi trabajo ponerlo en antecedentes sobre ella.

—Ninguna que usted no pueda acribillar con una cerbatana.

—Lo haría más bien con una pistola —dijo Brake—. Cuénteme algo de su clienta. La señorita Treen, ¿verdad?

—La señorita Treen me dio algunos detalles sobre la desaparición de Singleton. —Los compartí con Brake, o al menos la mayoría, como para asegurarme su cooperación en Bella City sin que me molestara en Arroyo Beach. A la mujer rubia no la mencioné.

Mientras escuchaba mi versión censurada, Brake, aburrido, golpeteaba el brazo metálico de su silla y removía los papeles de su bandeja de entrada. Benning, en cambio, escuchaba con nerviosa atención.

Cuando terminé, el médico se apresuró a levantarse, listo para ponerse el sombrero.

—Si me disculpan, caballeros, debo pasar por el hospital antes de ir a la iglesia.

—Gracias por haber venido —dijo Brake—. Échele un vistazo al cadáver, si quiere. Pero no creo que encuentre indicios de suicidio. Es raro que alguien se suicide cortándose el cuello. Y menos aún si el corte es tan profundo.

—¿Está en el hospital forense?

—Sí, pendiente de autopsia. Entre y dígale al guardia que va de mi parte.

—Soy de la plantilla del hospital —dijo Benning insinuando una sonrisa amarga. Se colocó el sombrero y se dirigió a la puerta, moviendo con torpeza sus largas piernas de tijera.

—Un momento, doctor. —Me levanté y le entregué el termómetro que la señora Norris me había dado—. Esto pertenecía a Lucy Champion. Me gustaría saber cuál es su conclusión.

Sacó el termómetro del estuche y lo sostuvo bajo la luz.

—Cuarenta y dos es una temperatura muy alta.

—¿Ayer Lucy tenía fiebre?

—No, que yo sepa.

—¿No forma parte de la práctica habitual tomarle la temperatura a los pacientes?

Respondió después de una pausa.

—Sí, ahora lo recuerdo. Tomé la temperatura a la señorita Champion. Era normal. No hubiera sobrevivido mucho tiempo con cuarenta y dos grados.

—Tampoco es que sobreviviera mucho.

Brake salió de detrás de la mesa y cogió el termómetro de las manos de Benning.

—¿De dónde sacó esto, Archer?

—Me lo dio la señora Norris. Lo encontró en la habitación de Lucy.

—Puede que la mujer lo haya calentado con una cerilla, ¿no le parece, doctor?

Benning parecía confundido.

—Eso no tiene sentido.

—Para mí sí. Puede que quisiera demostrar que Champion estaba delirando y que se suicidó en ese estado.

—No lo creo —dije.

—Un momento —dijo Brake golpeando la mesa con la palma de la mano—. Champion llegó a la ciudad a principios de mes, ¿verdad?

—Hace dos semanas exactamente.

—Eso he dicho. ¿Sabe usted qué temperatura tuvimos en el valle hace dos fines de semana? Cuarenta y dos grados. No era Champion la que tenía fiebre, era la maldita ciudad.

—¿Eso es posible, doctor? —pregunté—. ¿Puede un termómetro de mercurio mantener la temperatura?

—Si no se agita, es posible. Al mío le ocurre todo el tiempo, no sé por qué no se me ha ocurrido antes.

—Adiós a su prueba —dijo Brake.

—Yo también digo adiós —añadió Benning con poca convicción.

Cuando el médico cerró la puerta, Brake se reclinó en su silla y encendió un puro.

—¿Cree que puede aportar algo el diagnóstico del doctor acerca de las fobias de Champion?

—Parece que entiende de psicología.

—Seguro que entiende. A mí me dijo que quería especializarse, pero que no podía permitirse otros cinco años de estudios. Si me dice que la chica estaba perturbada, le creo. Él sabe de lo que habla. El problema es que yo no entiendo de esas cosas. —Lanzó un anillo de humo y lo atravesó obscenamente con el dedo—. A mí me interesan las pruebas.

—¿Tiene suficientes?

—Suficientes. ¿Guardará el secreto y no irá corriendo a ver a la defensa?

Me quedé con la última palabra.

—¿No se está adelantando un poco?

—En esta profesión, he aprendido a adelantarme.

Del fondo de un cajón sacó la caja de las pruebas y le quitó la tapa. En su interior había un cuchillo con el mango negro de madera tallada. Las manchas de sangre sobre la hoja curvada ya se habían secado.

—Eso ya lo he visto antes.

—Pero no sabe a quién pertenece.

—¿Usted lo sabe?

—Anoche se lo enseñé a la señora Norris, antes de decirle cómo habían matado a Champion. Lo identificó enseguida. Hace siete años, su marido le envió este cuchillo a Alex desde Filipinas. Desde entonces, lo ha tenido el muchacho. Colgaba en la pared de su habitación, y ella lo veía allí todas las mañanas cuando entraba para hacer la cama, hasta ayer por la mañana.

—¿Eso le dijo?

—Eso me dijo. Así que tal vez Champion no tuviera esos arrebatos psicológicos que dice el doctor. Tal vez haya una conexión con el caso Singleton que desconocemos hasta ahora. Eso no me

hará perder el sueño. Con esto tengo suficiente para acusar y condenar. —Volvió a colocar la tapa sobre la caja y la guardó en el cajón.

Yo había estado toda la mañana pensando si compartir o no todo lo que sabía con Brake. Decidí no hacerlo. Los cabos sueltos de muchas vidas se entrelazaban en el caso: Singleton y su rubia, Lucy y Una. El rompecabezas que iba armando, pieza por pieza, era demasiado complicado para explicarlo mediante pruebas. La concepción que Brake tenía del caso se limitaba a una caja de pruebas con las que se podía persuadir a un jurado de pueblo. No era el caso para un jurado de pueblo.

—¿Ha oído la versión del muchacho? —pregunté—. No es estúpido. Habría sabido que el cuchillo lo implicaría. ¿Cree que lo habría dejado allí después de usarlo en un asesinato?

—No quiso dejarlo allí. Volvió a buscarlo. Usted le vio regresar. Él incluso le atacó.

—Eso no es lo importante. Pensó que me estaba metiendo con Lucy y se volvió loco. El chico estaba presionado emocionalmente.

—Y tanto. Eso forma parte del caso. Fue un arrebato emocional. No digo que hubiera premeditación, entiéndame. Creo que fue un crimen pasional, de segundo grado. Estaba sulfurado y la atacó. Quizás le robó la llave del bolso cuando iban en el coche. Por eso ella no la tenía. Él se descontroló, le cortó el cuello y huyó. Luego se acordó del cuchillo y volvió.

—Su historia se corresponde con los hechos, pero no con su sospechoso. —Sin embargo, pensaba que cuando Brake supiera lo de los celos, tendría el caso cerrado.

—Usted no conoce a esta gente tan bien como yo. Tengo que tratar con ellos a diario. —Se desabotonó la manga izquierda de la camisa y dejó a la vista un robusto antebrazo cubierto de pecas. Una blanca y dentada cicatriz iba desde la muñeca hasta el codo—. El cabrón que me hizo esto quería degollarme.

—Y eso convierte a Norris en un navajero.

—No se trata de eso. —A pesar de enseñarme su honorable cicatriz, Brake se puso a la defensiva. Sabía que el mundo violento que él combatía no estaba hecho a su medida ni a la de nadie.

—Ya lo creo que no solo se trata de eso. Había demasiada gente interesada en Lucy. Yo no me conformaría con el primer sospechoso que se nos cruce. El caso no es tan sencillo.

—Usted no me entiende —dijo—. Lo que yo digo es que el chico parece culpable. Hace treinta años que los miro a la cara, que los escucho hablar. —No tenía que jurármelo. Los treinta años le habían dejado huellas inconfundibles, como las marcas en la corteza de un árbol viejo—. Ya sé que juego en las ligas menores. De acuerdo. Ésta es mi liga. El asesinato de Champion pertenece a una liga menor.

—La conciencia de culpa es algo muy delicado. Para empezar, es psicológico.

—De psicológico nada. Es un hecho evidente. Intentamos retenerle para interrogarle, y se dio a la fuga. Lo cogimos y lo trajimos aquí, y no quiere hablar. He intentado hablar con él. Se muestra huraño. Dígale que la tierra es plana y no responderá ni que sí ni que no, ni siquiera tal vez.

—¿Cómo le han tratado?

—Nadie le ha puesto un dedo encima. —Brake se bajó la manga de la camisa y se la abotonó—. Tenemos nuestra propia psicología, marca de la casa.

—¿Dónde está ahora?

—En el depósito de cadáveres.

—¿Eso no es inusual?

—No para mí. En esta ciudad tengo un caso de asesinato cada mes, a veces dos. Y los resuelvo, ¿sabe? La mayoría. El ambiente del depósito de cadáveres es más eficaz que cualquier otro método para hacer que un asesino se derrumbe.

—Psicología.

—Eso he dicho. Entonces qué, ¿está de mi lado o quiere una toalla para echarse a llorar? Si está de mi lado iremos hacia allí y

veremos si ahora está dispuesto a hablar.

20

Era la puerta 01. Conducía a una habitación sin ventanas, de techo bajo y paredes de hormigón. La puerta se cerró detrás de nosotros. Era como estar en unas catacumbas. Los zapatos de Brake resonaban apagados, y su sombra se extendía sobre mí mientras se dirigía hacia la única luz de la habitación.

Era una lámpara cónica que colgaba de una polea ajustable a baja altura sobre una camilla con ruedas de caucho. El cuerpo de Lucy, cubierto con una sábana, yacía sobre la camilla bajo la luz blanca. La cabeza estaba al descubierto y ladeada hacia Alex Norris, que estaba sentado en una silla junto a la camilla, mirando fijamente el rostro de la mujer muerta. La muñeca derecha de él estaba esposada a la de ella. En las paredes se oía el zumbido y los latidos del sistema de refrigeración, como si anunciaran que se acababa el tiempo. Tras las puertas de cristal de las cámaras frigoríficas, los demás cadáveres cubiertos con sábanas parecían aguardar un juicio, soñar con un anticipo de lo que sería el infierno. Hacía un frío infernal, en aquella habitación.

El policía uniformado que estaba sentado delante de Alex se puso de pie, levantando la mano en un saludo desgarbado.

—Buenos días, teniente.

—¿De qué sirve esto? ¿Estás aguantando la vela, Schwartz?

—Usted me dijo que no lo forzara, que dejara que la naturaleza humana siguiera su curso.

—¿Y bien? ¿La naturaleza humana ha seguido su curso? —Brake se detuvo al lado de Alex, tapando la luz con el ancho de su espalda —. ¿Quieres declarar algo?

Me moví a un lado y vi que Alex, lentamente, levantaba la vista. Su rostro había adelgazado, como si la piel de los pómulos y las sienes se hubiera encogido de la noche a la mañana. Sus labios hocicudos y agrietados se estiraron, y su boca volvió a cerrarse sin emitir un solo sonido.

—¿Quieres pasarte todo el día aquí sentado haciendo manitas?

—Ya has oído al teniente —gruñó Schwartz—. No bromea. Estarás aquí sentado hasta que hables. En una hora vendrá el médico forense y la abrirá, para acabar el trabajo que tú empezaste. ¿Quieres conseguir primera fila para verlo?

Alex no hizo caso a ninguno de los dos policías. Su mirada, incrédula y devota, volvió al rostro de la mujer muerta. Bajo el inclemente resplandor de la luz, su cabello brillaba como espirales de alambre.

—¿Qué pasa contigo, Norris? ¿No tienes sentimientos? —En el silencio subterráneo la voz de Brake sonó quejumbrosa, casi impotente, como si el muchacho, al aceptar todo aquello, hubiera dado la vuelta al marcador a su favor.

—Brake —dije. Pronuncié su nombre con una contundencia que ni siquiera yo me esperaba.

—¿Y ahora qué quiere? —Se volvió con una mirada perpleja. El puro apagado en la comisura de sus labios era como un dedo negro tirando de su boca torcida. Regresé hacia la puerta y él siguió a su sombra en pos de mí—. ¿Quiere un pañuelo para echarse a llorar?

Hablé en voz baja, aunque no tan sigiloso como para que Alex no me oyera.

—Lo está haciendo mal. Es un chico sensible. No puede tratarlo como a un macarra.

—¿Sensible? —Brake se quitó el puro de la boca y escupió en el suelo—. Tiene la sensibilidad de un rinoceronte.

—No estoy de acuerdo. Déjeme intentarlo. Quítele las esposas y déjeme hablar con él a solas.

—Hoy mi mujer y yo iremos a las montañas —dijo Brake sin venir al caso—. Prometimos a los niños que iríamos de picnic.

Miró desdeñoso hacia el puro que sujetaba su mano, lo dejó caer al suelo y lo pisó.

—¡Schwartz! Suéltalo y tráelo.

Apenas se oyó el sonido de las esposas al abrirse, pero fue tan importante como la liberación de una carga moral.

Schwartz levantó a Alex de la silla y atravesaron juntos la habitación, Alex con los hombros encorvados y resistiéndose a caminar, y Schwartz apresurándolo desde atrás.

—¿Lo llevo otra vez a la celda, teniente?

—Todavía no. —Brake se dirigió al chico—. El señor Archer es amigo tuyo, Norris. Quiere tener una charla contigo. Personalmente, creo que nos está haciendo perder el tiempo, pero lo dejo a tu criterio. ¿Quieres hablar con el señor Archer?

Alex me miró. Su rostro terso y joven tenía la misma expresión que la mirada de la anciana indígena que había visto en el callejón, más allá de lo que cualquier hombre blanco podría descifrar. Asintió sin palabras, y se volvió hacia Lucy.

Brake y Schwartz salieron. La puerta se cerró. Alex se alejó andando. Caminaba a paso cansino y con las piernas arqueadas como un anciano. El suelo descendía ligeramente hacia un desagüe cubierto en el centro de la habitación. Bajó tambaleante el desnivel apenas perceptible y subió lentamente hasta llegar al otro lado de la camilla.

Se quedó de pie, con la cabeza inclinada sobre Lucy, y con voz seca me preguntó:

—¿Por qué lo hicieron?

Me acerqué y cubrí la cara del cadáver con la sábana. Le cogí por los hombros y le di la vuelta colocándolo delante de mí. Por un momento, parte de su peso se abandonó en mis brazos, hasta que los músculos se tensaron.

—Ponte recto —le dije.

Era tan alto como yo, pero su cuello en ciernes apenas podía sostener la cabeza. Le apremié con mi puño derecho cerrado bajo su barbilla.

—Alex, ponte recto. Mírame.

Se echó hacia atrás. Lo agarré por el hombro con la otra mano. De repente se puso tenso y, con un golpe, apartó mi mano de la barbilla.

—Quieto, muchacho.

—¡No soy un caballo! —gritó—. No me hable como si fuera un caballo. Quíteme las manos de encima.

—Eres peor que un caballo. Eres terco como una mula. Tu chica está aquí muerta y tú no abres la boca para decirme quién lo hizo.

—Ellos creen que fui yo.

—Si lo creen, es por tu culpa. No debiste huir. Tuviste suerte de que no te alcanzara una bala.

—Suerte. —La palabra sonó tan vacía como un hipo.

—Suerte de no estar muerto. Ésa es la única situación irreversible. Ahora crees que lo tienes difícil, y es así, pero no tienes que rendirte. Un día te romperás y te superará el peso de todo lo que ocurrió con Lucy. Pero entonces será demasiado tarde. Tienes que ayudar ahora.

Lo solté. Se quedó temblando, pasándose un dedo mordido por su carnoso labio inferior. Entonces habló.

—Al principio intenté contarles cosas, esta mañana cuando me trajeron. Pero él y el forense solo querían hacerme confesar que yo lo había hecho. ¿Por qué iba a matar a mi prometida? —Le costó pronunciar la pregunta. Parecía cegado por el esfuerzo de hablar, y más aún por el terrible esfuerzo de tener que hablar como un hombre. No pudo soportarlo—. Ojalá me hubieran matado, como a Lucy.

—En ese caso no podrías ayudarnos.

—Nadie me ha pedido que ayude. ¿Quién quiere mi ayuda?

—Yo.

—¿Usted no piensa que yo la maté?

—No.

Me miró durante casi medio minuto. Fijaba su mirada en mis ojos, pasando de uno al otro a un ritmo cardíaco.

—No se lo hizo ella misma, ¿verdad que no, señor? ¿Usted no piensa que Lucy se cortase el cuello, no? —Lo preguntó susurrando, como si no quisiera avergonzar a la mujer muerta.

—No parece probable. Aunque se ha barajado esta posibilidad. ¿Qué te hace pensar eso?

—Nada, salvo que estaba asustada. Ayer estaba terriblemente asustada. Por eso, cuando se fue de casa, le dejé mi cuchillo. Me pidió algo con lo que defenderse. No tenía pistola, así que… —su voz decayó con remordimiento—… le di mi cuchillo.

—¿El mismo con el que la mataron?

—Sí. Me lo enseñaron esta mañana. Era un pequeño cuchillo artesanal que mi padre me envió de Filipinas.

—¿Ella llevaba el cuchillo consigo?

—Sí, señor, en el bolso. Tenía un bolso grande. Lo guardó en el bolso cuando se lo di, antes de que se marchara de la casa. Dijo que, si la cogían, los iba a rajar. —Frunció el entrecejo, apenado.

—¿De quién tenía miedo?

—De hombres que la seguían desde el jueves, cuando volvió de Arroyo Beach en autobús. Dijo que un hombre se bajó del autobús con ella y la siguió hasta la casa. Al principio pensé que se lo imaginaba para hacerse la misteriosa. Pero al día siguiente yo mismo lo vi cuando ella vino a casa después del almuerzo. Estaba rondando en nuestra calle, y por la noche vino a verla. Ayer le pregunté por él, y ella dijo que era un detective de los malos. Que intentaba que ella hiciera algo en contra de su voluntad, pero que ella no lo haría.

—¿Mencionó su nombre?

—Dijo que se llamaba Desmond, Julián Desmond. Al día siguiente, la perseguía otro tipo. A éste no lo vi. Lucy sí. Luego discutió con mi madre y se fue.

Tragué una saliva amarga de culpa.

—¿Planeaba irse de la ciudad?

—Antes de irse de casa no lo había decidido. Dijo que me llamaría. Cuando me llamó estaba en la estación. El próximo tren salía en dos horas, y allí estaban los dos tipos, espiándola. Me pidió que fuera a recogerla con el coche. La recogí en la estación y huimos de los dos tipos por la antigua ruta del aeropuerto, mientras hablábamos. Ella estaba muerta de miedo. Entonces decidimos casarnos. Pensé que, estando juntos, yo podría protegerla. —La voz se hundió en su pecho hasta volverse casi inaudible—. Pero fallé.

—Fallamos todos.

—Ella quería largarse de la ciudad cuanto antes. Primero teníamos que regresar al motel para recoger sus cosas.

—¿Ella tenía la llave de su habitación?

—Dijo que la había perdido.

—¿No te la dio a ti?

—¿Para qué iba a dármela? No me hubieran dejado entrar allí. Y aunque fuera lo bastante claro de piel como ella para que me dejaran pasar, yo no habría entrado. Ella entró sola, y ya no salió. Alguien la estaba esperando, le quitó el cuchillo y lo usó para atacarla.

—¿Quién la estaba esperando?

—Julián Desmond, quizás. Ella no quería hacer lo que él le decía. O el otro tipo que la perseguía.

Me avergonzaba decirle que yo era el otro. Tenía los hombros caídos, y la carne alrededor de su boca colgaba en una mueca casi estúpida. Volvía a quedarse sin fuerza moral. Le acerqué la silla de Schwartz.

—Siéntate, Alex. Los principales argumentos en tu contra están descartados, pero todavía quedan algunos puntos por aclarar. El dinero es uno de ellos. ¿Cómo pensabas apañártelas, después de casarte con ella?

—Yo tengo dinero.

—¿Cuánto?

—Cuarenta y cinco dólares. De la recogida de tomates.

—Eso no es mucho.

—Pensaba conseguir un trabajo. Tengo una espalda fuerte. —Lo dijo con orgullo, pero sin mirarme a los ojos—. Lucy también podía trabajar. Ya había trabajado de enfermera.

—¿Dónde?

—No me lo dijo.

—Algo tiene que haberte dicho.

—No, señor. Nunca se lo pregunté.

—¿Ella tenía dinero?

—No se lo pregunté. En cualquier caso, no aceptaría dinero de una mujer.

—Aunque si te lo ganaras… —comenté—. ¿Te dijo ella que te daría una parte si la sacabas de la ciudad?

—¿Una parte?

—De la recompensa —dije—. La recompensa de los Singleton.

Su mirada negra escaló hasta la altura de mis ojos, y enseguida volvió a caer. Le respondió al suelo.

—Lucy no tenía que pagarme para que me casara con ella.

—¿Dónde ibais a casaros? ¿Adónde teníais pensado ir?

—A Las Vegas o a cualquier otro sitio. Es igual. A cualquier parte.

—¿A Arroyo Beach?

No respondió. Lo había llevado demasiado lejos demasiado rápido. Observando su cerrado e impenetrable cráneo, comprendí los métodos de Brake y sentí rabia, tras treinta años intentando que las declaraciones se amoldasen a los patrones legales transmitidos para su uso por legisladores y jueces. Y pensando en la rabia de Brake, controlé la mía.

—Escucha, Alex. Volvemos a estar donde empezamos. Lucy fue asesinada. Los dos queremos que encuentren al asesino y que lo castiguen. Y tú tienes más razones que yo para querer que eso ocurra. Según tú, estabas enamorado de ella.

—¡Y lo estaba! —reaccionó como si le hubieran tocado un nervio.

—Pues ésa es una razón. Otra es que, a menos que encontremos al asesino, pasarás muchos años de tu vida en la cárcel.

—Ahora me da igual lo que ocurra conmigo.

—Piensa en Lucy. Cuando la estabas esperando en el motel, alguien cogió ese cuchillo y la mató. ¿Por qué?

—Eso no lo sé.

—¿Qué quería Julián Desmond que ella hiciera?

—Que hiciera de testigo para él —respondió pausadamente.

—¿Testigo de qué?

—No lo sé.

—De un asesinato —dije—. ¿Testigo de un asesinato?

—Puede ser. No lo sé.

—De un asesinato, ¿verdad? Él quería que ella le ayudara a cobrar la recompensa. Pero ella pensó que podía hacerlo sola y quedarse con el dinero. ¿Por eso la mataron?

—No lo he pensado, señor.

—¿Pero sabías lo de la recompensa? Sabías que ella esperaba cobrarla.

—Yo nunca esperé que ella me diera una parte —afirmó tenaz.

—Ella fue el jueves a Arroyo Beach para ver a la madre de Singleton, y en el último momento perdió el valor. ¿No fue así?

—Sí, señor. Eso tenía entendido.

—Ayer iba a intentarlo de nuevo.

—Puede que sí. Yo no tuve nada que ver con el crimen. Lucy tampoco.

—Pero ella sabía lo que ocurría con Singleton.

—Algo sabía.

—Y tú también, algo sabías.

—Ella me lo contó. Yo no se lo pregunté. Yo no quería inmiscuirme en el asunto. Ella me lo contó de todos modos.

—¿Qué te contó, Alex?

—Que un hombre le disparó. Un loco le disparó y él murió. Eso me contó.

21

Schwartz estaba solo en el pasillo. Le pregunté por Brake.

—En el coche. Recibió una llamada.

Me dirigí a la entrada de ambulancias, y me encontré con Brake, que regresaba.

—¿Ha hablado Norris?

—Mucho.

—¿Ha confesado?

—No. Pero está listo para declarar.

—En cuanto yo pueda. Ahora tengo cosas más importantes. Me voy a una barbacoa en la montaña. —Sonrió forzadamente y le gritó a Schwartz a través del pasillo—. Lleva a Norris a su celda. Si quiere declarar, pregunta por Pearce en la oficina del fiscal del distrito. Regresaré en cuanto pueda.

—¿Una barbacoa? —pregunté.

—Así es. —Salió por la puerta blanca de metal cerrándomela en la cara. Salí, lo seguí hasta su coche y me subí en el asiento del pasajero mientras él se sentaba delante del volante.

—Sabía que llamaría su atención, Archer. —El coche arrancó con un chirrido de neumáticos sobre la grava del aparcamiento—. El de la barbacoa es un hombre. Un tipo que acabó carbonizado.

—¿De quién se trata?

—Todavía no lo han identificado. Su coche se despeñó esta mañana en el cañón de Ranchería y se prendió fuego. Cuando lo

encontraron, al principio no sabían que dentro había un cuerpo. Tuvieron que esperar a que los guardias forestales vinieran con el camión cisterna. Para entonces el tipo ya estaba carbonizado.

—¿Homicidio?

—Hallman cree que sí. Él dirige la patrulla de caminos. Lo habían registrado como un accidente hasta que decidieron echar un vistazo al depósito. Estaba intacto, y eso significa que la gasolina que provocó el incendio no venía de allí.

—¿Qué coche era?

—Un Buick del 48. Matrícula destruida. Están comprobando la licencia y el número de bastidor para saber quién era el propietario.

Dejamos atrás las últimas casuchas de los suburbios. La aguja del velocímetro se disparaba constantemente pasando los noventa, cien, ciento veinte, hasta llegar casi a los ciento treinta. Brake puso la sirena, que empezó a ulular en un registro grave.

Antes de que se volviera estridente, pregunté:

—Era un coche verde en dos tonalidades, ¿verdad? Singleton tenía un Buick del 48. ¿Era verde?

Brake se quitó el sombrero, dejando a la vista una línea roja a lo ancho de la frente, y lo arrojó al asiento trasero.

—Tiene una fijación con Singleton. No me han dicho el color del coche. ¿Pero qué pinta Singleton en todo esto?

—Norris dijo que lo mataron —grité por encima de la sirena.

Brake la apagó.

—¿Qué sabe Norris de eso?

—Lucy Champion le dijo que a Singleton le dispararon.

—Pero ella no está aquí para confirmarlo. No se deje engañar por ese chaval, hombre. Le dirá cualquier cosa con tal de salvar su pescuezo negro.

La aguja del velocímetro pasó los ciento treinta. En lo alto de una pendiente, el coche se levantó a punto de remontar vuelo. Fue como si despegáramos de este mundo, como si Brake se liberara de sus raíces enterradas en el pavimento roto de Bella City.

—¿No cree que tarde o temprano admitirá que estaba equivocado?

Me miró con ojos entrecerrados. El coche se desvió ligeramente junto con su mirada hasta que él volvió a concentrarse en la carretera.

—¿Teniendo el arma del crimen, su propio cuchillo?

—Se lo prestó para que ella se defendiera. Ella lo llevaba en su bolso.

—¿Puede probarlo?

—Él no tiene que probarlo. Usted es el departamento de pruebas.

—Joder, está hablando como un abogado tramposo. Odio a esos picapleitos hipócritas que intentan impedir que se aplique la ley.

—Se habrá quedado ancho, al decirlo.

—Piénselo.

La carretera comarcal por la que íbamos giró para unirse a la carretera estatal que conducía al este y al oeste a través del valle. Brake pasó una señal roja sin mirar y tomó la curva haciendo chirriar los neumáticos.

—¿Qué hago yo cuando van por ahí con navajas rajándose entre ellos o prendiendo fuego a las casas? ¿Les doy una palmadita en la espalda y les digo «adelante, sigan así»? Lo que digo es «deténganlos, enciérrenlos».

—Pero a la persona correcta. No puede resolver estos crímenes por separado, colgándole el muerto de Lucy a Alex y este nuevo a quien sea.

—Puedo hacerlo si no hay conexión entre ellos.

—Yo creo que la hay.

—Pues demuéstremelo.

—No crea que he venido para tomar el aire.

La carretera había empezado a ascender por un tramo de cunetas de barro seco con señales amarillas de ZONA DE DESPRENDIMIENTO. Aunque Brake pisaba a fondo el acelerador, la aguja del velocímetro estaba clavada en ciento treinta, como la manecilla de un reloj parado. Las cuestas azuladas de la cadena

montañosa del este estaban enmarcadas por el parabrisas en una perspectiva exagerada. Daba la sensación dé que estaban tan cerca que podían tocarse. Al cabo de un minuto, un kilómetro más cerca, parecían haberse alejado. Empecé a sentir la presión de la altura en mis oídos. A medida que subíamos y cambiábamos de perspectiva, pequeñas nubes blancas asomaban de repente como algodones maduros por detrás de los picos. Abajo y a lo lejos, los edificios de Bella City se elevaban sobre sus campos como piezas de ajedrez desordenadas en un tablero polvoriento.

Ocho kilómetros más adelante, a otros trescientos metros de altura, llegamos a un apeadero semicircular que había junto a la carretera, donde se hallaban varios coches, una grúa y un camión cisterna. Un grupo de hombres estaba de pie junto al precipicio, mirando hacia abajo. Brake aparcó detrás de un Ford nuevo de la patrulla de caminos. Un oficial con uniforme verde se alejó del grupo y vino hacia nosotros.

—Hola, Brake. Les he dicho a los muchachos que lo dejaran todo como estaba antes de apagar el fuego. Incluso hemos hecho fotos para ti.

—Estáis aprendiendo. Te pondría una medalla de oro en la frente si llevara alguna. Te presento a Lew Archer, el pensador. El capitán Hallman.

El capitán me dedicó una mirada perpleja y un fuerte apretón de mano. Nos acercamos a la valla baja de troncos que cercaba la zona del apeadero. Al otro lado, la pendiente del cañón descendía abruptamente hasta el lecho de un barranco poblado de robles. Desde lo alto, el cauce parecía un camino de piedras serpenteante salpicado por charcos de lodo. Un automóvil de juguete descansaba humeante en la orilla. Era un Buick verde de dos tonalidades.

Una hilera de arbustos aplastados, algunos achicharrados, indicaban el lugar por donde el coche había salido de la carretera para caer en el barranco. Brake preguntó a Hallman:

—¿Habéis encontrado algo en la carretera?

—Huellas de neumáticos en el arcén. Parece que no iba muy rápido, y por eso me pareció sospechoso. No hay marcas de patinazos. Alguien le prendió fuego, quitó el freno de mano y lo dejó caer. —Hallman añadió, completamente en serio—: Quien lo hizo ha cometido algo más que un asesinato. Si no ha provocado un incendio forestal ha sido por suerte, porque hoy no hay viento.

—¿A qué hora ocurrió?

—Debió de ser antes del amanecer. Las luces del coche estaban apagadas. Nadie informó hasta después de las ocho. Entonces pensé que podía tratarse de un homicidio y dejé el cuerpo tal como lo encontramos.

—¿Todavía no lo habéis identificado?

—Espera a verlo. Es como buscar la marca en una hamburguesa cocida. Aunque ya deberíamos saber algo del número del bastidor.

—Es el coche de Singleton —le dije a Brake.

—Puede que tenga razón —admitió con un suspiro—. En fin, si hay que bajar hasta allí, se baja.

—¿Te pesan los años? —dijo Hallman—. En peores agujeros te has metido. Iría contigo, pero es que ya he bajado dos veces. He dejado a un par de muchachos vigilando.

Alcancé a verlos sentados en una roca, detrás del coche estrellado. En el aire nítido, casi se podía leer el movimiento de sus labios.

Brake saltó la barrera de troncos y empezó a bajar. Lo seguí, trazando el mismo zigzag que él improvisaba y sujetándome de las ramas de los árboles achaparrados para frenar mi descenso. Cuando llegamos al fondo del barranco, estábamos exhaustos. Los dos policías de camino nos llevaron por el barranco hasta el lugar del accidente.

El coche no estaba volcado. La capota, el techo y la rejilla del radiador parecían machacados por una cuadrilla armada con mazos grandes. Las cuatro ruedas estaban deshinchadas. La puerta izquierda estaba suelta.

—Me temo que no tiene arreglo —dijo uno de los vigilantes—. Y vaya a saber si encuentran cómo sacarlo de aquí.

Brake se giró bruscamente hacia él.

—Qué pena. Yo que pensaba subirme y darme un paseíto.

Se subió en el estribo del coche y tiró de la puerta floja hasta abrirla todo lo posible, dejando ver el interior devorado por el fuego y empapado por el agua. Contra la puerta delantera de la derecha había una figura humana encorvada con la cara escondida.

Brake entró por la apertura. Apoyándose con una mano en el salpicadero del coche, alargó la otra hacia el cadáver. Casi toda la ropa estaba carbonizada, pero todavía llevaba puesto un cinturón. Brake tiró del cinturón, que se partió en dos, y me lo pasó. La hebilla de plata ennegrecida llevaba las iniciales C. A. S.

22

Llamé tres veces a intervalos largos. Los timbrazos se alternaban con los silencios dominicales. Finalmente, la señora Benning abrió la puerta. Llevaba un albornoz de lana marrón cerrado hasta el cuello. Tenía cara de dormida, como si llevara toda la mañana batallando con los sueños.

—Otra vez usted.

—Otra vez yo. ¿Está el doctor?

—Está en la iglesia.

Intentó cerrarme la puerta. Se lo impedí con el pie.

—No importa. Quiero hablar con usted.

—Ni siquiera estoy vestida.

—Puede vestirse más tarde. Lía habido otro asesinato. Otro amigo suyo.

—¿Otro? —Se llevó la mano a la boca, como si la hubiera abofeteado.

Entré con ella en el vestíbulo y cerré la puerta. Aislados de la luz del mediodía y del perezoso alboroto dominical, nos quedamos mirándonos a la cara muy de cerca. Tuve la sensación de que compartíamos un entendimiento crepuscular. Ella se volvió y su larga espalda osciló desde la cintura. Reprimí el movimiento de mi brazo para alcanzarla.

Habló mirando al espejo.

—¿A quién han matado?

—Creo que usted lo sabe.

—¿A mi marido? —En el espejo, su rostro era como una máscara.

—Eso depende de con quién esté casada.

—¿A Sam? —Hizo girar su cuerpo con un movimiento de bailarina, dejándose caer—. No puede ser.

—Me da la sensación, vamos, es una posibilidad, que usted está casada con Charles Singleton.

De repente, se echó a reír. Era una risa desagradable, y me alegré cuando paró.

—Nunca he oído hablar de Singleton. ¿Singleton ha dicho? Llevo más de ocho años casada con Sam Benning.

—Lo que no impide que conozca íntimamente a Singleton. Me consta que usted lo conocía. Lo mataron esta mañana.

Retrocedió respirando agitadamente.

—¿Cómo lo mataron?

—Alguien lo golpeó con un martillo o con algo pesado. Eso le causó un daño en el cráneo, pero no lo mató. Luego lo transportaron hasta la montaña en su propio coche rociado con gasolina y le prendieron fuego. Empujaron el coche por un precipicio de cien metros y lo dejaron arder con Singleton dentro.

—¿Cómo sabe que era su coche?

—Era un Buick del 48, verde oscuro, con el techo verde claro.

—¿Está seguro de que él iba dentro?

—Ha sido identificado. La ropa estaba carbonizada, pero la hebilla del cinturón tenía grabadas sus iniciales. ¿Por qué no viene al depósito de cadáveres para identificarlo oficialmente?

—Le he dicho que no le conozco.

—Pues para no conocerle parece muy interesada.

—Por supuesto, ya que usted se presenta aquí y prácticamente me acusa de asesinato. Por cierto, ¿cuándo sucedió todo esto?

—Esta mañana, antes del amanecer.

—He estado durmiendo toda la noche y toda la mañana. He tomado pastillas y todavía estoy grogui. ¿Por qué ha venido?

—Lucy Champion y Charles Singleton eran sus amigos. ¿No es así, Bess?

—Pues no. —Cayó en la cuenta—. ¿Por qué me llama Bess? Mi nombre es Elizabeth.

—Horace Wilding la llama Bess.

—Tampoco sé quién es.

—Vive es Sky Route, cerca del estudio de Singleton. Dice que Singleton los presentó en 1943.

—Wilding es un embustero, siempre lo ha sido. —Apresó el labio inferior entre sus dientes blancos y se lo mordió con fuerza.

—Acaba de decir que no lo conoce.

—Usted está hablando por los dos. Siga hablando hasta morir.

—¿Eso fue lo que le ocurrió a Lucy?

—No sé lo que le ocurrió a Lucy.

—Ella era su amiga. Vino aquí para verla.

—Lucy Champion vino a ver a mi marido, era su paciente. Ya se lo dije anoche.

—Está mintiendo. Esta mañana su marido mintió para encubrirla. Me explicó por qué no había ninguna ficha de Lucy en los archivos de sus pacientes, y tuvo que improvisar la razón por la que la estaba tratando. Cualquier enfermedad real saldría a la luz en una autopsia, y él lo sabía. Así que la hizo quedar como hipocondriaca, una paciente cuya enfermedad estaba causada por los miedos. Las fobias no pueden constatarse en una autopsia.

—Lucy era hipocondriaca. Eso me dijo Sam.

—Nunca he conocido a un hipocondriaco que no se tome la temperatura por lo menos una vez al día. Lucy no había tocado su termómetro en dos semanas.

—¿Cree que eso le servirá en el tribunal contra la palabra de un médico y su esposa?

—Creo que será suficiente. Y ya estamos tan cerca del tribunal como usted se propone.

—Eso ya lo veo. Tengo en frente de mí al juez, al jurado y a toda la prensa. Demasiado para un hombrecillo como usted.

—No juegue con mi paciencia. Piense qué ocurriría con usted si yo me cansara de su juego. Entonces veríamos qué clase de juez le toca. Le estoy dando la oportunidad de hablar antes de que lleve mis pruebas a la policía.

—¿Por qué? —Me obligó a fijarme en su cuerpo, girándose un poco y llevándose una mano a la cabeza de manera que uno de sus pechos se levantara asimétricamente debajo del albornoz—. ¿Por qué tomarse tantas molestias por una pobrecilla como yo, por una pequeña pirómana?

—No es una molestia —dije.

Apoyó una mano fría en mi mejilla y la arrastró hasta mi hombro antes de retirarla.

—Pase a la cocina. Estaba preparando café. Podemos hablar allí.

La seguí, sin estar seguro de cuál de nosotros estaba haciendo lo que el otro quería que hiciera. La cocina era amplia, y la escasa luz entraba por la ventana que había sobre el fregadero, lleno hasta arriba de platos. Me senté a la mesa con el esmalte desconchado, y la observé mientras servía dos tazas de café. Cuando puso las tazas llenas sobre la mesa, desplacé la mía hacia ella y cogí la suya.

—Parece que no confía en mí, Míster Hombre. ¿Cómo me dijo que se llamaba?

—Archer. Soy el último de la rama familiar de los Archer. No me gustaría que nos extinguiéramos por un veneno.

—¿No tiene hijos? ¿Mujer?

—Nada de eso. ¿Está interesada?

—Podría estarlo. —Puso boca de piñón, exhibiendo sus labios pulposos y bien moldeados—. Lo que ocurre es que ahora mismo tengo una relación estable y satisfactoria con un… marido.

—¿Realmente encuentra satisfactorio a su marido?

Sus ojos, ahora tiernos como el resto de su rostro, se entrecerraron formando dos líneas azules.

—No lo meta a él en esto.

—¿Porque lo ha estado tomando por tonto?

—Le he dicho que no lo meta en esto. A menos que quiera café caliente en la cara. —Cogió su taza.

—¿Qué tal un poco de gasolina?

Golpeó la taza contra la mesa derramando parte del contenido sobre el borde.

—Dígame, ¿parezco una asesina?

—Las he visto guapas. No puede negar que es una chica dura.

—Tuve una educación dura —dijo—. ¿Conoce las fábricas de acero de Gary, en Indiana?

—Solo de pasada.

—Pues allí me gradué con matrícula de honor. —Un brillo extraño asomó en su sonrisa—. Pero eso no me convierte en una asesina. Me habría convertido en una si Sam no me hubiera sacado de esa ciudad. Estaba en libertad condicional cuando él se casó conmigo.

—¿Por qué estuvo en la cárcel?

—Nada grave. Supongo que era lo que usted llamaría una delincuente juvenil. Yo no me sentía así. Mi padre era un bruto, ¿sabe? Los sábados por la noche tenía la brutal idea de atar a las mujeres y maltratarlas. Me cansé de esconderme bajo la cama, así que me largué de casa. Salí a recorrer el mundo. Durante un tiempo trabajé de camarera e hice un contacto. Eso me llevó a trabajar en la guardarropía de un club del este. Era solo un garito, pero a los dieciséis me sacaba en propinas más de lo que mi viejo había ganado sudando en las fábricas. Pero mi estrella se apagó. En aquel lugar se hacían apuestas, un día se acabó la protección y yo caí en una redada. Me declaré culpable de un delito menor y me dieron la condicional. El juez, amargado, lo arregló todo para que no pudiera volver a trabajar en clubes de apuestas. Eso fue lo peor de todo. Tuve que regresar a casa y vivir con mi familia.

Los sueños con los que había estado batallando mientras dormía se estaban apoderando de su mente despierta. La dejé continuar.

—Por supuesto, aproveché la primera oportunidad que se me presentó para salir de ese infierno. La asistenta social me tenía vigilada, obligándome a quedarme en casa por las noches a merced

de mi padre. Sam me salvó la vida. Un día me recogió en el cine. Al principio pensé que era un lobo, pero resultó ser buena gente. Fue raro conocer a un doctor que además fuera buena gente. Por entonces Sam era médico de la Marina, asignado en Great Lakes. Era el primer hombre que quería casarse conmigo, y yo acepté. Al día siguiente él partía para California, donde estaba destinado, así que nos fuimos juntos.

—¿Sabía él con quién se casaba?

—Él sabía lo que había —respondió inmutable—. Reconozco que no le dije que estaba violando mi libertad condicional. Pero antes de entrar en el tema, dejemos algo claro respecto a Sam y yo. Yo era la que le hacía un favor a él. Siempre ha sido así.

Mirándola a ella y habiendo visto a su marido, no me cabía duda.

—La suya es una historia muy pintoresca para ser la mujer de un médico de provincia. Y eso que seguramente no me ha contado ni la mitad.

—Seguramente no lo he hecho. ¿Más café?

—Más información. ¿Cuándo se instalaron usted y Benning en la zona?

—En la primavera de 1943. Lo asignaron a Port Hueneme porque estaba cerca de su ciudad. Alquilamos una casa en Arroyo Beach durante seis meses. Después lo despidieron. Los siguientes dos meses estuvo en el mar, como médico oficial de un carguero. Lo veía poco, solo cuando el barco atracaba en San Francisco.

—¿A quién más veía entonces?

—Vaya pregunta.

—Vaya respuesta. ¿Por qué dejó a Benning hace dos años?

—Ha andado fisgoneando, ¿eh? Lo hice por motivos personales.

—Se fue con Singleton, ¿verdad?

Se estaba poniendo de pie cuando se quedó petrificada un instante, apoyada sobre la mesa con un gesto esquivo.

—¿Por qué no se mete en sus asuntos?

—A Singleton lo quemaron vivo esta mañana. Averiguar quién le prendió fuego forma parte de mis asuntos. Es raro que usted no esté

interesada.

—¿Ah, sí?

Se sirvió otra taza de café con pulso firme. En alguna zona salvaje de Chicago, o quizá recorriendo el país en tiempos de guerra y de paz, se había armado de fuerza y aplomo. Me fijé en sus firmes piernas blancas. Ella se dio cuenta y me devolvió una mirada insinuante. Para un vecino mirón, habría sido una agradable escena doméstica de domingo. Casi deseaba que hubiera alguno agazapado en una ventana.

Me levanté y miré por la ventana. El patio trasero estaba rebasado de hierbajos y residuos antiguos. Al fondo, un cobertizo ruinoso se hundía bajo la sombra de un pimentero.

Ella se acercó por detrás. Sentí su aliento en la nuca. Su cuerpo se pegó a mi espalda.

—No me causes problemas, Archer. Ya tengo demasiados. A mi edad, merezco un poco de paz.

Me volví suavemente, acechado por sus labios.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco. El oficio religioso dura un rato. Además, suele quedarse a catequesis.

Tomé su cabeza entre mis manos. Sus pechos, sólidos y llenos, se interponían entre nosotros. Sus manos me acariciaban la espalda. Observé el surco blanco que se abría en su cabellera oscura, con vestigios rubios en las raíces.

—Nunca he confiado en las rubias, Bess.

—Soy morena natural —dijo con voz sensual.

—Yo diría que eres una embustera nata.

—Puede que lo sea —dijo cambiando de tono—. Yo no me siento así. Si quieres saber la verdad, todo este asunto me ha destrozado. Solo intento mantenerme en pie y no involucrarme.

—Y no involucrar a tus amigos.

—No tengo amigos.

—¿Qué me dices de Una Durano?

Su rostro adoptó una expresión estúpida, de ignorancia o sorpresa.

—Te compró un sombrero la primavera pasada. Creo que la conoces.

Torció la boca en una mueca que amenazaba con romper a llorar. Se quedó en silencio.

—¿Quién mató a Singleton?

Meneó la cabeza de un lado a otro. El pelo negro cayó sobre su gris y miserable rostro. Me avergonzaba de lo que le estaba haciendo, así que continué.

—Estabas con Singleton cuando se fue de Arroyo Beach. ¿Fue un secuestro? ¿Lo entregaste a una banda y luego tuviste que matarlo? ¿Tuviste que matarlo porque Lucy tenía planes? ¿Soñaba Lucy con cinco de los grandes y tuvo que morir antes de que el sueño se hiciera realidad?

—No has entendido nada. Yo no entregué a Charlie Singleton. Nunca le habría hecho daño, y tampoco a Lucy. Ella era mi amiga, como ya sabes.

—Continúa.

—No puedo —dijo—. No soy una soplona. No puedo.

—Vamos al depósito de cadáveres a echarle un vistazo a Charlie. Entonces hablarás.

—No. —La respuesta fue como un espasmo de vómito—. Déjame en paz un momento. Prométeme que me dejarás en paz y te diré algo que no sabes. Algo importante.

—¿Qué?

—¿Quieres dejarme en paz? Te lo juro, soy inocente.

—Vamos al hecho importante.

Tenía la cabeza gacha, pero su mirada azul se posaba de soslayo sobre mi cara.

—Ese cadáver no es de Charlie Singleton.

—¿De quién es?

—No lo sé.

—¿Dónde está Singleton?

—No puedo responderte. Me prometiste que me dejarías en paz.

—¿Cómo sabes que no es Singleton?

—Esa pregunta no forma parte del trato —dijo vagamente. Tras la agitación de los párpados, su mirada azul llameaba vacilante.

—La plantearé como una hipótesis. Tú sabes que el de esta mañana no es Singleton porque a él lo mataron hace dos semanas. Le dispararon, y tú lo viste. ¿Sí o no?

No respondió. Solo se desplomó sobre mí. Su respiración se aceleró como la de un animalito. Tuve que sostenerla.

23

Escuché una voz chillona a mis espaldas.

—Quítele las manos de encima a mi mujer.

El doctor Benning estaba de pie, junto a la puerta de la cocina, con una mano apoyada en el pomo. Llevaba el sombrero puesto y una Biblia de cuero negro bajo el brazo. Me moví hasta quedar entre él y su mujer.

—A usted le estaba esperando, doctor.

—Basura —gritó—. Estiércol. Vengo de la casa de Dios y me encuentro… —El temblor de su boca no lo dejó acabar.

—No ha pasado nada —dijo la mujer detrás de mí.

Benning tenía ojos de cordero degollado. El pomo y el marco de la puerta sustentaban todo su peso. Su cuerpo vibraba como un diapasón.

—Me estáis mintiendo, los dos. Usted tenía las manos sobre ella. Reconocimiento carnal. —Las palabras se anudaban en su garganta intentando ahogarlo—. Como los perros. Como dos perros en la cocina de mi hogar.

—Ya está bien. —La mujer pasó por mi lado—. Corta el rollo, ya te he dicho que no ha pasado nada. ¿Y qué harías tú si hubiera pasado algo?

El médico respondió de forma inconexa.

—Yo te eché una mano. Yo te saqué de una alcantarilla. Tú me lo debes todo. —El choque había hecho estallar una mina de clichés

enterrada en su mente.

—¡Buen Doctor y Buen Samaritano! ¿Qué harías, si hubiera pasado algo?

Se atragantó.

—Todo tiene un límite. En mi escritorio tengo una pistola…

—Así que me dispararías como a un perro, ¿no? —La mujer se plantó firme sobre sus piernas y se inclinó hacia él con actitud de pescadera. Su cuerpo parecía estar revelándose con todo su poderío, alimentándose de la debilidad de su marido.

—¡Me suicidaría! —gritó él con voz aguda.

Se le escaparon unas lágrimas que echaron a rodar por los surcos de su nariz. Era de la clase de suicida que nunca reuniría el valor necesario para suicidarse. De repente comprendí por qué su explicación sobre los miedos de Lucy había resultado tan convincente. Hablaba de sus propios miedos.

Su mujer dijo:

—Adelante. No voy a impedírtelo. Igual no es mala idea.

Se acercó a él con las manos en las caderas, azotándolo verbalmente.

El hombre se encogió, retrocediendo con una mano extendida hacia ella, suplicándole piedad. Su sombrero se enganchó en el extremo de un toallero y cayó al suelo. Benning parecía estar desintegrándose.

—No, Bess —imploró, y siguió tan rápido que apenas se le entendió—. No era mi intención. Te amo. Eres todo lo que tengo.

—¿Desde cuándo me tienes?

Él se volvió hacia la pared, quedando de cara al yeso rugoso con los hombros caídos. Dejó caer la Biblia al suelo.

La tomé del brazo por detrás.

—Déjalo en paz.

—¿Por qué?

—No soporto ver a un hombre humillado por una mujer.

—Tú ya puedes largarte.

—La que se va a largar eres tú.

—¿Con quién crees que estás hablando? —Seguía caliente, pero como si fuera un plato recalentado.

—Con la novia de Singleton —le dije al oído—. Ahora lárgate. Quiero hablar de un par de cosas con tu marido.

La empujé fuera de la cocina y cerré la puerta. No intentó volver a entrar, pero podía percibirse su presencia detrás de la puerta.

—Doctor Benning.

Se estaba tranquilizando. Al cabo de un momento se volvió hacia mí. A pesar de la calva, la edad y su aspecto maltrecho, parecía un adolescente con el corazón roto.

—Ella es todo lo que tengo —dijo—. No la aparte de mí.

Peldaño a peldaño, descendía a un infierno de humillación. Se me acabó la paciencia.

—No la querría ni regalada. Ahora céntrese por un momento y dígame dónde estaba su mujer ayer entre las cinco y las seis de la tarde.

—Estaba aquí. Conmigo. —Entre las dos frases lanzó un hipo de angustia.

—¿Y dónde estaba anoche entre las doce y las ocho de esta mañana?

—En la cama, por supuesto.

—¿Puede jurarlo sobre la Biblia?

—Sí, puedo. —Recogió la Biblia y la sostuvo apoyando su mano derecha sobre la cubierta—. Juro que mi esposa Elizabeth Benning estaba en esta casa conmigo ayer por la tarde entre las cinco y las seis y toda la noche entre las doce y las ocho de esta mañana. ¿Está satisfecho?

—Sí. Gracias. —No lo estaba, pero era lo mejor que tenía hasta que encontrara más pruebas.

—¿Eso es todo? —Parecía decepcionado. Me pregunté si tenía miedo de quedarse a solas en la casa con esa mujer.

—No. Hasta ayer usted tenía una criada. Florie, ¿verdad?

—Florida Gutiérrez, sí. Mi mujer la despidió por incompetente.

—¿Sabe su dirección?

—Claro. Estuvo trabajando para mí casi un año. Hidalgo Street 437, apartamento F.

Cuando abrí la puerta la señora Benning estaba de pie al otro lado. Se pegó a la pared para dejarme pasar. Ninguno de los dos habló.

El edificio de una planta de Hidalgo Street estaba frente a un callejón lleno de basura. Al otro lado del callejón se levantaba un alambrado alto que rodeaba un patio con maderas apiladas. Al bajar del coche, noté el olor a pino blanco.

Delante de la galería techada que abarcaba todo el edificio había un mexicano gordo sentado en una silla apoyada contra la pared. Llevaba una camisa verde brillante de seda artificial que dejaba a la vista todos los michelines de la barriga y el pecho.

—Buenos días —lo saludé.

—Buenas tardes, creo yo —me respondió.

Se quitó un cigarrillo marrón de la boca y desplazó su peso, asentando las pantuflas en el suelo. En la pared, donde antes apoyaba la cabeza, había una mancha de grasa. A su lado se veía una puerta abierta con la letra A pintada en rojo con un trazo chapucero.

—Buenas tardes —rectifiqué—. ¿El apartamento F?

—La segunda puerta al final. —Señaló con el cigarrillo hacia el fondo de la galería, donde había un grupo de hombres y mujeres de piel oscura con ropa dominguera sentados a la sombra—. Si busca a Florida, no está.

—¿Florida Gutiérrez?

—Gutiérrez —me corrigió, acentuando el nombre en la segunda sílaba—. Se ha marchado.

—¿Adónde?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Me dijo que se iba a vivir con su hermana a Salinas. —Sus ojos marrones mostraron un cinismo amable.

—¿Cuándo se fue?

—Anoche, a eso de las diez. Debía cinco semanas de alquiler. Llegó con un puñado de billetes y dijo: «¿Cuánto debo? Me voy a vivir con mi hermana a Salinas». Yo vi al tipo que la esperaba en un cochazo y le dije: «Florida, qué cambiada está tu hermana». Y ella me dijo: «Es mi cuñado». Y yo le dije: «Eres una muchacha con suerte, Florida. Esta mañana parecía que ibas a morirte de hambre, y por la noche te piras con tu cuñado en un Buick». —Se colocó el cigarrillo entre sus dientes blancos y sonrientes y echó una bocanada de humo.

—¿Ha dicho un Buick?

—Un Buick impresionante —dijo—, con agujeros a un lado. Y una chica tonta con agujeros en la cabeza pirándose en el coche. ¿Yo qué puedo hacer? —Extendió las manos con alegre resignación—. Ella no es de la familia Martínez. Gracias a Dios —concluyó suspirando.

—¿Recuerda de qué color era el coche?

—No estoy seguro. Era de noche. Yo diría que azul o verde.

—Y el hombre, ¿qué aspecto tenía?

Me lanzó una mirada esquiva.

—¿Florida tiene problemas? ¿Es usted policía?

Le enseñé mi identificación y lo escuché deletrear.

—Ya me olía yo que estaba en problemas.

—¿Era un hombre joven y guapo?

—Era un hombre de mediana edad. No se bajó del coche, ni siquiera cuando Florida salió con las maletas. ¡Qué poco caballeroso! Me dio mala espina, fíjese.

—¿Podría describirlo?

—No llegué a verlo muy bien.

—Sé quién puede ser —dije—. Uno de pelo corto, castaño, un poco gordo, con pinta de sospechoso, mirada de borrachín, sombrero panamá, una chaqueta de color claro. Se hace llamar Julián Desmond.

Chasqueó los dedos.

—Sí señor, es ese tipo. Florida lo llamó Julián. ¿Es su cuñado?

—No. Y usted lo ha calado. Creo que conoce muy bien esta ciudad, señor Martínez.

El comentario le hizo gracia.

—¡Llevo sesenta y tres años aquí! Y mi padre nació aquí.

—Tal vez pueda responderme a una pregunta. Si usted fuera Julián y quisiera llevarse a Florida a un hotel para pasar la noche, ¿adónde iría?

—Supongo que a cualquiera de la zona baja.

—Nómbreme algunos, por favor. —Saqué mi libreta.

Se le oscureció la mirada, nervioso por la idea de que escribiera todo lo que él dijera.

—Lo que ocurre con ella, ¿es serio?

—No. A ella la necesitamos como testigo.

—¿Cómo testigo? ¿Eso es todo? ¿Testigo de qué?

—El Buick en el que se marchó tuvo un accidente esta mañana. Intento identificar al conductor.

El hombre suspiró aliviado.

—Será un placer ayudar.

Me marché con la dirección de varios hoteles: el Ranchería, el Bella, el Oklahoma, el California, el Great West, el Pacífico, el Rivera. Tuve suerte en el tercer intento, que resultó ser el Great West.

24

Era un hotel ferroviario situado en Main Street, entre las vías del tren y la carretera. Su fachada de ladrillo con pequeñas ventanas era lúgubre, como si los grandes camiones que llevaban años pasando hubieran acabado con el espíritu de la era del vapor. En el vestíbulo había escupideras de latón abolladas en el suelo y fotograbados de la Union Pacific en las paredes. Cuatro hombres jugaban a las cartas en una mesa cerca de la ventana. Tenían los rostros tranquilos y las manos cansadas de los trabajadores ferroviarios que envejecen con puntualidad.

El recepcionista era un anciano delgaducho con visera verde y chaqueta negra de alpaca. Sí, el señor y la señora Desmond estaban registrados: habitación 310, tercera planta. No tenían teléfono, podía subir. El botones tenía el domingo libre, añadió quejándose.

Me dirigía al ascensor cuando el recepcionista me llamó.

—Espere un momento, joven, ya que sube… Este telegrama llegó esta mañana para el señor Desmond. No quería molestarlo.

La visera verde era una prolongación cadavérica de su rostro.

Cogí el sobre amarillo cerrado.

—Se lo entregaré al señor Desmond.

—El ascensor no funciona —dijo lamentándose—. Tendrá que subir por las escaleras.

En el segundo piso hacía más calor que en el primero. El tercero era sofocante. Al final de un pasillo sin ventanas iluminado por bombillas de veinte vatios encontré la puerta que estaba buscando. Un cartel de no molestar colgaba del pomo.

Llamé. Los muelles del colchón gimieron. Una mujer preguntó, con voz dormida:

—¿Quién es? ¿Eres tú, Julián?

—¿Florie? —me atreví.

Se oyeron pasos tambaleantes que se acercaban a la puerta. La mujer buscaba la cerradura a tientas.

—Un momento. Esta mañana me he despertado ciega.

Me guardé el telegrama en el bolsillo interior de la chaqueta. La puerta se abrió y yo entré. Florie me miró en silencio durante cinco o seis largos segundos. Tenía el pelo enmarañado y revuelto. Sus ojos colgaban oscuros y pesados bajo los párpados. En la postura de terror que había adoptado su cuerpo, sus pechos y caderas parecían extrañamente irrelevantes. La boca manchada de rojo sobre el fondo de su cara pálida parecía una rosa marchita pegada en un cuadro.

Regresó a la cama apresurada y se tapó con la sábana. Tenía la boca abierta y se le veían las encías. La cerró con esfuerzo.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—De ti nada, Florie. Tranquila.

El aire rancio de la habitación estaba impregnado de alcohol y perfume barato. Una jarra medio llena de moscatel reposaba en el suelo, junto a la cama. La ropa estaba desparramada por el suelo, las sillas y el tocador. Imaginé que ella se había desvestido con una furia tambaleante antes de caer redonda.

—¿Quién es usted? ¿Lo envía Julián?

—Me envía la asociación de hoteles para controlar que no haya datos falsos en el registro. —No mencioné que ese trabajo ya lo había dejado hacía diez años.

Su boca habló por encima del borde tirante de la sábana.

—Yo no me registré. Él lo hizo. Todo es por su culpa. Además, no hemos hecho nada. Él me trajo aquí anoche y me dejó con una jarra

de moscatel. Luego se fue y no he vuelto a verlo. Lo esperé despierta casi toda la noche. No regresó. ¿Cómo puede usted acusarme de nada?

—Haremos un trato. No presentaré cargos, pero tendrás que colaborar.

La desconfianza le oscureció el rostro.

—¿Qué quiere decir con *colaborar*? —Su cuerpo se retorció inquieto bajo las sábanas.

—Responder a unas preguntas. Estoy buscando a Desmond. Todo indica que te ha dejado.

—¿Qué hora es?

—La una y media.

—¿Del domingo?

—Ajá.

—¡Él no me ha dejado! Prometió que me llevaría de viaje. —Se incorporó sobre la cama, cubriéndose los enormes pechos con la sábana.

—¿Cómo diste con él?

—Yo no di con él. Él vino a la consulta la semana pasada a última hora, el jueves por la noche. Yo estaba acabando de limpiar. El doctor ya se había ido a la biblioteca o a algún otro sitio, y yo estaba sola.

—¿Dónde estaba la señora Benning?

—Supongo que estaría arriba. Sí, ella estaba arriba con esa chica de color amiga suya.

—¿Lucy Champion?

—Ésa. Hay gente que tiene amistades muy raras. Esa Lucy vino a verla y las dos subieron para hablar. Julián Desmond dijo que era a mí a quien quería ver. Me vino con el cuento de que reclutaba ayudantes de enfermeras para trabajar en Hawái por cuatrocientos dólares al mes. Supongo que fui una idiota. Le dejé que me sacara para quién trabajaba y él me invitó a salir esa misma noche y me emborrachó y me hizo un montón de preguntas sobre la señora Benning y Lucy. Le dije que de Lucy sabía poco y nada, y lo mismo

de la señora Benning. Él quería saber cuándo había regresado ella con su marido y si se había teñido el pelo y si realmente estaban casados, ese tipo de cosas.

—¿Y tú qué le contaste?

—Le conté que ella había vuelto un fin de semana, hace dos semanas. Yo llegué un lunes a trabajar y ella estaba allí. El doctor me dijo: «Te presento a mi mujer. Ha estado trabajando en un sanatorio». Para mí no tenía pinta de santa… —Florie se calló de repente, apretando los labios con fuerza—. Eso fue todo lo que le conté. Me di cuenta de lo que estaba tramando, y yo en esos juegos de chantaje no entro.

—Ya veo. ¿Y qué fue lo que no le contaste?

—Nada, se lo conté todo. No sé nada más de la señora Benning. Ella es un misterio para mí.

Probé otra manera de acercarme.

—¿Por qué te despidió anoche?

—No me despidió.

—¿Por qué te fuiste?

—No quería seguir trabajando para ella.

—Pero hasta ayer trabajabas para ella.

—Sí, claro, eso fue antes de que me despidiera… De que yo me fuera.

—¿Estuviste todo el sábado en la casa?

—Hasta las seis de la tarde. Siempre salgo a las seis, a menos que tenga que limpiar. Quiero decir que ayer lo hice.

—¿La señora Benning estuvo toda la tarde en la casa?

—Casi toda la tarde. Salió en un momento, dijo que iba de compras.

—¿A qué hora salió?

—A eso de las cinco, un poco antes de las cinco.

—¿A qué hora volvió?

—Yo me fui antes de que volviera.

—¿Y el doctor?

—Estaba allí, que yo sepa.

—¿No salió con ella?

—No, dijo que iba a dormir la siesta.

—¿Cuándo volviste a verla después de eso?

—No volví a verla.

—La viste en el Tom's Café a eso de las ocho.

—Sí. Es verdad, lo había olvidado. —Florie empezaba a inquietarse.

—¿Te dio dinero?

Dudó.

—No. —Pero no pudo evitar desviar la mirada hacia el bolso rojo de plástico que estaba encima del tocador.

—¿Por qué te dio dinero?

—No me dio.

—¿Cuánto te dio?

—Lo que me debía —tartamudeó—. Me debía un pago.

—¿Cuánto?

—Trescientos dólares.

—Eso es muchísimo, ¿no?

Levantó la mirada al techo y volvió a dejarla caer sobre el tocador. Se quedó mirando fijamente el bolso rojo, como si estuviera vivo y a punto de echar a volar.

Finalmente encontró la palabra.

—Era un extra. Me dio un extra.

—¿Por qué te lo dio? ¿No dices que no le gustabas?

—A usted tampoco le gusto —dijo en un tono infantil—. Yo no he hecho nada malo. No entiendo por qué tiene que presionarme.

—A mí sí me gustas —mentí—. Lo que ocurre es que intento resolver algunos asesinatos. Y tú eres un testigo clave.

—¿Yo?

—Tú. ¿Para qué te pagó, qué es lo que tienes que callar?

—Si soy testigo, ¿tendré que devolver el dinero? ¿El extra?

—No, si no dices nada al respecto.

—¿Usted no dirá nada?

—No me tomaría esa molestia. ¿Qué compró ella, Florie?

Esperé mientras la oía respirar.

—Vi sangre —dijo—. Unas gotas de sangre seca en el suelo de la consulta. Las limpié.

—¿Cuándo?

—Hace dos semanas, el lunes que vi por primera vez a la señora Benning. Le pregunté al doctor por la sangre y me dijo que había habido una emergencia el fin de semana… Un turista se cortó un dedo. No volví a pensar en ello hasta que anoche la señora Benning me sacó el tema.

—Como la mujer que le decía a sus hijos que no se metieran guisantes en la nariz.

—¿Quién era ésa? —preguntó Florie con curiosidad.

—Es una historia. El tema es que en cuanto la madre se daba media vuelta los niños se metían guisantes en la nariz. Apuesto a que le contaste a Desmond lo de la sangre en cuanto la señora Benning se dio la vuelta.

—No lo hice —dijo con un peculiar tono de lamento, como admitiendo cierta culpa y responsabilidad, pero argumentando que no podía evitar que la gente siempre la pervirtiera.

Se desvió del tema.

—Además, no se llama Desmond. Su nombre es Heiss o algo parecido. Le eché un vistazo a su permiso de conducir.

—¿Cuándo lo viste?

—Anoche, en el coche.

—¿Era un Buick?

—Sí. Yo creo que era robado. Pero si es así, yo no tuve nada que ver. Él ya traía el coche cuando vino a buscarme para hacer la mudanza. Intentó hacerme creer que se lo había encontrado, así que imagínese. Dijo que valía unos cinco mil, o quizás más. Yo le dije que eso era mucho dinero para un Buick de segunda mano y él se echó a reír.

—¿Era un sedán verde del 48?

—Del año no tengo ni idea. Era un Buick verde. Yo creo que lo robó… ¿Usted qué cree?

—Yo creo que es cierto que se lo encontró. ¿Te dijo dónde?

—No. Pero tiene que haber sido en la ciudad. A la hora de la cena no tenía coche, y luego cuando pasó a recogerme a las diez apareció en un Buick. ¿Dónde podría encontrarse un Buick?

—Buena pregunta. Vístete, Florie. No miraré.

—¿Va a detenerme? Yo no he hecho nada… Nada malo.

—Quiero que identifiques a alguien, eso es todo.

—¿A quién?

—Otra buena pregunta.

Fui hasta la ventana e intenté abrirla. Apenas podía respirar en el cargado y fétido ambiente de aquella pequeña habitación. La ventana se levantó diez centímetros y se atascó. Orientada hacia el norte, ofrecía una vista del Ayuntamiento y el hotel Mission. En las calles soleadas y desiertas, algunos peatones andaban con pesadez y escasos coches circulaban con pereza, produciendo un ronquido de motores. A mis espaldas oí un peine enredado, las maldiciones de Florie por lo bajo, el chasquido de una faja, el roce de unas medias de seda, unos tacones en el suelo y un grifo de agua abierto.

Bajo la ventana, en una parada de autobuses, una hilera de pasajeros subían a un polvoriento autobús azul: una mujer mexicana embarazada con su manada de niños morenos semidesnudos, un anciano con bastón proyectando una sombra de trípode en el asfalto, dos jóvenes soldados con pinta de aburrirse en cualquier viaje bajo cualquier cielo. La hilera avanzaba despacio, como una serpiente colorida borracha de sol.

—Ya estoy lista —dijo Florie.

Llevaba una chaqueta roja brillante sobre la blusa de batista y el pelo peinado hacia atrás. Su rostro descubierto parecía más duro bajo el maquillaje blanco y rojo. Me miró con ansiedad, cogiéndose los bordes de la chaqueta.

—¿Adónde vamos?

—Al hospital.

—¿Está en el hospital?

—Ya veremos.

Llevé su maleta de cartón hasta la recepción. Heiss había pagado por adelantado. El conserje no me preguntó por el telegrama. Las miradas astutas de los jugadores de naipes nos acompañaron a través del vestíbulo hasta la calle.

En mi coche, Florie se entregó a la somnolencia de su resaca. Yo conduje a través de la ciudad hasta el hospital forense. Las calles y los edificios titilaban sumergidos en el calor, oscurecidos por el polvo y los insectos que salpicaban el parabrisas, como si fuera la imagen de una ciudad refractada por la mente de Florie. Bajo las ruedas, el asfalto era tan blando como la carne.

En el depósito de cadáveres hacía frío.

25

Ella salió temblando. Sujetaba el bolso rojo contra su pecho como si fuera un corazón externo que no podía quedarse quieto. Yo la llevaba del brazo. En la puerta del ambulatorio se apartó de mí y se dirigió sola al coche. En el aparcamiento, cegada por la luz, tropezó sobre sus tacones altos.

Me senté frente al volante y ella me miró como si mi cara estuviera carbonizada, y se alejó de mí pegándose a la puerta del pasajero. Sus ojos eran como canicas de vidrio negro.

Saqué el sobre amarillo del bolsillo interior de mi chaqueta: SEÑOR JULIAN DESMOND. GREAT WEST HOTEL, BELLA CITY, CALIFORNIA. Mientras Heiss estuviera vivo, abrirlo sería un delito. Como estaba muerto, podía usarlo como prueba.

Era un telegrama enviado desde Detroit por alguien que firmaba como «Van».

> EXAMINADO HISTORIAL DE LOS DURANO REPORTO LO SIGUIENTE. LEO DETENIDO ATRACO A MANO ARMADA 1925 EDAD VEINTE CONDENA SEIS DETENIDO 1927 SECUESTRO SUPUESTA VINCULACIÓN CON LA PURPLE GANG DETENIDO 1930 SOSPECHOSO DE ASESINATO NO IMPUTADO NO TESTIGOS 1932 ASESINATO COARTADA IRREFUTABLE ABSUELTO. DISUELTA LA PURPLE GANG LEO A CHICAGO MATÓN A SUELDO TRES-CUATRO AÑOS LUEGO AFILIADO SINDICATO TAPADERA CONCESIÓN GUARDARROPÍA. DETENIDO CORRUPCIÓN DE MENORES PRINCIPIOS 1942 INTERNADO HOSPITAL PSIQUIÁTRICO

DIAGNÓSTICO DESCONOCIDO ALTA MÉDICA OCTUBRE 1942 TUTELA HERMANA UNA TAQUÍGRAFA CONTABLE. LOTERÍA ILEGAL INTENTO INFILTRACIÓN FÁBRICA WILLOW RUN BANDA DESARTICULADA 1943. 1944 LEO Y UNA MONTAN LOTERÍA ILEGAL BASE EN DETROIT TODAVÍA FUNCIONA GANANCIA SEMANAL ESTIMADA DOS-TRES MIL NETOS. LEO Y UNA NO VISTOS EN MICHIGAN DESDE ENERO CASA YPSILANTI CERRADA CUENTAS BANCARIAS A CARGO DE WILLIAM GARIBALDI ALIAS GARBOLD ANTIGUO ALUMNO DE LA PURPLE. ELIZABETH BENNING NINGÚN REGISTRO LEO VIVIENDO CON BESS WIONOWSKI PREVIA PARTIDA DE MICHIGAN. ¿SIGO INVESTIGANDO?

—Debería ir a algún sitio y acostarme —dijo Florie con un hilo de voz—. Usted no me dijo que estaba muerto. No me dijo que le habían prendido fuego. Un choque como éste puede matar a una chica.

Guardé el telegrama.

—Lo siento. No sabía quién era hasta que lo identificaste. ¿Por qué estabas tan segura?

—Trabajé un tiempo para un dentista. Me fijo en los dientes. Julián tenía una dentadura en mal estado. Lo reconocí por los empastes. —Levantó la mano para proteger sus oscuros ojos vidriosos—. ¿Me llevará a un sitio donde pueda acostarme?

—Primero a la policía.

Brake estaba sentado en su escritorio con un sándwich mordido en la mano. Tenía las mejillas abultadas por el mordisco que le había dado, y masticaba rítmicamente. Dijo:

—Mi mujer se puso a hacer sándwiches para un regimiento antes de que me acordara de avisarle que se cancelaba el picnic. Le dije que trajera algunos, para ahorrarme el dinero del almuerzo. Con lo que gasto, cada vez me queda menos dinero.

—¿Incluso haciendo horas extras?

—Lo que saco por las horas extras lo ahorro para comprarme un yate. —Brake sabía que yo estaba al corriente de que ningún policía cobra por las horas extras.

—La señorita Gutiérrez ha identificado a la víctima carbonizada. —Me volví hacia ella—. Éste es el teniente Brake.

Florie, que se había quedado en la puerta, dio un tímido paso adelante.

—Encantado. El señor Archer me convenció para cumplir con mi deber.

—Bien por él. —Brake se metió el resto del sándwich en la boca. Daba igual lo que fuera a presenciar u oír, lo primero era acabarse el sándwich—. ¿Conocía a Singleton? —me preguntó.

—No. No es Singleton.

—¡Cómo que no! La matrícula estaba a nombre de Singleton, y el número del motor lo confirma. —Le dio un golpe con la mano a la fina hoja del teletipo que estaba sobre la pila de su bandeja de entrada.

—Era el coche de Singleton pero él no iba dentro. El cuerpo pertenece a Maxfield Heiss. Era un detective de Los Ángeles. Florie lo conocía.

—No es que lo conociera. Se me acercaba para sacarme información sobre mis jefes.

—Entre, señorita Gutiérrez, y cierre la puerta. Dígame, ¿quiénes son sus jefes?

—El doctor Benning y su mujer —me anticipé.

—Déjela hablar. Señorita Gutiérrez, ¿qué quería averiguar ese hombre sobre ellos?

—Cuándo regresó la señora Benning, si se había teñido el pelo y esas cosas.

—¿Y algo sobre un asesinato?

—No, señor. Julián nunca dijo nada sobre un asesinato.

—¿Qué Julián?

—Heiss usaba un alias —aclaré—. Deberíamos ir directo a lo de Benning.

Me volví hacia la puerta. A un lado había un tablero de corcho con varias circulares de buscado clavadas con chinchetas. Me pregunté cómo se vería la señora Benning retratada en ese crudo blanco y negro.

Brake dijo:

—Señorita Gutiérrez, ¿puede usted identificarle bajo juramento?

—Supongo que sí, ya que insisten.

—¿Supone que sí?

—No me gustan los juramentos, no van con una mujer.

Brake bufó, se puso de pie y salió dejándome a solas con Florie. Regresó con una mujer policía uniformada, de pelo blanco y ojos color granito.

—La señora Simpson se quedará con usted, señorita Gutiérrez, hasta que yo regrese. No está detenida, para que lo sepa.

Brake y yo salimos por la rampa hacia el aparcamiento.

—Vamos en mi coche. Quiero que lea esto. —Le entregué el telegrama de Detroit.

—Espero que tenga más sentido que lo que dice esa niñata. Es una retrasada.

—Ella puede ver y recordar.

Gruñó mientras subía al coche.

—¿Qué ha visto?

—Sangre. Sangre seca en el suelo de la consulta de Benning. Tuvo que limpiarla.

—¿Cuándo? ¿Ayer?

—Hace dos semanas. El lunes siguiente al fin de semana que dispararon a Singleton.

—¿Sigue convencido de que le dispararon?

—Lea el telegrama. A ver qué interpreta. —Arranqué el coche y me dirigí hacia la casa de Benning por una de las arterias principales de la ciudad.

Brake levantó la vista del papel amarillo.

—Esto no tiene mucho sentido para mí. Es el historial delictivo de un gánster al que no conozco. ¿Quién es Durano?

—Un agente de lotería ilegal de Michigan. Ahora está en California. Su hermana Una es la que me contrató al principio.

—¿Para qué?

—Creo que su hermano disparó a Singleton. Lucy lo vio, y Una quería encontrarla y silenciarla.

—¿Dónde está él ahora?

—No sabría decirlo. —Pero la imagen del tipo con la pistola de juguete estaba viva en mi mente.

—Qué extraño que no me lo contara antes.

—No podía contarle lo que no sabía —mentí—. Acabo de dar con ese telegrama en el hotel donde se alojaba Heiss.

—Está montándose una película a partir de un telegrama. Y ni siquiera hay pruebas, a menos que le ponga las manazas encima al tipo que lo envía. ¿Quién es este Van?

—Parece un secreta que trabaja para una agencia de Detroit.

—El trabajo de las agencias cuesta dinero. ¿Heiss era un pez gordo?

—No, pero no perdía la esperanza. Pensaba que sacaría un buen pellizco en este caso, empezando por la recompensa de Singleton.

—¿Qué hacía con el coche de Singleton?

—Le dijo a Florie que se lo encontró. Era una prueba que le ayudaría a cobrar la recompensa. Antes de eso, intentó usar a Lucy como testigo. Pero la recompensa de Singleton solo era el principio. Pensaba ganar mucho más.

—¿Chantajeando a Durano?

—Es posible.

—¿Cree que esos mañosos lo quemaron?

—También es posible.

Llegamos a la manzana de Benning. Aparqué delante de la barbería que había junto a su casa. Brake salió del coche.

—¿Cree que es posible algo de todo lo que usted sospecha?

—No puedo estar seguro de nada. Es típico de casos como éste. Tenemos pocas pruebas concretas y pocos testigos sinceros. No hay un solo detalle lo bastante claro. Pero empiezo a hacerme una idea del conjunto.

—Hable claro.

—Tengo una corazonada sobre cómo encajan las piezas de este caso. Hay muchas personas implicadas, así que no es sencillo. Incluso con dos personas, los actos son difíciles de descifrar.

—Déjese de rollos intelectuales. Centrémonos. Si son asesinatos cometidos por mañosos, ¿qué hacemos aquí? La señora Benning no pinta nada.

—La señora Benning es la pieza central del rompecabezas —dije —. Tenía a tres hombres en un puño. Durano, Singleton y Benning. Durano mató a Singleton por ella. Ella escapó para no enfrentarse a una investigación y regresó con Benning para pedirle ayuda.

—¿Y qué hizo con Singleton?

—Mejor se lo preguntamos a ella.

26

La casa de Benning, oscura y gris, parecía exhalar su propia penumbra en ruinas. Como una criatura de las penumbras, pálida y parpadeante, el doctor se asomó a la puerta.

—Buenas tardes, teniente.

A mí me miró sin saludarme. Brake hizo relampaguear su placa indicando que no era una visita social. Benning retrocedió de repente, cogió su sombrero del perchero del vestíbulo y se lo puso.

—¿Va a salir, doctor?

—No, ¿por qué? En casa suelo llevar sombrero —respondió a Brake con una sonrisa vergonzosa.

El vestíbulo estaba oscuro y frío. Un olor a madera podrida, que antes no había notado, impregnaba la estancia. Los hombres con sentido del fracaso como Benning tenían el don de escoger el ambiente adecuado para el fracaso, o de crearlo a su alrededor. Agucé el oído para detectar la presencia de la mujer en la casa. Ningún sonido, salvo un grifo que goteaba en alguna parte, como una hemorragia interna.

Brake habló en un tono formal.

—Quisiera ver a la señora conocida como la señora Benning.

—¿Se refiere a mi esposa?

—Exacto.

—¿Entonces por qué no lo dice así? —replicó Benning con sarcasmo. Con el sombrero puesto, empezaba a animarse.

—¿Está en casa?

—En este momento no. —Al morderse el interior del labio superior, el doctor parecía un camello preocupado rumiando algo amargo—. Antes de responder a cualquiera de sus preguntas, y sin importar lo encantador que se muestre al formularlas, quisiera saber si está aquí en calidad oficial, o si solo se debe a un placer infantil por enseñar su placa.

Brake enrojeció.

—No encuentro placer en eso, doctor. Tengo a dos muertos registrados, y un tercero en el aire.

Benning tragó varias veces, la nuez de Adán subía y bajaba como un yoyó deformado.

—No estará sugiriendo que hay una conexión… —Las palabras cayeron en un silencio que pareció incomodarlo. Lo rellenó añadiendo —: Entre esas muertes y mi mujer.

—Le estoy pidiendo que coopere, doctor. Esta mañana ya lo hizo. No puedo combatir el crimen sin la cooperación de los ciudadanos.

Los dos hombres se miraron en silencio durante un rato. El silencio de Brake era más denso, sólido y resistente, como un tronco de árbol. El de Benning encerraba alarma y tensión, como si percibiese un sonido de alta frecuencia inaudible para nosotros.

Se aclaró la garganta haciendo oscilar el yoyó.

—La señora Benning se ha ido a San Francisco unos días. No ha sido fácil para ella volver a adaptarse a Bella City y a… la vida matrimonial. Después de las desagradables situaciones de los últimos dos días… en fin, hemos pensado que lo mejor sería que ella se tomara un descanso. Se marchó hace una hora.

—¿Dónde se alojará en San Francisco? —pregunté.

—Lo siento, no lo sé. Para Bess es importante disfrutar al máximo de su libertad personal y para mí es importante permitírselo. —Me miró fijamente, como desafiándome a comentar nuestro último encuentro.

—¿Cuándo volverá?

—Supongo que en una semana. Eso dependerá de los amigos que la alojarán.

—¿Qué amigos?

—Lo siento, eso tampoco puedo decírselo. No conozco a los amigos de mi mujer. Los últimos dos años estuvimos separados.

Escogía las palabras cuidadosamente, como si el menor descuido pudiera desencadenar una explosión que destruyera su casa y su vida. Supe que Bess lo había dejado y que no regresaría. Eso era lo que nos estaba ocultando a Brake y a mí, y quizás también a sí mismo.

—¿Por qué regresó después de estos dos años?

—Creo que se dio cuenta de que había cometido un error al dejarme. En cualquier caso, usted no puede interrogarme.

—El doctor tiene razón —dijo Brake—. Toda la razón. Por cierto, ¿cómo se ha ido su mujer?

—En coche. Ha cogido mi coche —remarcó fríamente—. Tenía mi permiso.

—Veamos, doctor, usted tiene un Chevy, ¿no es así?

—Un Chevrolet sedán azul del 46.

—¿Matrícula?

—5T1381.

Brake tomó nota.

—¿Por qué carretera se ha ido?

—No tengo ni idea. No irá a ordenar que la detengan en el camino…

—Primero quiero asegurarme de que no está aquí.

—¿Cree que le estoy mintiendo?

—En absoluto. Solo hago mi trabajo. ¿Me permite echar un vistazo?

—¿Tiene una orden de registro?

—No. Daba por hecho que no tenía nada que ocultar.

Benning consiguió sonreír.

—Claro. Se lo preguntaba por curiosidad. —Movió el brazo trazando en el aire un cuarto de círculo y acabó golpeándose los

nudillos contra la pared—. Adelante caballeros, siéntanse libres en mi propiedad.

Brake se dirigió a las escaleras que estaban al final del pasillo. Yo me dirigí con Benning a las habitaciones exteriores y me detuve en la consulta. Desde la puerta, dijo en voz baja:

—Conozco a mis enemigos, señor Archer, y a los enemigos de mi mujer. Conozco a los hombres como usted, insaciables. Lo que no pueden tener, lo destruyen. —Su voz se iba despertando como una tormenta, trayéndome recuerdos de nuestro encuentro anterior.

—¿Por qué volvió su mujer?

—Porque me amaba.

—¿Entonces por qué volvió a irse?

—Tenía miedo.

—¿De los Durano? ¿De la policía?

—Tenía miedo —repitió.

Eché un vistazo a las deslucidas paredes pintadas y al fregado suelo de linóleo. El grifo seguía goteando en el fregadero.

—¿Aquí fue donde Florie vio las manchas de sangre, doctor?

—¿Sangre? ¿Ha dicho sangre?

—Al día siguiente del regreso de su mujer había tres manchas de sangre en el suelo, según Florie.

—Ah, sí. Aquel domingo atendí una urgencia. Un paciente se cortó el dedo.

—Yo creo que su paciente vino el sábado por la noche a última hora. La señora Benning lo trajo para que usted lo atendiera. No se había cortado un dedo, sino que traía una bala en el cuerpo. Se llamaba Singleton. ¿Qué pasó con él, doctor, se murió mientras lo curaba?

—No sé de qué me habla.

—Yo creo que le practicó una operación a un paciente herido de gravedad sin dejar constancia, y que no pudo salvarle la vida.

—¿Se lo ha dicho a Brake?

—No. No me cuente entre sus enemigos. No me interesan las infracciones en el ejercicio de su profesión. Estoy buscando a un

asesino. Pero ni siquiera he podido demostrar que mataron a Singleton. ¿Lo mataron?

Nuestras miradas se encontraron y se trabaron, hasta que Benning apartó la suya.

—No estoy preocupado por mí —dijo titubeando.

—¿Por su mujer? ¿Fue ella la que le disparó?

No pudo volver a mirarme a los ojos. Los dos estábamos pendientes de los pasos solitarios de Brake bajando las escaleras y atravesando la casa.

Al entrar en la consulta, Brake advirtió la tensión que había entre nosotros.

—¿Qué pasa?

—Nada —dije.

Benning me miró con gratitud, y se enderezó.

—¿Ha mirado debajo de las camas, teniente?

—Lo he hecho. Su mujer se ha llevado toda la ropa. ¿Está seguro de que regresará?

—No tiene mucha ropa.

Brake cruzó la sala dirigiéndose al armario que yo había abierto la noche anterior. Frustrado, sacudió el pomo con violencia.

—¿Ha mirado aquí dentro, Archer?

—Es solo un armario —dijo Benning—. Dentro solo está mi esqueleto.

—¿Su qué?

—Es un esqueleto anatómico.

—Abra el armario.

Benning se acercó haciendo tintinear un juego de llaves en su mano. Mientras abría, nos dirigió una sonrisa amarga por encima del hombro.

—No pensarán que he encerrado a mi mujer aquí dentro…

Abrió la puerta. Desde su refugio atemporal, la cabeza calva enseñó una mueca sonriente, tenaz, desdeñosa. Benning dio un paso atrás observándonos, a la espera de un gesto de susto o de

sorpresa. Se mostró decepcionado al ver que no manifestamos ni lo uno ni lo otro.

—El señor Macabro —dije—. ¿De dónde lo sacó?

—Lo compré en una casa de suministros médicos. —Señaló una etiqueta de metal rectangular pegada en una de las costillas: SUNSET, S. A. EQUIPAMIENTO DE HOSPITALES. La noche anterior no la había visto.

—No hay muchos médicos que todavía tengan esto, ¿verdad?

—Lo tengo por una razón especial. Tuve que costearme la carrera de Medicina y nunca recibí una buena formación en anatomía. He tenido que estudiar por mi cuenta con la ayuda de este viejo amigo. —Apoyó un dedo en la caja torácica y dio un suave empujón haciendo oscilar todo el esqueleto—. Pobre y viejo amigo. Siempre me pregunto quién fue. ¿Un criminal convicto o un indigente que murió en un hospital de caridad? *Memento mori*.

Brake se estaba impacientando.

—Vámonos —dijo de repente—. Tengo trabajo.

—Todavía hay un par de cosas que quisiera hablar con el doctor Benning.

—Pues dese prisa. —Daba la sensación de que Brake había cruzado la delgada línea y empezaba a asustarse. Salió de la consulta como si quisiera distanciarse de mí.

El doctor lo siguió, contribuyendo a la nueva situación que se estaba produciendo. Habían sido dos contra él. Ahora eran dos contra mí.

—No me importa, teniente. Me encantará satisfacer al señor Archer y acabar con esto. Siempre y cuando el señor Archer pueda darse por satisfecho… —En la sala de espera, Benning se volvió hacia mí, como un actor que había estado intentando meterse en su personaje y finalmente lo había conseguido.

—Los testimonios se contradicen —dije—. Florie Gutiérrez dice que su mujer y Lucy Champion eran amigas. Usted afirma que no lo eran. Florie dice que su mujer no estaba en casa a la hora en que

mataron a Lucy, ayer por la tarde. Usted afirma que estaba aquí, con usted.

—No puedo ser objetivo cuando la reputación de mi mujer está en juego. Pero le diré lo que pienso de Florida Gutiérrez. Es una embustera incorregible. Y cuando mi mujer la despidió…

—¿Por qué la despidió?

—Por incompetente. Por deshonesta e incompetente. Esa mujer, Gutiérrez, nos amenazó con vengarse. Yo sabía que haría cualquier cosa con tal de perjudicarnos. Pero ha ido tan lejos que me sorprende hasta a mí. El rencor humano parece no tener límites.

—¿Estaba su mujer en casa entre las cinco y las seis de la tarde de ayer?

—Sí, estaba.

—¿Cómo lo sabe? Usted estaba durmiendo la siesta.

Se quedó callado medio minuto. Brake miraba desde la puerta, como un espectador desinteresado.

—No dormí —dijo Benning—. Podía oír su presencia en la casa.

—Pero no podía verla. Podría haber sido Florie. ¿Puede jurar que era su mujer?

Benning se quitó el sombrero e inspeccionó el interior, como si buscara una idea perdida.

—No puedo responder a esa pregunta —dijo con lentitud y dolor —. Y a ninguna otra. Ni siquiera en el tribunal podrían obligarme a testificar contra mi mujer.

—Usted le facilitó una coartada. Y, por cierto, no ha demostrado que sea su mujer.

—Nada sería más fácil. —Fue hasta la consulta y regresó con un documento plegado que entregó a Brake.

Brake le echó una ojeada y me lo pasó. Era un acta de matrimonio expedida en Indiana el 14 de mayo de 1943. Hacía constar que Samuel Benning, de treinta y ocho años, se había casado en esa fecha con Elizabeth Wionowski, de dieciocho años.

Benning me la quitó de las manos.

—Y ahora, caballeros, debo recordarles que mi vida privada y la de mi esposa no son asunto suyo. Como ella no está aquí para defenderse, les recuerdo que hay leyes contra la difamación, y que la detención improcedente es procesable.

—A mí no tiene que recordármelo —dijo Brake remarcando el pronombre personal—. Aquí no ha habido detención ni acusaciones. Gracias por su cooperación, doctor.

Brake me arrojó una mirada desde la puerta que se ciñó a mí como un lazo. Dejamos a Benning en el vestíbulo, apoyado en la mugrienta pared, como un contrafuerte más bien frágil. Apretaba el acta matrimonial contra su pecho como si fuera una prenda de amor, un cataplasma, un billete o una combinación de las tres cosas.

El interior de mi coche era un horno. Brake se quitó la chaqueta y la dobló sobre sus rodillas. Tenía manchas de sudor en toda la camisa.

—Ha ido demasiado lejos, Archer.

—No lo bastante, creo yo.

—Eso lo dice porque usted no tiene mi responsabilidad.

Reconocí que eso era cierto.

—No puedo arriesgarme —continuó—. No puedo hacer nada sin pruebas. No tengo nada que justifique la detención de la señora Benning.

—Ella es tan sospechosa como Alex Norris. Y él sigue detenido.

La respuesta de Brake fue categórica.

—Ha sido detenido durante veinticuatro horas y sin cargos. Eso es legal. Pero no se puede hacer lo mismo con gente como la señora Benning. Es la mujer de un médico, grábeselo. Con solo visitar a Benning ya me estoy jugando el tipo. Lleva toda su vida en esta ciudad. Su padre fue director de escuela durante veinte años. —Añadió a la defensiva—. En cualquier caso, ¿qué tenemos para sospechar de ella?

—¿No se ha quedado con el apellido de soltera que figuraba en el acta matrimonial? Elizabeth Wionowski. El mismo nombre que se menciona en el telegrama. Era la mujer de Durano.

—Eso no demuestra nada en relación con Singleton, aunque fuera una prueba, que no lo es. Lo que no entiendo de su historia es esa idea de una mujer cambiando de compañero como en un maldito baile tradicional. Eso no ocurre.

—Depende de la mujer. He conocido a mujeres que se entendían hasta con seis hombres a la vez. La señora Benning alternaba con tres. Tengo un testigo que dice que fue la amante de Singleton durante siete años, de manera intermitente. Regresó con Benning porque necesitaba ayuda…

Brake espantó mis palabras de sus oídos como si fueran mosquitos.

—No me cuente más. Tengo que llevar esto con cuidado o me las voy a ver negras.

—¿Usted o Norris?

—No me fastidie. Estoy llevando bien el caso. Si quiere traer a la señora Benning para que declare, estupendo. La escucharé. Pero yo no puedo salir a buscarla y traerla. Y no puedo detener al doctor porque su mujer se ha ido de viaje. A ella nadie le dijo que no abandonara la ciudad.

El sudor le caía por la frente, reuniéndose en sus cejas como el rocío en un matorral. Su mirada era sombría.

—Es su ciudad, teniente.

Lo dejé en la parte trasera del Ayuntamiento. No me preguntó qué pensaba hacer.

27

A última hora de la tarde crucé Arroyo Beach conduciendo por el bulevar del paseo marítimo. En la playa de palmeras alineadas había cuerpos esparcidos como en un campo de batalla. En el horizonte, el cielo y el mar se fundían en una bruma azul de la que emergían las colinas de las islas. Más allá, el fuego del sol rugía sobre las dunas. Me dirigí hacia el sur serpenteando entre un tráfico que avanzaba a paso de tortuga, como un ejército en retirada. Los árboles, encorvados, proyectaban largas sombras barrocas sobre la colina del cementerio. La sombra de la casa de los Durano abarcaba la mitad del prado que la separaba de la valla. Al llegar al camino de la entrada, me libré del atasco.

La puerta seguía cerrada con cadena y candado. En el poste había un botón debajo de un cartel que ponía: llame al timbre. Lo hice tres veces sin respuesta y regresé al coche a esperar. Al cabo de un rato, una figura pequeña salió de la casa. Era Una. Echó a andar impaciente por el camino de la entrada, avanzando, rechoncha, entre las altas y esbeltas palmeras de coco.

Al llegar a la puerta, su abrigo dorado brillaba como una cota de malla entre las barras.

—¿Qué quiere? ¿Usted?

Salí del coche y me acerqué. Ella me miraba a mí, y luego a la casa, como si dos hilos invisibles le dieran un tirón tras otro desde

ambas direcciones. Finalmente se quedó mirando al frente y empezó a retroceder.

—Quiero hablar de Leo —dije levantando la voz por encima del tráfico.

El nombre de su hermano la hizo volver en sí.

—No le entiendo.

—¿Leo Durano es su hermano?

—Y si lo fuera, ¿a usted qué le importa? Creía haberlo despedido ayer. ¿Cuántas veces tengo que despedirlo para que desaparezca?

—¿Ése era el problema con Max Heiss, que no quería desaparecer?

—¿Qué pasa con Max Heiss?

—Lo han matado esta mañana. Su renovación de personal va muy rápido, y todos sus ex empleados terminan igual.

Su expresión no cambió, pero la mano derecha con diamantes alcanzó una de las barras y se aferró a ella.

—Heiss tenía ideas de borracho. Si alguien lo mató, no es asunto mío. Ni de mi hermano.

—Es curioso —dije—, cuando vi a Heiss en el depósito de cadáveres pensé en usted, y en Leo. Leo tiene un historial bastante completo.

La mano saltó de la barra a su cuello como un crustáceo brillante.

—¿Ha visto a Bess Wionowski?

—Tuvimos una pequeña charla.

—¿Dónde está? —preguntó Una como si le doliera la garganta.

—Ha vuelto a desaparecer —dije—. ¿Podría abrir la puerta? No podemos hablar aquí.

—Claro.

Buscó a tientas en el bolsillo cuadrado de su abrigo. Yo ya tenía el dedo en el gatillo de mi pistola. Pero ella solo sacó una llave con la que abrió el candado. Quité la cadena y empujé la puerta.

Me sujetó del brazo.

—¿Qué ha ocurrido con Max Heiss? ¿Lo degollaron, como a Lucy?

—Lo quemaron como a Juana de Arco.

—¿Cuándo?

—Esta madrugada. Lo encontramos en las montañas, en un coche destruido. El coche era de Charles Singleton, y Heiss llevaba puesta la ropa de Singleton.

—¿La ropa de quién?

Me estaba clavando las uñas. El contacto era extraño y desagradable, era como tener el brazo envuelto en una rama espinosa. Me quité su mano de encima.

—Usted lo conoce, Una, el chico guapo con el que huyó Bess. Alguien le prendió fuego a Heiss, pero antes lo vistió con la ropa de Singleton para que pareciera que estaba muerto. Pero nosotros sabemos que no es así, ¿verdad?

—Si piensa que lo hizo Leo, está usted loco.

—Me sorprende que todavía se use esa palabra en su familia.

Bruscamente, apartó la mirada de mi rostro. Con la cabeza gacha, dijo:

—Esta mañana Leo estaba en la cama. Su enfermero puede decírselo. Leo está muy enfermo.

—¿Paranoia? —precisé—. ¿Paresia general?

Su calma se desgarró como una fotografía.

—¡Esos médicos embusteros de la clínica! Me prometieron la máxima discreción, secreto profesional. Pues así cumpliré yo cuando me envíen la factura.

—No culpe a la clínica. He presenciado muchos procesos judiciales que me permiten reconocer los síntomas de la paranoia.

—Pero nunca ha visto a mi hermano.

No era una pregunta, así que no respondí.

—Le veré ahora, con usted.

—He cuidado mucho de Leo —dijo echándose a llorar—. He contratado a enfermeros profesionales. ¡El mejor de los cuidados! El doctor viene a verle cada día. Trabajo y me sacrifico por mi hermano, preparándole todo lo que le gusta comer. *Spumone, minestrone*. No me importa darle de comer en la boca, si es necesario. —Se

reprimió y me dio la espalda, avergonzada por esa mujer mayor y solícita que luchaba por salir a la luz.

Le apoyé una mano en el brazo y la conduje hacia la casa. La parte superior del tejado rojizo ocultaba la luz del sol. Levanté la vista hacia la ventana con barrotes de la habitación donde Leo Durano había estado recibiendo el mejor de los cuidados, y oí una palabra silenciosa que se repetía varias veces como un eco.

Al entrar por la puerta principal, había una escalera caracol de hierro que conducía a la segunda planta. Una subió y yo la seguí por un pasillo sucio. Casi al final, el hombre robusto con la bata blanca estaba sentado en un sillón junto a una puerta cerrada.

Mi presencia lo sobresaltó.

—¿El doctor? —preguntó a Una.

—Es una visita.

Él sacudió la cabeza con desaprobación.

—Yo creo que no es el momento, señorita Durano. Esta tarde ha estado intratable. He tenido que inmovilizarlo.

—Abre la puerta, Donald —ordenó ella.

Él sacó una llave de la bata. En la habitación había un catre de hierro desnudo y la base de una mecedora descuartizada fijada al suelo. De las cortinas que cubrían la ventana con barrotes apenas quedaban unos jirones. En las paredes de yeso había huellas de manos y muescas, posiblemente hechas con los puños. El interior de la puerta estaba astillado y reparado con tablas de roble.

En el rincón del fondo, junto a la ventana, Durano estaba sentado en el suelo, contra la pared. Tenía los brazos plegados sobre el regazo, enfundados en una camisa de fuerza marrón con marcas de dientes a la vista. Nos miró a través del pelo negro y engrasado que le caía sobre la frente, la boca abierta y sangrante, como si intentara atrapar una palabra.

Se oyó una palabra: «Perdón».

Una corrió hacia él y cayó torpemente sobre sus rodillas cubiertas por pantalones.

—No te tratamos bien, Leo. Te pido perdón. —Tomó la cabeza de su hermano y la estrechó contra su pecho.

—Perdón —dijo él entrecortadamente—. Yo me perdono. Puesto en libertad y sin cargos. Les dije a los traperos: «No podéis con un hombre honesto ni con el hijo de un hombre honesto. —Les dije—. Voy a ocuparme de los asuntos de mi padre».

Rodeando la cabeza murmurante con ambos brazos, Una levantó la vista y me miró con desprecio.

—¿Ésta es la pobre criaturita que cometió ese crimen esta mañana, eh? Díselo Donald, ¿dónde estaba Leo esta mañana?

Donald tragó dolorosamente.

—¿Es usted policía?

—Casi —dije.

—Estaba en esta habitación. Toda la noche y toda la mañana. Todas las noches y todas las mañanas. Durano ya no se mueve de aquí.

—¡Cállate! —Una dejó a su hermano y se abalanzó sobre Donald —. No te pases de listo, bola de grasa. Incluso ahora él es mejor de lo que tú nunca podrás ser. Seguirías vaciando orinales por sesenta al mes si no fuera por Leo Durano. Para ti, «señor».

Él retrocedió ruborizado, encogiéndose de miedo como una esposa alemana tiranizada.

—Usted me preguntó, señorita Durano.

—¡Cállate! —Una pasó junto a él como una corriente de aire helada, enfilando a toda prisa por el pasillo.

—Donald —dije—. ¿Qué me dices del sábado de hace dos semanas? ¿Durano estaba aquí por la noche?

—No sabría decírselo. El sábado por la noche lo tenemos libre.

—¿Lo tenemos? ¿Tú y quién?

—Yo y Lucy, mientras ella trabajaba aquí. Anoche, la señorita Durano me pagó un extra para que me quedara. Anoche él no se encontraba bien.

—¿Quiere venir? —gritó Una desde la escalera.

Me llevó a la sala que yo había visto desde fuera, la que tenía un ventanal que daba a la parte posterior de la casa. El sol resplandecía fuera de control en el cielo del oeste, devorando los límites del mar. En la zona de la costa donde la playa se curvaba, algunos bañistas se balanceaban como cerillas entre la sangrienta espuma de las olas. Tomé asiento en una silla pegada a la pared lateral, desde donde podía ver toda la sala con sus puertas y ventanas.

Desde dentro, y a la luz del día, la sala era espaciosa y tenía un atractivo antiguo. Con algunos cuidados, podría haber sido preciosa. Pero las alfombras y los muebles estaban cubiertos de polvo, y los restos de varias semanas se esparcían por todas partes: revistas rotas, periódicos arrugados, colillas de cigarrillos, platos sucios. Un cuenco de fruta podrida estaba habitado por insectos. Las plantas se habían marchitado. Los hilos peludos de las telarañas colgaban del techo. Era una villa romana tomada por los vándalos.

Una se sentó a la mesa de naipes, junto a la ventana grande. Las cartas con las que ella y Donald habían jugado la noche anterior estaban desparramadas sobre la mesa, mezcladas con trocitos de patatas fritas. Unas gafas de cristales sucios descansaban en el borde de la mesa. Una empezó a juntar las cartas.

—¿Desde cuándo está enfermo? —pregunté.

—¿Y eso qué importa? Usted ya sabe que él no mató a Heiss.

—Heiss no es el único.

—Pues a Lucy Champion tampoco. Él no le habría hecho daño a Lucy. Se lo pasaban fenomenal hasta que ella se fue. Ella era una enfermera magnífica, eso siempre se lo reconoceré.

—Pero no era solo por eso por lo que usted quería desesperadamente que ella regresara.

—No me diga. —Me enseñó una media sonrisa amarga como el ajenjo.

—¿Desde cuándo está enfermo, Una?

—Desde principios de año. Se salió de sus casillas para siempre en una fiesta de Noche Vieja en el Dial, un club nocturno de Detroit. Quería que la orquesta tocara la misma pieza una y otra vez, una

pieza de ópera. Los músicos la tocaron tres veces y no quisieron seguir tocándola. Leo les dijo que estaban insultando a un gran compositor italiano. Iba a dispararle al director de la orquesta. Yo lo detuve.

»Era la víspera de Noche Vieja y todo el mundo pensó que estaba como una cuba. Pero yo sabía algo más. Lo había estado observando desde el verano. Llevaba todo el año con dolores de cabeza, y en otoño perdía los estribos a diario. Bess lo desquiciaba, nunca debería haber vuelto con ella. Siempre se peleaban como el perro y el gato. Después él empezó a perder la memoria. Ni siquiera recordaba el nombre de sus cobradores.

—¿Cobradores?

Su mano se quedó quieta mientras recogía la baraja. Cruzó y descruzó las piernas.

—Dirige una empresa de cobros.

—¿A punta de pistola?

—Leo siempre manejó grandes sumas de dinero. Llevaba la pistola por protección. No me di cuenta de que él era peligroso hasta que quiso dispararle al músico. El médico de Detroit dijo que estaba en un estado terminal, que no viviría mucho más. Entonces supe que tenía que sacarlo de Michigan. No iba a dejar que encerraran a mi hermano en una institución mental.

—Por segunda vez.

—Por segunda vez. Maldita sea, sí que está informado.

—Así que contrató a un par de enfermeros y se mudó a California. Sin duda, pensando que los californianos sobran, por si a él le daba por disparar a alguien.

Levantó la vista de la mesa de naipes para mirarme fijamente, tratando de sopesar mis palabras.

—Lo de venir a California fue idea de ella. En todo caso, no entiendo por qué insiste con lo del asesinato. Él ha estado bajo vigilancia. La idea de que Leo cometiera esos crímenes es absurda.

—No parecía tenerlo tan claro cuando se lo mencioné. Desde que he llegado a su casa, se ha esforzado mucho en preparar una

coartada para su hermano. Y además le ha defendido, declarándole no culpable por enajenación mental, incluyendo como testigo a un trabajador sanitario.

—Le estaba demostrando que a Leo no se le puede juzgar por asesinato, y mucho menos declararlo culpable.

—¿Por qué se toma tantas molestias si la idea es absurda?

Se inclinó hacia delante con rigidez, apoyando ambos pies en el suelo.

—No querrá acosar a un pobre muchacho enfermo, ¿verdad? ¿Qué pasará si mete a la policía en esto? Teniendo en cuenta su historial, le cargarán con el muerto. Y si eso no funciona, lo mandarán otra vez a un hospital psiquiátrico.

—Hay sitios peores que un hospital psiquiátrico. —Esa sala, por ejemplo.

—No podría soportarlo —dijo—. Él ya ha estado internado y yo he visto cómo los tratan. Tiene derecho a pasar sus últimos días con alguien que le quiera.

Aunque dijo estas palabras con todo el sentimiento que pudo, no tuvieron efecto. Me fijé en su rostro, cuadrado y rígido, surgiendo del abrigo dorado. Por un lado le daba el sol, realzándolo con una luz rosácea. La otra mitad estaba ensombrecida, de manera que el contraste la hacía parecer media mujer. O una mujer compuesta mitad de carne y mitad de oscuridad.

—¿Qué esperanza de vida tiene?

—No más de un año. Puede consultar a los médicos de la clínica. Dos años a lo sumo.

—O sea, entre cien y trescientos de los grandes.

—¿De qué demonios está hablando?

—Según mis datos Leo cobra entre dos y tres mil dólares a la semana de una lotería ilegal en Michigan. Eso da un total de trescientos de los grandes en dos años sin contar los impuestos, si es que pagan impuestos.

—No sé de qué me habla.

—De dinero —dije—. No me diga que no está manejando el dinero de Leo, porque no me lo creo.

Lina leve sonrisa irreprimible se dibujó en sus labios, como si acabara de recibir un halago sutil de mi parte.

—Tengo muchos gastos. Muchos.

—Eso no me extraña. Abrigos de visón, diamantes, una casa en la playa. Todo eso cuesta dinero.

—Gastos médicos —dijo—, aunque no lo crea.

—Claro. Tiene que mantenerlo con vida. Usted tendrá ingresos mientras él viva. Mientras pueda mantener su enfermedad en secreto, él seguirá siendo un capo de la mafia en un año sabático que recibe su parte cada semana. Pero si él muere, lo meten en la cárcel o las noticias sobre su estado llegan a Michigan, todo habrá acabado para usted. Usted es una mujer dura, pero no la veo regresando a Michigan y librando una guerra con la mafia por la sucesión del trono. Si fuera capaz de eso, para empezar, no habría acudido a mí.

Se quedó sentada en silencio, temblando ligeramente dentro de su abrigo de metal. Luego recogió la mitad de la baraja que había juntado y la arrojó al azar sobre la mesa. Su manga rozó una copa, que cayó al suelo y se rompió.

—Todo esto no lo ha adivinado usted solo —dijo con una furia fría y serena—. Bess lo ha puesto al corriente.

—Puede que ella me haya dado alguna pista.

—Así es como nos lo agradece, la Wionowski. —Las venas de su sien izquierda latían con fuerza, como si dentro hubiera un animalito atrapado dando patadas—. El año pasado, cuando Leo la trajo de vuelta con nosotros, ella estaba en las últimas. La sacamos de una celda de la prisión de Detroit y la tratamos como a una reina. Cuando vinimos a California, incluso le dejamos elegir la ciudad donde vivir. Debería haberme imaginado por qué escogió este lugar.

—¿Por Singleton?

El nombre le provocó una descarga eléctrica. Se puso de pie de un salto y pateó los trozos de cristal de la copa como si odiara todo

lo existente.

—Hembra traidora y asquerosa. ¿Dónde está ahora? ¿Dónde está? Si la tiene escondida por ahí esperando su parte, vaya y dígale que yo no pago mis deudas a los soplones.

Se plantó delante de mí con una rabia rencorosa. Ya no era ni media mujer, solo un muñeco diabólico desvariando por la boca de un ventrílocuo.

—Tranquilícese —le dije—. Le cogerá migraña. Nadie quiere su sucio dinero.

—Si mi dinero es tan sucio, ¿qué hace metiendo sus narices aquí?

—Solo quiero saber la verdad, cielo. Si alguien sabe lo que pasó con Singleton, es usted. ¿No me lo va a contar?

—Irá a la policía. Los tendré aquí antes de que anochezca.

Se sentó en el borde de la silla y se quedó contemplando la puesta de sol. Hundido a medias en el horizonte, el hemisferio rojo parecía un ojo de pájaro gigante con un párpado azul inflamado que se cerraba lentamente.

—¿Cómo ocurrió? —insistí.

—Déjeme pensar…

—Ha tenido dos semanas para pensar. Ahora hable.

—Todo fue culpa de Bess Wionowski. Esa ramera de Chicago no tenía suficiente con vivir en una mansión y darse la gran vida. La primavera pasada empezó a salir con ese hombre de la montaña, el retoño de los Singleton. Supongo que lo conoció durante la guerra, cuando ella vivía aquí. Enseguida empezó a pasar las noches con él. Yo intenté que Leo no se enterara pero, de alguna forma, lo averiguó. Tiene sus momentos de lucidez, al menos los tenía hasta hace dos semanas. Era sábado por la noche y Bess estaba en la montaña con su novio pretencioso, preparándose para leer poesía. Leo averiguó dónde estaba, supongo que a través de Lucy Champion. Aquella noche, Lucy tenía que cuidar de él. Cuando él perdió los estribos, ella no pudo controlarlo. Lucy cogió un taxi y fue

hasta la montaña para avisar a los… amantes. —La palabra sonó obscena en la boca de Una.

—¿Usted dónde estaba?

—En el centro. Cuando regresé, Leo me estaba esperando con una pistola. Había sacado el muelle de la cama para echar abajo la puerta de mi habitación y coger mi pistola. Me obligó a llevarle a la cabaña de Singleton, en las montañas. Cuando Singleton salió, Leo le disparó en el estómago. Yo cogí a Leo por detrás en cuanto dejó de apuntarme. Tuvimos que atarlo entre los cuatro.

—¿Entre los cuatro?

—Yo, Bess y Lucy. Lucy estaba allí. Y Singleton.

—Acaba de decir que Singleton estaba herido.

—Todavía se mantenía en pie, al menos cuando lo vi por última vez. Cuando tuvimos inmovilizado a Leo, me largué. Tenía que llevarme a Leo a casa.

—¿Entonces no sabe qué ocurrió con Singleton?

—No. Desaparecieron los tres. Contraté a Max Heiss para que averiguara si Singleton seguía con vida. La semana pasada estuvo vigilando la casa de los Singleton. El jueves, Lucy apareció por ahí, supongo que para cobrar la recompensa. Heiss cogió el autobús con ella de regreso a Bella City y averiguó más de lo que me hizo saber. El viernes por la noche me dijo que había perdido a Lucy en Bella City. Yo sabía que quería fastidiarme, porque insinuó que sabía lo del disparo. Iba a dejar que yo lo sobornara y, por otra parte, cobraría la recompensa de los Singleton.

—Así que lo mató por codicioso.

—Piense.

—Usted era la que podía perderlo todo. Se encargó de que Lucy y Heiss lo perdieran todo por usted.

—Todavía puedo perderlo todo. ¿Cree que le estaría sirviendo todo esto en bandeja si no estuviera limpia?

—¿Quién más tenía motivos para matarlos?

—Bess —dijo con crudeza—. Lucy estaba en contacto con Bess en Bella City, lo sé porque hablé con Lucy. Max Heiss le estaba

siguiendo la pista. ¿Cómo voy a saber lo que hizo Bess con Singleton? Tal vez murió en sus brazos y eso la convirtió en cómplice. Bess no podía arriesgarse a pasar por una investigación policial. Bess tiene un historial delictivo que se remonta a hace diez años.

Me levanté, caminé hacia ella y me planté a su lado.

—¿Le recordó a Bess su historial cuando estaban allá arriba, en la cabaña de Singleton, después de que su hermano le disparara? ¿Ésa fue la razón por la que ella tuvo que desaparecer y esconder a Singleton?

—Adivínelo usted.

—La asustó para que guardara silencio, ¿verdad? Lo hizo por amor fraternal, para proteger a su hermano y a sus ingresos.

Se removió impaciente en la silla, extendiendo las piernas como para crear más distancia entre ellos.

—¿Qué otra razón podría tener?

—He estado dándole vueltas a una —dije—. He pensado en algo que les ocurrió a un hombre, su mujer y su hijo en Los Ángeles hace quince años. El hijo era mongoloide y el hombre odiaba a su mujer por haberle dado ese hijo. Cuando el hijo tenía entre diez y doce años, su padre le compró una escopeta, lo llevó al desierto y le enseñó a disparar. El chico era lo bastante listo como para apretar el gatillo de una escopeta. Una noche, el padre le dio la escopeta y le dijo que disparase a su madre. Ella estaba en la cama, dormida. El chico, ansioso por complacer, fue y le voló la cabeza. A él no lo procesaron, pero a su padre sí, aunque no hubiera cometido el crimen con sus propias manos. Lo condenaron por asesinato en primer grado, y fue ejecutado.

—Lo siento por él.

—Lo siento por cualquiera que intente asesinar utilizando a otro. Si incita a un demente a cometer un crimen, legalmente usted cargará con la culpa. ¿Conocía ese aspecto legal cuando llevó a su hermano hasta la cabaña de Singleton y le entregó la pistola?

Me miró con odio. Los músculos formaban hoyuelos alrededor de su boca. En el lado izquierdo de su cabeza, donde las venas nudosas

se sacudían con fuerza, la cara se le había hinchado asimétricamente, como si una vena moral estuviera presionándola o deformándola. La luz de la ventana caía sobre ella como el calor visible de un horno.

—Usted nunca podrá acusarme —dijo—. Ni siquiera tiene un cadáver. No tiene ni idea de dónde está el chico guapo, y yo tampoco.

El final de la frase sonó como una pregunta. Dejé que la preguntá se clavara en su cerebro como un cuchillo.

28

Detrás de las ventanas de la mansión palladiana las luces brillaban como el ingenio de una duquesa. La gama de tonalidades del jardín y los árboles era cada vez más intensa, envolviendo la casa en una densa oscuridad verdosa. Aparqué bajo el pórtico e hice sonar la campana que colgaba en la entrada principal.

Una mujer corpulenta en delantal abrió la puerta, dejando huellas de harina sobre el pomo.

—¿Qué desea?

—¿Está la señorita Treen?

—Creo que está ocupada. ¿De parte de quién?

—Del señor Archer.

Me hizo pasar al recibidor. Iba a sentarme en una elegante silla de patas arqueadas, pero advertí su mirada de desaprobación y me quedé de pie. El caballero chino con sus orejas de sabio continuaba con su viaje intemporal a lo largo de la pared, a través de ríos y valles, hasta llegar a su lugar sagrado en las montañas nevadas. Había siete imágenes suyas, una por cada etapa de su viaje. Solo había una imagen mía, y mis orejas no parecían las de un sabio.

Sylvia apareció al final del pasillo, pálida y ausente en su uniforme negro.

—Me alegro mucho de verle.

—¿Cómo se encuentra la señora Singleton?

—Me temo que no muy bien. Lo de esta tarde ha sido demasiado para ella. Llamó la policía de Bella City para informar de que habían encontrado el coche de Charles con un cadáver. Querían que ella lo identificara. Cuando estaba a punto de salir, volvieron a llamar. El cuerpo ya había sido identificado, era un detective. Me alegro mucho de que no fuera usted.

—Yo también. Era Max Heiss.

—Sí, lo sé. ¿Sabe por qué lo mataron, por qué llevaba la ropa de Charles?

—Alguien quería hacernos creer que Charles murió en un accidente esta mañana. Quemaron el cuerpo para que no pudieran identificarlo.

Se mordió su fino labio en un gesto de horror.

—En el mundo suceden cosas horribles. ¿Por qué?

—La gente tiene cosas horribles en la cabeza. Aunque esto es más sencillo de explicar. Si se creía que Charles había muerto en un accidente esta mañana, no podría haber muerto de un disparo hace dos semanas.

—¿Quiere decir que murió hace dos semanas? No estará diciendo eso…

—Sylvia, es probable que Charles esté muerto. Sé que le dispararon. Y creo que luego murió.

—¿Quién querría matar a Charles?

—Estaba liado con una mujer llamada Bess. Ella tenía otros amantes. Uno de ellos los pilló juntos en el estudio de Charles, y le disparó. Bess tenía antecedentes penales, así que se vio obligada a encubrir el hecho. Llevó a Charles a casa de su marido, un médico de Bella City. Aparentemente, Charles murió. Desde entonces nadie le ha visto.

—Ella sí —susurró.

—¿Quién?

—La mujer, Bess. Telefoneó hace un instante. Estoy segura de que es la misma.

—¿Hablaste con ella?

—Sí. Insistió en hablar con la señora Singleton, pero la señora no se encontraba bien. La mujer no dijo quién era. No quiso. Por lo que dijo, me di cuenta de que era la amante de Charles.

—¿Qué dijo?

—Que podía darnos información.

—¿Por valor de cinco mil dólares?

—Sí. Dijo que sabía dónde está Charles.

—¿Has quedado con ella?

—La invité a venir aquí, pero se negó. Dijo que volvería a llamar a las siete para acordar un lugar de encuentro. Tenemos que llevarle el dinero en efectivo, en billetes sin marcar. Afortunadamente, la señora Singleton tiene dinero a mano. Lo tiene consigo desde que publicó lo de la recompensa.

—¿La señora Singleton va a tomar parte en esto?

—Sí. Yo la puse al corriente. Puede que haya sido un error. No podía acudir a nadie más. La mujer insistió en que no avisáramos a la policía, la agencia de detectives de la señora Singleton ni a sus abogados. Dijo que, si lo hacíamos, el acuerdo quedaba cancelado.

—Pero a mí no me mencionó.

—Ojalá pudiera ayudarnos, señor Archer. Yo no estoy preparada para este tipo de… transacción. Ni siquiera sé qué pedirle como prueba.

—¿Qué tipo de prueba te ofreció?

—La prueba de que sabe dónde está Charles. No describió su estado, ni tampoco se me ocurrió preguntárselo. Me pilló por sorpresa. Ni siquiera se me ocurrió preguntarle si Charles estaba muerto. —Dudó un instante, y prosiguió impetuosa—. ¡Claro que quería preguntárselo! Supongo que me dio miedo. Lo dejé pasar. Luego la operadora le pidió que pusiera más dinero y ella colgó.

—¿Era una llamada a larga distancia?

—Me dio la impresión de que llamaba desde Los Ángeles.

—¿Cuánto dinero necesitaba para seguir hablando?

—¿Cuarenta céntimos?

—Puede que llamara desde Los Ángeles. ¿Y no dijo que era Bess?

—No, pero a él lo llamaba Charlie. Poca gente lo llamaba así. Y sabía mi nombre. Supongo que Charles le hablaría de mí. —Se mordió el labio—. Cuando pensé en eso me sentí decepcionada. No era solo que esta mujer me llamara por mi nombre, sino que me trataba con condescendencia. Como si lo supiera todo sobre mí, todo lo que yo sentía por Charles.

—Te sentirías mejor si lo supieras todo sobre ella…

—¿Usted lo sabe?

—Nadie lo sabe. Con veinticinco años, ya ha vivido varias vidas.

—¿Solo tiene veinticinco? Me la imaginaba mucho mayor, mayor que Charles.

—Bess creció muy pronto y muy rápido. Era una adolescente cuando se casó con un hombre que la doblaba en edad. Se vino a vivir aquí con él durante la guerra. Aquí conoció a Charles en 1943.

—Eso fue hace tiempo —dijo con desolación. Su pérdida de Charles era definitiva y retroactiva—. Mucho antes de que yo lo conociera.

—Wilding la vio con Charles en 1943.

—No me lo dijo.

—Ni lo hará. Desde entonces, ella ha estado yendo y viniendo, entrando y saliendo de la cárcel…

—Usted dijo que se casó. ¿Qué hay de su marido?

—Ella lo tiene doblegado desde hace años. Lo usa cuando lo necesita, cuando no tiene adonde ir.

—No lo… No puedo entender… que Charles esté con una mujer así.

—Es una muchacha atractiva. Y se aseguró de casarse con un hombre que nunca se divorciaría de ella.

—Pero él es un idealista. Es tan exigente… Nunca ha habido nada lo bastante bueno para Charles.

—Es probable que fuera tan exigente que no se enterase de nada. Nunca he visto a Charles, pero me parece un fracaso como

persona. Un hombre que se pasa la vida en busca de algo real y no lo consigue… —No estaba seguro de cuál era el origen de mi franqueza, si estaba preocupado por la chica con vida o sentía celos del hombre muerto—. Esa bala en el estómago fue probablemente la cosa más real que le sucedió en la vida.

Sus ojos avellanos se turbaron, pero seguían siendo tan transparentes como el agua de un pozo.

—No debería hablar así de él.

—¿Te refieres a no hablar mal de los muertos?

—No sabe si está muerto. —Solemnemente, se llevó la mano derecha al pecho izquierdo—. Yo siento, aquí dentro, que él está vivo.

—Esta mañana interrogué a una testigo que lo vio cuando le dispararon.

—¿Cómo puedo estar tan convencida de que está vivo?

—Puede que lo esté —dije sin convicción—. Mi prueba no es concluyente.

—Sin embargo, no me da esperanza alguna. Creo que desea que él esté muerto.

Le toqué el dorso de la mano, que seguía apoyada sobre su pecho.

—Nunca he visto a una chica más buena que tú. Sería una pena que te pasaras la vida recordando a un hombre que nunca ha pensado más que en sí mismo.

—¡Él no era así! —Se puso roja y radiante de ira—. Él era hermoso.

—Lo siento —dije—. Estoy cansado. No debería enseñarle a la gente cómo vivir. Eso nunca funciona. —Me senté en la silla de patas arqueadas y dejé que mis pensamientos vagaran en la revuelta oscuridad.

Cuando ella me apoyó la mano en el hombro, me enderecé. Me miró con una sonrisa de sabia inocencia.

—No se preocupe, y no se enfade conmigo. No soy tan buena.

Era bonita, pero eso no se lo dije. Miré mi reloj.

—Ya son casi las siete. ¿Qué vas a decirle cuando llame?

—Lo que usted me diga. ¿No quiere atenderla usted?

—Reconocerá mi voz. Mejor habla tú con ella. Dile que tienes el dinero. Comprarás su información siempre y cuando ella pueda demostrar que es cierta. Si está en Los Ángeles o no muy lejos, quedarás con ella esta noche a las diez, más tarde, si ella quiere. Dile que vaya hasta West Hollywood y aparque delante del 8411 de Sunset Boulevard. La verás allí.

—¿Iré sola?

—Iremos los dos. —Anoté la dirección en la libreta, arranqué la hoja y se la di—. Por mucho que proteste, no le dejes escoger el lugar de la cita.

—¿Por qué no?

—Tú estarás conmigo. No sabemos si Bess es peligrosa, pero tiene amigos que lo son.

Leyó la dirección que le había escrito.

—¿Qué lugar es éste?

—Es mi oficina. Es un lugar seguro para hablar. Y tengo micrófonos instalados. Tú de taquigrafía ni idea, ¿verdad?

—No mucho. Aunque puedo tomar notas.

—¿De memoria cómo andamos? Repite las instrucciones que te di.

Las repitió a la perfección, y con el aire de una niña que recuerda los buenos modales añadió:

—Pase a la biblioteca, señor Archer. Le prepararé un té mientras esperamos. ¿O prefiere una copa?

Dije que un té estaba bien. El teléfono sonó antes de que lo probara. Era Bess, que llamaba desde Los Ángeles.

29

A las nueve y media estábamos en mi oficina de West Hollywood. Llamé al servicio de contestador y me informaron de que un tal Elias McBratney de Berverly Hills había llamado dos veces el sábado y que me volvería a llamar el lunes. James Spinoza Júnior, de Spinoza Beach Garb, quería que lo llamara lo antes posible para unos asuntos pendientes. Una mujer que se negó a dejar su nombre había intentado localizarme cuatro veces entre las 8.10 y las 9.30. Di las gracias a la operadora y le dije que atendería mis llamadas hasta nuevo aviso.

Apagué la lámpara del escritorio. El despacho interior solo estaba iluminado por un haz de luz blanca rectangular que se filtraba desde la antesala a través de la puerta de cristal panelada. Bajo una luz cambiante proyectada desde el bulevar, la figura de la chica se perfilaba contra la ventana.

—Mire las luces allá arriba, en las colinas —dijo—. Nunca había visto esta ciudad de noche. Es una ciudad nueva y con aspiraciones.

—Ya lo creo que es nueva.

Me detuve detrás de ella y miré pasar los coches. En la penumbra, me sentí muy cerca de Sylvia, y muy consciente del tiempo. Los faros de los coches centelleaban y desaparecían, como una sucesión de instantes luminosos surgidos de la oscuridad.

—Un día tendríamos que levantarla con el gato y colocar los cimientos debajo.

—A mí me gusta como es —dijo—. Nueva Inglaterra es puro cimientos y nada más. ¿A quién le importan los cimientos?

—A ti, para empezar.

Se volvió, y su hombro me rozó como una agradable corriente de aire en la oscuridad.

—Sí, a mí. Usted es un hombre con cimientos, señor Archer, ¿no es así?

—No exactamente. Tengo una estructura de giroscopio. Me da miedo dejar de girar.

—Eso es mejor que tener cimientos. Y no creo que usted tenga miedo de nada.

—¿Ah, no? —Solté una risita cínica que se convirtió en una auténtica risa. Sylvia no la compartió.

El teléfono sonó de repente. Lo cogí.

—¿Diga?

Nadie respondió. Solo un débil murmullo eléctrico, el sonido de un fino cable en un espacio reducido. Un clic al otro lado. Se cortó la comunicación.

Colgué el auricular.

—No han contestado.

—Tal vez era la mujer. Bess. —Sylvia abrió mucho los ojos y palideció bajo la luz de la ventana.

—Lo dudo. No puede saber que vivo aquí.

—¿Usted cree que vendrá?

—Sí. Necesita el dinero para la fuga. —Tanteé el fajo de billetes en el abultado bolsillo de mi chaqueta.

—Fuga —dijo Sylvia, como un turista que repite una palabra extranjera—. Qué vida tan desdichada debe haber llevado, y sigue llevando. Oh, espero que venga.

—¿Es tan importante?

—De un modo u otro, tengo que saber qué ocurrió con Charles. —Añadió en voz baja—: Y quiero verla.

—La verás. —Le enseñé el panel unidireccional colocado en la puerta de cristal y los auriculares conectados a los micrófonos de la

antesala—. Tú quédate aquí y toma nota. Yo la retendré en la otra habitación. Supongo que no habrá problemas.

—No tengo miedo. He tenido miedo durante mucho tiempo. De repente, creo que lo he superado.

Faltaban ocho minutos para las diez cuando un Chevrolet azul pasó despacio por el otro lado de la calle, en dirección a Los Ángeles. Los faros de un coche que venía de frente iluminaron por un segundo la cara de la mujer que conducía.

—Es Bess. Tú quédate aquí en silencio. Lejos de la ventana.

—Sí.

Cerré la puerta y bajé a la calle. Faltaban dos minutos para las diez cuando el Chevrolet regresó y se detuvo junto al bordillo, delante de la portería donde yo estaba esperando. Crucé la acera en tres pasos, abrí la puerta del coche y encañoné a la mujer con mi pistola. Ella quitó el freno de mano y pisó el acelerador. Arranqué la llave del contacto. Entonces intentó arañarme la cara, pero le cogí los dedos.

—Tranquila, Bess. Te tengo.

—Lo sé desde hace tiempo. —Respiró profundamente—. Antes de cruzarme contigo lo hubiera conseguido. Bueno, hombrecillo, ¿y ahora qué?

—Lo mismo, solo que me lo vas a contar a mí.

—¿Por qué crees que lo haré?

—Porque tengo cinco de los grandes.

—¿Quieres decir que tienes mi dinero?

—Será tuyo cuando te lo hayas ganado.

—¿Y luego dejarás que me vaya?

—Si me demuestras que estás limpia, y no me refiero a si vas drogada.

Se acercó a medio palmo de mis ojos, como si pudiera ver su futuro en ellos. Me aparté.

—Enséñame el dinero.

—Lo tengo arriba, en mi despacho.

—¿A qué estamos esperando?

Salió del coche, con su exuberante y fabuloso cuerpo enfundado en un vestido de punto amarillo con botones dorados. La cacheé en la escalera y no encontré armas; al menos me calenté un poco las manos. Pero en la antesala iluminada advertí que ella estaba perdiendo lo que alguna vez había tenido. El pasado asomaba en su rostro como una escritura indescifrable. El maquillaje, el lápiz de labios y la sombra de ojos parecían resquebrajarse y despegarse a la luz de los fluorescentes. La mugre saltaba a la vista en su porosa nariz y en su cuello. Se estaba desintegrando rápidamente, como si la última vez Benning le hubiera contagiado su enfermedad mortal.

Percibió la frialdad con que la miraba y se arregló el pelo casi por instinto. Tenía mechas amarillas, verdes y negras. Supuse que aquella misma tarde se había intentado arreglar con agua oxigenada, tratando de reconstruir su imagen frente al espejo de un hotel barato. Y me pregunté qué estaría pensando la chica tras la puerta de cristal panelada.

—No me mires —dijo Bess—. He tenido un mal día.

Se sentó en la silla junto a la puerta, lo más lejos posible de la luz, y cruzó las piernas. Nada podía echar a perder esas piernas.

—Y lo que te espera —dije—. Ahora habla.

—¿No deberías enseñarme el dinero antes?

Me senté delante de ella y dejé el sobre marrón con el fajo encima de la mesa que nos separaba. Había un micrófono instalado en la lámpara de la mesa, así que la encendí.

—¿Has dicho cinco de los grandes?

—Estás tratando con gente honesta. Puedes confiar en mí.

—¿Y qué quieres a cambio?

—Todo. Quiero que me cuentes todo lo que sabes.

—Eso podría llevarnos años.

—Empecemos por algo simple. ¿Quién mató a Singleton?

—Leo Durano le disparó. —Su nublada mirada azul volvió a posarse sobre el dinero—. Ahora supongo que querrás saber quién es Leo Durano.

—Ya nos han presentado. Conozco su historial.

No se mostró sorprendida.

—No conoces a Leo como yo. Ojalá nunca me hubiera fijado en él.

—Lo encerraron por corrupción de menores hace diez años. ¿Tú eras menor entonces?

—Sí. Él era el contacto del que te hablé, el que tenía la concesión de la guardarropía en los clubes. Los dos nos quedamos sin trabajo la misma noche, y averiguaron que vivíamos en la misma habitación de hotel. Él se libró. El forense dijo que estaba loco, pero eso hasta yo lo sabía. Lo metieron una temporada en el loquero, hasta que Una intervino para sacarlo. Ella lo había sacado de apuros desde que era un crío.

—Pero no de éste —dije—. Háblame de Singleton.

—¿De mí y de Charlie?

—De ti y de Charlie.

—Fue el gran amor de mi vida —dijeron sus labios agrietados. Sus decoloradas manos descendieron por su cuerpo, desde los pechos hasta las caderas, como si estuviera quitándose un recuerdo, o reviviéndolo—. Lo conocí demasiado tarde, después de casarme con Sam. Sam y yo vivíamos en Arroyo Beach. Para Sam la vida era solo trabajo y nada de diversión, y eso nunca ha ido conmigo. Charlie me conquistó en un bar. Lo tenía todo: belleza, clase y un uniforme de las Fuerzas Aéreas. Clase de verdad. Clase es lo que yo siempre he querido. Así que me fui con él la primera noche y funcionó de maravilla. Yo no tenía idea de lo que era antes de que Charlie me enseñara. Leo, Sam y los otros nunca profundizaron en el tema.

»Charlie tenía que volver a la base de Hamilton, pero cogía vuelos los fines de semana. Yo esperaba esos fines de semana. Entonces Sam se fue en un barco y, con el tiempo, ni siquiera me acordaba de su cara. Ahora tampoco la recuerdo. Cuando Charlie se marchó fue diferente. Se fue a Guam y no podía regresar. La espera se alargaba, y él no me escribía.

»Pero Sam sí me escribía y fue el primero en regresar. Hice de tripas corazón. Después de todo, era mi marido. Nos instalamos en

Bella City y yo le cocinaba chuletas y le decía hola qué tal y le preguntaba cómo le había ido con esos pacientes cutres que tenía. Nunca le hablé de Charlie, pero supongo que él sospechaba algo porque yo nunca abría la boca. Después de todo, el regreso de Sam fue para mí el comienzo de una mala época. Aguanté un año, mientras buscaba alguna pista de Charlie en el periódico de Arroyo Beach y marcaba los días en el calendario. Durante aquel año iba tachando cada día que pasaba. Me levantaba temprano por la mañana para tacharlo y luego volvía a meterme en la cama.

»Un sábado por la mañana no volví a la cama. Cogí un autobús, me fui a Arroyo Beach, telefoneé a Charlie y empezamos a vernos otra vez, casi cada fin de semana. Eso fue en el verano del 46, creo. No duró mucho. Él se despidió en septiembre y se marchó a Boston para estudiar Derecho en Harvard. Aquel invierno me quedé con Sam. Fue un invierno largo. El verano estuvo bien cuando vino, pero no duró. Nunca duraba. Al año siguiente, cuando llovió en el valle y las colinas se cubrieron de verde, no pude soportarlo. Ni siquiera escuchaba cuando Sam hablaba, su voz atravesaba mi cabeza como el viento.

»Cogí un tren a Nueva York y, de allí, uno a Boston. Charlie vivía en un piso en Belmont, pero no se alegró de verme. Me dijo que yo era parte del verano en California, que no encajaba en la vida de Boston. Lárgate. Yo le dije lo que él era y me largué sin llevar encima más que un vestido. Era marzo y estaba nevando. Iba a tirarme al río porque el río se llamaba Charles River y eso lo volvería loco. Eso esperaba.

»Me quedé mirando el río durante un rato mientras caían los copos de nieve. Di media vuelta, cogí el metro y volví al centro. Ni siquiera cogí un resfriado. Durante mucho tiempo viví en Scollay Square para vengarme de Charlie. Una vez lo llamé para decírselo y me colgó. Lo que me quedé mirando aquella noche fue la vía del metro. Estuve allí de pie mirándola más de una hora, sin avanzar ni retroceder.

»Un personaje con una camisa sudada me vio y se acercó para apartarme de allí. Resultó ser un bailarín de salón de Montreal que estaba en paro. Paul Theuriet. Lo mantuve durante el resto de aquel año, mientras intentábamos preparar un número juntos. ¿Has oído hablar de la calle La Gauchetière de Montreal?

—Nunca.

—Es escabrosa, y el número también lo era. Paul decía que yo podía ser bailarina. Vaya si lo intenté. Era demasiado descoordinada o yo qué sé. Y él era mayor y tenía artritis. Nos llamaron de clubes de segunda de Niagara Falls, Buffalo y Toledo. Luego fuimos a parar a Detroit. Yo estaba esperando mesa en un tugurio, con la idea de sacarme con el estriptis el dinero necesario para abrir un estudio de danza, pero la cosa no funcionaba. Probamos un par de veces con el viejo truco del chantaje. Paul lo llevó fatal y huyó a Canadá, dejando que yo cargara con el muerto. Entonces Leo volvió a entrar en mi vida.

—Ya iba siendo hora.

—Tú me dijiste que te lo contara todo —replicó con una Sonrisa irónica y testaruda.

Era su odisea, la oportunidad de mostrar su vida, e iba a hacerlo a su manera.

—Leo se enteró de que yo estaba en la cárcel de Detroit por extorsión. Le estaba yendo bien otra vez, era un intermediario con poder en el mundo de las apuestas de Michigan. Tenía arreglos con la policía, y no se había olvidado de mí. Me sacó de la cárcel. Después de todos aquellos años, regresé con Leo y su hermana. No tenían clase, pero tenían pasta. Así que yo tenía pasta.

—Y entonces vivisteis felices para siempre, y por eso hoy no estás aquí.

—No tiene gracia —dijo—. Leo empezó a tener ataques, peor que nunca. La cosa pintaba tan mal que empecé a enviar dinero a Sam para una póliza de seguros. Pensaba que, si empeoraba, podría escapar y volver con Sam. Ellos no sabían nada de Sam.

—¿Ellos?

—Leo y su hermana. Después de que Leo perdiera la memoria, ella empezó a llevar el dinero. En Nochevieja, se le fue la pinza. Intentó disparar a un director de orquesta sin motivo alguno. Lo llevamos al médico y nos dijo que llevaba veinte años enfermo y que estaba en la fase terminal de una paresia general. No podíamos quedarnos con él en Michigan. Tenía enemigos dentro de la organización. Los que manejaban la pasta, los matones, se habían vuelto en su contra. Leo no invertía para ganárselos. Solo le quedaba su reputación de tipo duro y sus contactos. Si ellos se enteraban de que estaba pirado, lo dejarían fuera o lo matarían. Así que nos vinimos a California. Convencí a Una para que nos instaláramos en Arroyo Beach.

»Desde que Charlie Singleton me dio la patada en Boston, yo tenía una idea en la cabeza. Él pensaba que yo era una muerta de hambre, y yo pensaba que si regresaba con dinero a Arroyo Beach haría que él se arrastrara hasta mí. Lo vería por la calle y haría como que no le conocía. Al menos, ése era mi plan. Pero cuando volví a verle todo el plan se vino abajo y regresé al pasado, a aquellos sábados por la noche en su cabaña. No me importó lo que me hubiera hecho. Él era el único hombre con el que yo quería estar. Volví a las andadas como en los viejos tiempos, hasta que hace dos semanas todo se destapó, cuando Leo se enteró de lo que yo tenía con Charlie. —Hizo una pausa. Sus ojos eran como un acero azul empañado.

—¿Se enteró por Lucy?

—Imposible. Lucy era mi única amiga en esa casa. Además, era enfermera. Tenía formación en psiquiatría. Ella nunca revelaría a uno de sus pacientes un asunto tan doloroso como aquél. Ella nos advirtió de que Leo venía armado. Subió a la montaña en taxi poco antes de que llegara él.

—¿Quién envió a Leo armado?

—Fue Una, al menos eso fue lo que pensamos. Lucy me llevó al hotel para quedar con Charlie. Cuando ella volvió a la casa, Una la acosó para que le dijera dónde estaba yo. Lucy no se lo dijo y Una la

despidió. Supongo que Una ya lo sabía todo. Liberó a Leo y le hinchó la cabeza hablándole sobre nosotros.

»Supongo que los ataques de locura vienen de familia. En cualquier caso, a ella le tiene que haber dado uno muy fuerte para darle una pistola a Leo y dejarlo salir de la casa. En aquel momento yo no entendía nada. Estaba en la cabaña con Lucy cuando ocurrió. Miré por la ventana y vi a Leo y a Una junto al Plymouth, y a Charlie que se dirigía hacia ellos sin darse cuenta del peligro. Charlie se acercó al Plymouth y Leo le disparó. Charlie se cayó y se levantó. Una le quitó la pistola a Leo. Entre todos lo llevamos dentro y lo atamos. Entonces Una montó un teatro sobre cómo Leo la había obligado a que lo trajera. En aquel momento la creí. Estaba demasiado asustada para no creerla. Una siempre me ha dado miedo.

»Dijo que lo del disparo tenía que mantenerse en secreto. Como si nada hubiera pasado. Nada de llevar a Charlie al hospital, y mientras él estaba ahí, encogido en su coche. Yo tenía miedo de discutir con Una. Me llevé la ropa que tenía en la cabaña y me fui con Charlie y Lucy a Bella City.

»Durante la primavera y el verano había visto un par de veces a Sam Benning, por si algún día necesitaba algo de él. Sam creía que yo estaba trabajando en Los Ángeles, diseñando ropa. Nos llevábamos bien, pero no podía decirle la verdad: que uno de mis novios había disparado al otro y que él tenía que arreglarlo. Me permití todo lo que puedo permitirme con Sam. Le dije que Charlie me había jugado una mala pasada y que yo le había disparado. Lucy respaldó mi versión. Charlie no podía hablar.

»Sam me creyó. Me hizo prometer que, si le salvaba la vida a Sam, me quedaría con él en Bella City y sería su esposa. Se lo prometí. Me tenía entre la espada y la pared.

»Quizá la herida era más grave de lo que parecía al principio, o quizá Sam no tiene madera de cirujano. Culpó a Lucy de lo ocurrido, dijo que ella había metido la pata durante la operación tratando de ayudarle. Sam siempre ha hecho que los demás carguen con la

culpa. En fin, Charlie murió aquella noche, sobre la mesa de la consulta, antes de salir de la anestesia.

—¿Quién le administró la anestesia?

—No lo sé, yo no estaba allí. No podía soportar verlo sangrar.

—Eres una mujer extraña, Bess.

—No lo creo. ¿Cómo iba a quedarme a ver a Sam abriéndolo? Charlie era mi novio. Lo amaba.

»Te diré lo que es extraño —prosiguió tras una pausa—. Que la gente a la que amas nunca es la gente que te ama. La gente que te ama, como Sam, es a quien no puedes amar. Cuando lo conocí, Sam me pareció un buen hombre. Pero estaba demasiado loco por mí. Yo nunca podría amarlo, y él es demasiado listo como para engañarse. Eso fue su ruina.

»Aquel domingo por la mañana hizo algo de locos. Tenía el cadáver de Charlie en su casa y pensaba que yo lo había matado. Yo ya no podía cambiar mi versión. Sam tenía miedo de volver a perderme, y eso lo llevó hasta el límite. Despedazó a Charlie, lo cortó en trozos, como un carnicero. Se encerró en el sótano y no me dejó entrar, pero por los ruidos podía adivinar lo que estaba haciendo. Abajo hay un lavadero y una estufa antigua que su madre dejó al morir. Cuando acabó, solo quedaban los huesos. Se pasó las tres noches siguientes trabajando, uniéndolos con alambre. Sam siempre fue un manitas. Cuando lo armó, lo barnizó y dejó que se secara, le colocó una etiqueta de una casa de suministros médicos y lo colgó en el armario. Dijo que mi esqueleto estaba guardado en el armario, y que si alguna vez lo dejaba… —Se pasó una uña por el cuello de un extremo a otro.

En la habitación interior se oyó un llanto ahogado.

—¿Y ésa es tu prueba? —dije levantando la voz.

—Lo encontrarás en el armario de su consulta. Vamos, si es que no lo has encontrado ya.

—¿Qué hizo con el coche de Charlie?

—Lo escondió en el cobertizo, bajo maderas viejas y lonas. Yo le ayudé.

—¿Le ayudaste a quemar a Max Heiss, cuando Max encontró el coche?

Bess no me oyó. En la habitación interior, el llanto y los jadeos se oían a intervalos. Bess aguzó el oído. La piel demacrada de su rostro colgaba de sus huesos como barro húmedo sobre una armadura.

—Tú, tú me la has jugado.

Algo cayó pesadamente contra el interior de la puerta panelada. Intenté abrirla, pero era difícil, porque Sylvia estaba desmayada en el suelo del despacho. Pasé por la estrecha abertura y le di vuelta, colocándola boca arriba. Los auriculares metálicos se ceñían como pinzas a su rostro cerrado y pálido. De repente, abrió los ojos.

—Lo siento. Soy una tonta.

Fui a buscar agua fría. Bess estaba junto a la puerta de salida, intentando abrirla. El sobre con el dinero había desaparecido de la mesa.

—Siéntate —le ordené—. Aún no he acabado contigo.

No respondió. Toda su energía se centraba en escapar. Finalmente, la puerta se abrió hacia adentro de un empujón. Una la había abierto desde el pasillo.

Una tenía la boca húmeda, los ojos cegados con la misma oscuridad que había visto en el rostro de su hermano. La pistola que empuñaba no era de juguete.

—Sabía que estarías aquí con él. Aquí te traigo tu parte, Wionowski, lo que le toca a los soplones y a los falsos amigos.

—No lo hagas. —Bess estaba apoyada en la puerta abierta, empeñada en escapar.

Me hice a un lado y saqué mi pistola con rapidez, aunque no lo bastante rápido. Bess retrocedió con el primer disparo de Una, desplomándose con el segundo. Sentí las dos explosiones dentro de mi cabeza, como si estallaran los huesos de mi cráneo.

Tiré a matar. Una murió de pie, con un agujero humeante en la sien, y luego cayó pesadamente al suelo. Le estreché la mano a Sylvia hasta que llegó la policía. Al principio tenía la mano fría. Al

cabo de un rato ya estaba un poco más cálida, y podía sentir el fluido de su sangre.

30

El cielo estrellado se arqueaba como una bóveda de cristal sobre la ciudad. El suelo del valle era como el de una cueva, y las montañas, como estalagmitas romas entre sus muros relucientes. Al salir de la carretera me encontré con las calles desérticas de Bella City. Sus edificios nocturnos, blanqueados por la luz de la luna, se erigían como sombras grises sobre sus propias sombras negras.

Aparqué junto a la acera de Benning, toqué timbre y lo oí refunfuñar dentro de la casa. Una puerta se abrió al fondo del vestíbulo, Benning atravesó una ráfaga de luz y la cerró. Su cara apareció por encima del cartón que cubría la esquina del cristal roto. Tenía la cara llena de vetas y arrugas, como un retrato al carboncillo de sí mismo.

Abrió la puerta principal.

—¿Qué pasa? ¿Por qué viene ahora?

—Enséñeme las manos, doctor. —Yo le enseñé mi pistola.

Salió al porche en un mono azul y extendió sus manos vacías.

—Están sucias —dijo—. He estado limpiando la casa.

—Su mujer ha muerto.

—Sí, lo sé. Llamaron desde Los Ángeles. Me estoy preparando para salir. —Miró la pistola como si fuera una aberración que no debía mencionarse—. ¿Le han enviado para que me detenga?

—He venido por mi cuenta.

—¿Para ver cómo sufro, señor Archer? —preguntó con abatida ironía—. Se llevará una decepción, porque no sufro por ella. Ya he sufrido demasiado por ella. —Se miró las manos sucias—. No tengo nada. —Sus puños se cerraron lentamente bajo la luz de la luna—. ¿Quién es la mujer que la mató?

—Una Durano. También está muerta. Yo le disparé.

—Se lo agradezco. —Su voz era tan frágil como sus puños cerrados—. ¿Tenía algún motivo para asesinar a Bess?

—Tenía varios motivos. Su mujer estaba presente cuando dispararon a Singleton, para empezar.

—¿Bess? ¿Bess lo vio?

—Ella estaba allí cuando dispararon a Singleton.

—¿Quién diablos es Singleton?

—Ya sabe quién es, doctor. Llevaba saliendo con su mujer tanto tiempo como usted llevaba casado con ella.

Benning miró la calle vacía de un lado a otro.

—Entre —dijo nervioso—. Tengo poco tiempo, pero podemos hablar.

Se hizo a un lado amablemente para dejarme pasar, con la actitud de un equilibrista temeroso de mirar hacia abajo. Le indiqué el camino con la pistola y lo seguí hasta la consulta. En la casa hacía un calor sofocante.

Coloqué la silla giratoria en el centro de la sala.

—Siéntese aquí, lejos del escritorio.

—Es usted muy hospitalario —dijo con una sonrisa lánguida—. Bess también lo era, en cierto modo. No voy a negar que no estuviera al tanto de la relación que mantenía con Singleton. Ni que me alegré de que ella le disparara. Todo parecía indicar que ella era la persona adecuada para acabar con ese joven arrogante.

—Bess no acabó con él.

—Me temo que se equivoca. Ahora que Bess está muerta puedo decirle la verdad. Ella me confesó que le disparó.

—Le mintió.

Se puso de pie bajo la luz y sacudió la cabeza con obstinación.

—No pudo haberme mentido. Nadie mentiría sobre algo así.

—Bess lo hizo. Era la única manera de persuadirlo para que usted le salvara la vida. En realidad, el crimen lo cometió la señora Durano. Bess fue testigo, como ya le he contado.

Se desplomó sobre la silla.

—¿Está seguro?

—No podría probarlo delante de un tribunal. Tampoco es necesario. Una está muerta, como los demás testigos: Singleton, Lucy y Bess.

—¿Esa mujer los mató a todos? ¿Qué clase de mujer es?

—Una mujer de lo más dura y malvada. Pero ella no los mató a todos. Solo a Bess. Pensó que Bess iba a declarar en su contra.

—Acaba de decir que mató a Singleton.

—No exactamente.

—Ha dicho que ella cometió el crimen —insistió.

—El crimen fue intento de asesinato, por medio de un tercero, pero fue usted el que remató la faena. Creo que Singleton seguiría vivo si usted no lo hubiera rajado.

Benning dio un respingo. Se llevó sus sucias manazas al estómago. Con el pulgar y el índice, se abrió la cremallera del mono, como si fuera la sutura de una incisión en su propia carne.

Recuperó la voz.

—Esto es completamente absurdo. No puede probar nada de lo que está diciendo. La muerte de Singleton fue un accidente. No pude detener la hemorragia interna.

—Se deshizo del cuerpo. Eso es grave.

—Si pudiera probarlo, pero es que no hay cuerpo. No tiene nada. —El eco de sus palabras resonó en la sala.

—Los huesos de Singleton lo probarán.

—¿Los huesos?

—El esqueleto que armó para que Bess le obedeciera y se quedase con usted. Resultó ser una bomba trampa.

—Me he perdido.

Le señalé con la pistola.

—Abra el armario.

Se levantó y se dirigió hacia donde yo le había indicado. Me pareció demasiado predispuesto. El armario estaba vacío. Cerró la puerta y se apoyó en ella. Su sonrisa melancólica de largos dientes emuló la mueca de la calavera ausente.

—¿Dónde está, doctor?

—Supongo que Bess se lo llevó. Eso también encajaría.

Había una rejilla de hierro junto al armario, a la altura del rodapié. La mirada de Benning se posó involuntariamente sobre ella durante un segundo demasiado largo. Era la salida de un antiguo sistema de calefacción. Sin dejar de apuntar a Benning, me agaché para tocarla. Estaba caliente, y detrás podía sentirse la vibración del fuego.

—Enséñeme la estufa.

Los ojos de Benning brillaron pálidamente, como los de un animal atormentado, agazapado en su interior. De repente se encorvó, pero no me fíe de su docilidad. Era tensa y peligrosa. Mantuve la pistola cerca de su espalda mientras recorríamos la casa camino del sótano.

En el sótano, la luz todavía estaba encendida. Una bombilla suspendida de un cable alumbraba tenuemente la estantería con frascos vacíos, trozos de madera, periódicos y revistas, y generaciones de telarañas. Junto a la escalera había una cocina de gas oxidada de tres hornillos sobre un banco, y encima, colgado en la pared, un hervidor de cobre abollado y enverdecido por los años. Benning evitó ese rincón del sótano.

En el rincón opuesto, tras un tabique de madera, una estufa de hierro fundido bufaba como un toro. Con la punta del pie abrí la puerta y vi lo que había dentro: una calavera lamida por las llamas en un nido de huesos.

A mi lado, Benning la contemplaba absorto. El brillo anaranjado del fuego alumbraba débilmente la parte inferior de su rostro. Por un instante, tuvo el aspecto de un hombre joven y sonriente.

—Sáquela.

Volvió en sí.

—No puedo. No sé cómo hacerlo.

—Pues apáñese, y rápido. Esos huesos valen dinero para mí.

Conectó una manguera al grifo de un tanque de agua y dirigió el chorro al fuego. El humo emergió crepitante por la puerta de la estufa. El doctor se apartó tosiendo y se sentó sobre una pila de maderas junto al tabique. Miré en el interior del fogón ennegrecido. Allí estaban los cinco mil dólares en huesos calcinados. Era todo lo que quedaba del chico guapo. Vaya manera de ganar dinero, vendiendo los huesos de un hombre muerto. Cerré la puerta de la estufa de una patada.

Con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el tabique, Benning también parecía un hombre muerto.

—¿Está dispuesto a confesarlo todo?

—Ni hablar —dijo—. No pueden condenarme.

—Son tres muertes, recuérdelo.

—¿Tres?

—Si solo fuera la de Singleton, lo entendería, me pondría en su lugar. Le robó a Bess. Tenía motivos para dejar que el bisturí se le escapara en sus entrañas.

Con voz grave, dijo:

—Me sirvieron al enemigo en bandeja.

Entonces abrió los ojos aturdido, como si hubiera hablado en sueños y se hubiera despertado de una pesadilla.

—En el caso de Lucy no puede decir lo mismo. Ella intentó ayudarle.

Benning se rió. Con esfuerzo, ahogó la risa y se quedó en silencio.

—Antes de que mataran a Bess, ella me dijo que Lucy estuvo presente en la operación. Lucy sabía cómo había muerto Singleton. Luego las cosas se le complicaron. Tenía problemas con su casera, no tenía trabajo, la estaban siguiendo. Entonces decidió vender su información a la familia Singleton. Pero cometió el error de venir a verle y darle una oportunidad antes de hacerlo.

»Si usted le daba dinero, ella no tendría que delatarlo ni se vería involucrada en un caso de asesinato. Usted le dio lo que llevaba encima, lo justo para coger un tren y largarse. Y al mismo tiempo se cubrió las espaldas, por si ella no cogía ese tren, robándole la llave del motel que ella llevaba en el bolso. Lucy perdió su tren, en ambos sentidos. Cuando volvió al motel, usted la estaba esperando en su habitación. Ella trató de defenderse con un cuchillo. Pero usted era más fuerte que ella.

—No puede probarlo —aseguró Benning.

Estaba encorvado hacia delante, con la mirada clavada en el suelo húmedo de cemento.

—Ya aparecerá algún testigo. Alguien tiene que haberle visto salir, si es que Florie no le vio. Tiene que haberse cruzado con alguien que lo conozca desde que salió de aquí hasta que llegó al motel Mountview, de ida o de vuelta. Si es necesario, interrogaré a todos los habitantes de esta ciudad.

Levantó la cabeza como si acabaran de apretarle un nudo bajo la barbilla. Sabía que lo habían visto.

—¿Por qué quiere hacer eso? ¿Por qué me odia? —No me lo preguntaba solo a mí. Se lo preguntaba a toda la gente que lo había conocido y no lo había amado.

—Lucy era joven —dije—. Tenía un novio que quería casarse con ella. Están pasando la luna de miel en el depósito de cadáveres, y Alex sigue detenido, cargando con la culpa en su lugar. ¿Cree que vale tanto como para causar todas estas desgracias?

No respondió.

—No solo se trata de la gente a la que ha matado. Es toda la raza humana lo que ha estado descuartizando, quemando y tratando de eliminar. Usted no soporta a la raza humana. Usted y Una Durano no se pueden comparar con el resto de la gente, y lo sabe. Sabe que usted parece un piojoso al lado de cualquiera. Hasta un tipo como Max Heiss hace que usted parezca un piojoso. Por eso tuvo que prenderle fuego. ¿Fue eso lo que hizo?

—Eso no es cierto. Quería dinero. No tenía dinero para darle.

—Podría haberle pagado con medicamentos —dije—. No se le ocurrió. Ni se le hubiera ocurrido. Cuando Max vio el coche en su cobertizo, se convirtió en su enemigo. Tenía que morir. Y cuando regresó a por el dinero usted lo estaba esperando con la ropa de Singleton, un soplete y un bidón de gasolina. Debió de parecerle un plan alucinante deshacerse de Heiss y, al mismo tiempo, hacer creer que Singleton había muerto en un accidente. Pero después de hacerlo, se lo ocultó a Bess. Y en cuanto yo informé a Bess de que habían encontrado el coche, ella supo que usted había matado a Max. Y por eso lo dejó.

—Sí, me dejó. Después de todo lo que hice por ella…

—Por ella no. Por usted. Mató a dos hombres y a una mujer que suponían una amenaza para usted. Y habría matado a Bess si ella no se hubiera largado. Eso no me lo dijo ella, pero supongo que lo sabía. De hecho, a usted le habría gustado empezar por ella, si hubiese tenido el valor necesario para hacerlo.

Se puso a temblar, cubriéndose el rostro con las manos.

—¿Por qué me tortura?

—Porque quiero una confesión.

Tardó unos minutos en reponerse. Al apartar las manos del rostro, su expresión era serena y resuelta. Sus ojos parecían más pequeños y oscuros. Ya no eran los de un animal.

Se levantó con torpeza de la pila de maderas y se puso delante de mí.

—Tendrá su maldita confesión, señor Archer. Pero antes déjeme acceder a mi botiquín, será solo un momento.

—No.

—Nos ahorrará tiempo y problemas. A usted y a mí.

—Eso sería demasiado fácil. Me prometí que este caso me daría una satisfacción. Ver cuándo entra usted y sale Alex Norris.

—Es usted un hombre muy duro.

—Eso espero. Los tipos blandos, los autocompasivos como usted, son mi pesadilla. —Estaba harto de ese sótano abarrotado de

trastos, de la humedad, el calor y la miseria de los sueños rotos—. Andando, Benning.

En la calle, la luna blanca resquebrajada había ascendido entre las estrellas. Benning miró hacia el cielo, como si la noche se hubiera convertido en una cueva de sombras; la luna, en un puerto brumoso; y las estrellas, en mirillas con vistas a un pavoroso resplandor.

—Siento pena por ella. La amaba. Habría hecho cualquier cosa por ella.

Bajó las escaleras del porche. Su pequeña sombra negra se arrastraba temblorosa pegada a sus talones.



ROSS MACDONALD (Los Gatos, California, EE. UU., 1915 - Santa Bárbara, California, EE. UU., 1983). Seudónimo utilizado por Kenneth Millar. Nacido en el seno de una familia de origen canadiense, tras la separación de sus padres Ross Macdonald creció y se educó junto a su madre, en Ontario, Canadá. Estudió en la Universidad de Ontario Oeste, interrumpiendo sus estudios para realizar un viaje a la Alemania nazi, una extraña y dura experiencia que se convertiría en fuente de inspiración para su primera novela. Fue precisamente allí, en la Universidad, durante sus años de estudiante, donde conoció a la que pocos años después, en 1938, se convertiría en su mujer, la también escritora (de novelas de suspense en su caso) Margaret Strumm, que firmaría sus libros como Margaret Millar. En 1941 se trasladó a residir en los Estados Unidos donde se doctoró en la Universidad de Michigan, donde ejerció como profesor. Fue en ese período cuando siguiendo el ejemplo de su esposa, Macdonald (aún firmando Kenneth Millar) escribió su primera novela, *The Dark Tunnel*. El libro cuenta la historia de Chet Gordon, un profesor

universitario que a partir de un viaje a la Alemania nazi se ve involucrado en un plan de espionaje que se está desarrollando en el campus de su universidad.

Durante la guerra fue alistado en la Marina donde, de 1944 a 1946 ejerció como oficial de comunicaciones. Finalizada la guerra Macdonald se trasladó con su mujer a California, donde residió hasta su muerte, en 1983.

Inicialmente publicó cuatro novelas bajo su propio nombre Kenneth Millar, pero posteriormente decidió comenzar a usar un seudónimo (para evitar confusiones con su esposa quien a esa altura ya tenía cinco libros en su haber) y crear un nuevo personaje para su nuevo libro. El seudónimo elegido fue John Macdonald, la novela *El blanco móvil* (1949) y el personaje se llamó Lew Archer. El seudónimo empeoró las cosas ya que John D. Macdonald era otro ascendente escritor policial. Por eso, los cuatro siguientes libros de Kenneth Millar serían firmados por John Ross Macdonald, nombre que terminaría abreviándose en el nombre definitivo del escritor: Ross Macdonald. La elección del nombre del protagonista, sin embargo, se revelaría como una de las mejores de toda su carrera: su mejor y casi único personaje fijo había nacido.

Escribió 18 novelas con Lew Archer como protagonista. Y en 1974 recibió el Grand Master Award, que le reconoce como uno de los grandes de la novela negra.

Macdonald murió en 1983, víctima del Alzheimer, después de haber actuado como presidente de la sociedad de Escritores de Misterio de América durante cerca de veinte años.